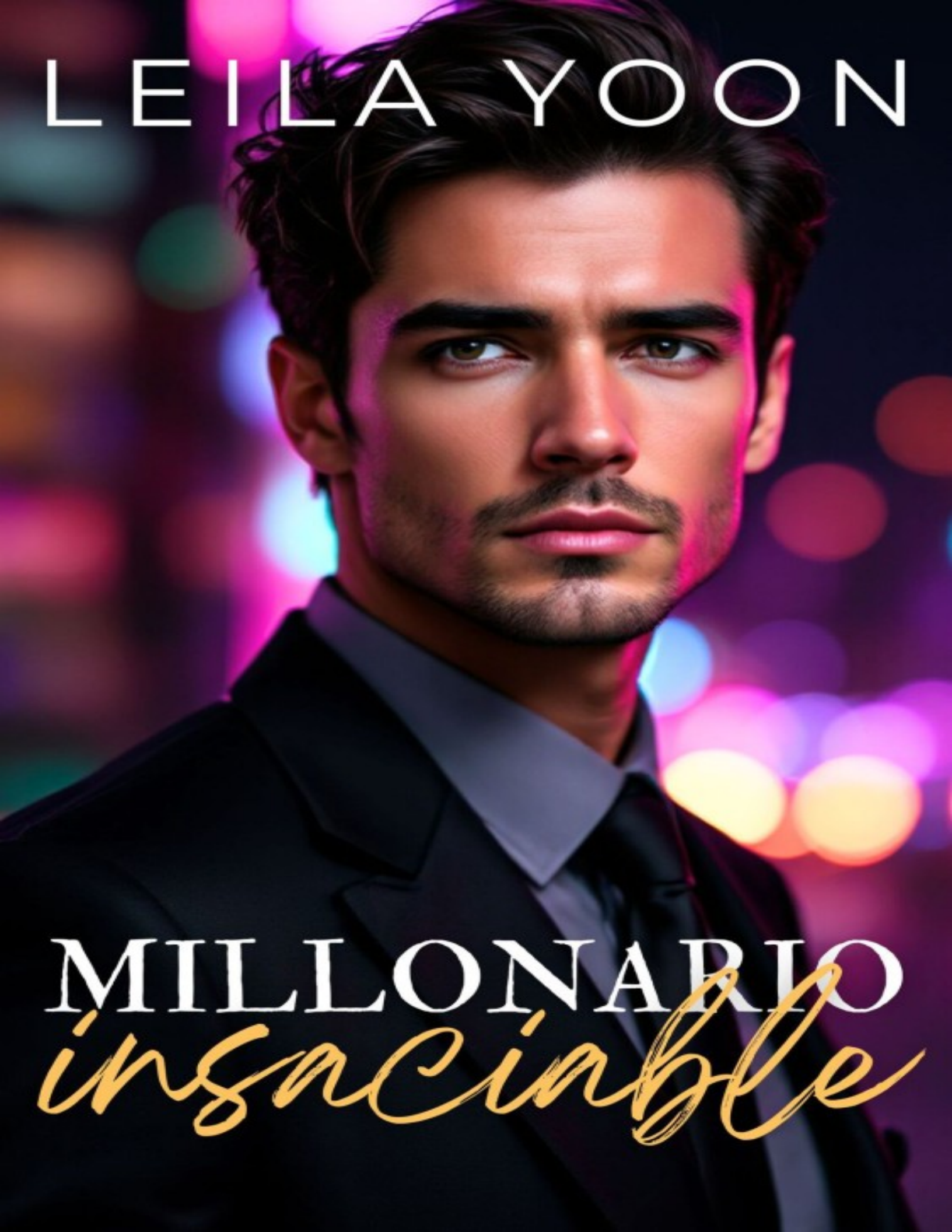

LEILA YOON
MILLONARIO
insaciable

Millonario insaciable



LEILA YOON

Serie Herederos millonarios de Manhattan #5

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2026 Leila Yoon.

ÍNDICE

FLUYENDO COMO UNA CASCADA

SUDOR, GEMIDOS Y CERTEZAS

RECORDATORIO NÚMERO CINCO

¿DE VERDAD VAMOS A FINGIR?

TODO BAJO CONTROL

VAS A RECORDARLO

GUAPO, RICO Y CON CEREBRO

TENSIÓN BAJO CONTROL (O ESO INTENTO)

UNA CENA POCO PRODUCTIVA

¿QUIERES UN RECORDATORIO?

FINGIR QUE ERES MÍA

UNA FASE. SOLO ESO

EL VESTIDO ROJO

ELECTRICIDAD

UNA NOCHE Y GRACIAS

NI SCRABBLE NI PARED

ESTO ES NUEVO. MUY NUEVO

MI PUTA EXCEPCIÓN

TE ESTOY CORTEJANDO

CREO QUE ME GUSTA

HA DICHO QUE SÍ

BUENAS NOCHES, SINCLAIR

SI VAS A CORRERTE, SERÁ CONMIGO

POR TODAS LAS RAZONES CORRECTAS

EXPUESTO

¿DE VERDAD CREES QUE SERÍA CAPAZ?

ELEGÍ LA HIPÓTESIS EQUIVOCADA

TE LO PROMETO

UN NOSOTROS PARA SIEMPRE

UN MCRAE PARA GENNY

NUEVA SERIE

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

MIS NOVELAS

1

Olivia

FLUYENDO COMO UNA CASCADA



Me encontraba en el baño del hotel, con el corazón acelerado y las piernas temblorosas, preguntándome en qué momento había pensado que esta era una buena idea.

¿Quién coño acepta tener sexo con un desconocido después de intercambiar diez mensajes en una app?

Ah, sí. Yo.

Olivia Park.

Veintisiete años, recién salida de una relación con un imbécil emocionalmente plano, y lo bastante desesperada como para pensar que una noche sin nombres, sin promesas y sin mañana podría servirme como reinicio.

Gran idea. En serio.

Me apoyé en el lavabo, respiré hondo e intenté convencerme de que podía hacer aquello, por mucho que no fuera mi estilo.

Porque no era la típica que follaba con desconocidos. De hecho, tenía una premisa que no rompía nunca: nada de sexo hasta la tercera cita.

Y ahí estaba yo.

A punto de pasarme esa premisa por el forro por esa estúpida necesidad de demostrarme a mí misma que podía hacerlo y que no era tan frígida como mi ex había insinuado la última vez que discutimos.

«Contigo es imposible. Te pasas el día analizándolo todo. No dejas fluir nada.»

Pues toma, Ethan. Aquí estoy. A punto de follarme a un desconocido al que ni siquiera le he preguntado el nombre. *Fluyendo como una puta cascada*.

Los labios pintados. El pelo lacio y negro, herencia de los orígenes coreanos de mi padre, suelto hasta los hombros. Un vestido sexy que mi mejor amiga me había prestado para «darle vacaciones a la mojigata que llevas dentro». Corto. Ceñido. Con la espalda abierta y un escote que decía *mírame* aunque yo solo quisiera pasar desapercibida.

Respiré hondo.

¿Qué era lo peor que podía pasar?

¿Que el sexo fuera malo?

¿Que él fuera un capullo?

¿Que me largara en mitad del polvo con las bragas en la mano y un trauma nuevo?

Saqué el móvil y miré la hora. Habían pasado cinco minutos de la hora acordada. No podía seguir encerrada en el baño toda la

noche. Mi cita ya estaría en el bar del hotel, y no podía hacerle esperar para siempre.

Inspiré hondo, solté el aire despacio e intenté controlar el pulso, buscando algo parecido a claridad mental.

Podía ir, tomar una copa con él y, si al final me echaba atrás, bastaría con inventar una excusa y marcharme con la cabeza alta.

Sin drama. Sin tener que arrepentirme de nada. Aquello era mejor que dejarlo tirado.

Así que eso hice.

Salí del baño y me encaminé hacia el bar, intentando parecer más segura de lo que me sentía.

Una parte de mí quería dar media vuelta.

La otra… la otra se acordaba de Ethan y de su puta frase de *no sabes soltarte ni cuando follas*, y quería demostrarle, aunque no fuera a enterarse nunca, que no tenía ni puta idea de nada.

Doblé la esquina del pasillo alfombrado y entré en el bar.

No me costó mucho reconocerlo. Estaba sentado en la barra y hacía honor a las fotos de su perfil. Más que honor, las mejoraba.

Era alto. Muy alto. Un metro noventa. Espalda ancha, postura relajada, camisa negra arremangada hasta los codos dejando al aire unos antebrazos marcados que daban ganas de morder.

Tenía el pelo oscuro, ligeramente revuelto, como si acabara de pasarle la mano por encima sin pensar. Barba de dos o tres días, recortada justo lo suficiente para no parecer descuidado, y unos labios gruesos que pedían guerra.

Y luego estaban los ojos.

Claros. Fríos. Intensos. De esos que no miran, te atraviesan.

La clase de mirada que hace que te tiemble todo aunque estés vestida.

Tragué saliva y me acerqué.

Él no me vio hasta que ocupé el taburete contiguo al suyo.

Giró la cabeza despacio y fijó sus ojos en los míos con intensidad, torciendo un poco la boca en una media sonrisa que no era exactamente amable… era peligrosa.

De esas que te insinúan cosas que no se dicen en voz alta.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí, como si no me estuviera temblando hasta el alma.

Me miró un segundo más, sin decir nada. Y luego dijo, tranquilo:

—Llegas tarde. Pensé que te habrías rajado.

—Estuve a punto —admití, sin rodeos.

—¿Y qué te hizo cambiar de idea?

—Aún no sé si he cambiado de idea.

Él se apoyó en la barra, girándose un poco hacia mí.

—Entonces empecemos por una copa —propuso—. Y ya decides si subes… o te vas.

Llamó al camarero con un leve gesto de la mano, sin apartar la mirada de mí. Yo pedí un gin-tonic y él un whisky sin hielo.

El camarero se alejó y, durante esos segundos de espera, él se limitó a observarme.

—¿Podrías decir algo? —solté al fin, intentando no sonar desesperada—. Estoy nerviosa y tu silencio no ayuda precisamente a calmarme.

Él sonrió. Muy leve. Casi imperceptible.

—Solo confirmaba que eres incluso más guapa en persona que en tus fotos.

—Eso no ayuda a calmarme.

—Tampoco lo pretendía. No quiero calmarte. Solo convencerte de que subir a la habitación conmigo es la mejor idea que vas a tener en mucho tiempo.

No sé por qué eso consiguió dibujarme una sonrisa en los labios. Una pequeña.

—Vaya. Pareces muy seguro de ti mismo.

—Cuando algo me gusta, no veo el motivo para disimularlo —respondió, mirándome directamente—. Y tú… me gustas mucho.

Me mordí el labio. Justo en ese momento el camarero nos sirvió nuestras copas. Tomé un sorbo de la mía, fría, perfecta, y pregunté con la voz más neutral que me salió:

—¿Y cómo se supone que vas a convencerme de que subir contigo a esa habitación es una buena idea?

Él bebió de su whisky sin apartar los ojos de mí. Despacio. Tranquilo. Y luego, al dejar el vaso sobre la barra, respondió:

—Podría darte muchos motivos… Pero el más honesto es este: tengo fama de ser un polvo inolvidable. No lo digo yo. Lo dicen las que se corrieron tan fuerte que se olvidaron de su nombre.

Me atraganté ligeramente con un trago y noté un hormigueo entre las piernas.

—Modesto no eres —murmuré, dejando el vaso sobre la barra.

—Realista —replicó, sin dejar de mirarme—. Pero si quieres comprobar que no miento… solo tienes que subir.

—Creo que necesitarás algo más que eso para convencerme —dije, cruzando las piernas con lentitud.

Él ladeó la cabeza, divertido.

—Vale. Supongo que puedo esforzarme un poco más. —Hizo una pausa. Un sorbo más. Y luego—: Además de follar bien… se me

da especialmente bien comer coños. Suelen decirme que tengo la boca peligrosa. Y no por lo que digo… sino por lo que hago con ella.

El calor subió por mis mejillas y se expandió por mis muslos.

Madre mía.

Era la primera vez que conocía a un tío con la boca tan sucia… que conseguía que me la imaginara entre las piernas sin parecer un cerdo.

—¿Siempre eres así de… explícito? —pregunté, sin mirarle directamente, fingiendo que mi copa me interesaba más.

—No. Solo cuando sé que funciona. Y créeme… contigo está funcionando.

No podía negarlo. Hacía demasiado que un hombre no me hacía aquello. Mi ex dejó de bajar ahí poco después de formalizar la relación, como si el compromiso le diera permiso para saltarse los preliminares.

Ante mi silencio, él apoyó el codo en la barra, bajó un poco la voz y dijo:

—Oye, lo entiendo. Entiendo que tengas dudas. Pero también creo que la mejor forma de tomar una decisión es probando. Te hago una propuesta —continuó—: subimos a la habitación y te dejo probar un poco de lo que puedo ofrecerte. Si te convence, te quedas. Si no… te vistes, te vas y no hace falta que digas nada.

Me quedé mirándolo en silencio, pensando en lo mucho que me apetecía dejar de pensar. En lo poco que recordaba de la última vez que alguien me tocó deseándolo de veras.

Y en ese momento, sonó el móvil dentro de mi bolso.

Lo saqué, solo para echar un vistazo rápido. Y ahí estaba. El nombre de Ethan iluminando la pantalla como una maldita aparición.

ETHAN

Voy a pasar por tu casa en un rato para recoger mis cosas.

Sentí la rabia bullendo por mis venas ante su descaro. Daba por hecho que me iba a encontrar un viernes por la noche en casa.

Ni un «¿puedo?».

Ni un «¿estás?».

Solo su «voy».

—¿Algo malo? —preguntó él, con la voz tranquila y los ojos en mí.

Negué con la cabeza y sonreí. Ese mensaje era lo único que había necesitado para acabar de decidirme.

—¿Sabes qué? Vamos —dije, dejando la copa sobre la barra.

—¿Vamos? —repitió él, alzando una ceja.

—Sí —me levanté del taburete y cogí el bolso—. Me apetece no estar en casa esta noche. Me apetece que alguien me mire como si me deseara. Y, sobre todo, me apetece follar con un desconocido antes que volver a ver a mi ex.

Él sonrió. No dijo nada.

Pagó.

Y caminó hacia el ascensor. Yo lo seguí.

Con el corazón a mil, las bragas húmedas y la certeza de que acababa de tomar la mejor decisión de la noche.

2

Olivia

SUDOR, GEMIDOS Y CERTEZAS



No sé en qué momento exacto se me fue la cabeza, pero para cuando entramos en el ascensor, ya no pensaba en Ethan, ni en la Olivia que hacía listas para todo y analizaba hasta el color del pintalabios antes de ponérselo.

Pensaba en sus manos.

En su boca.

En lo que acababa de decirme sobre ella.

Y joder, estaba tan mojada que me sentía ridícula.

El ascensor subía despacio, como si lo hiciera a propósito. Como si supiera que tenía los pezones duros bajo el vestido y me estuviera castigando por ello.

Él no dijo nada. Solo me miraba. Con esa maldita intensidad.

Para cuando llegamos a la puerta de la habitación, ya no sabía si quería que me besara o que me empotrara contra la pared sin mediar palabra.

Metió la tarjeta en la cerradura y abrió. Me hizo un gesto para que pasara primero. Lo hice.

Oí cómo cerraba la puerta detrás de mí, pero no me giré. Me limité a observar la estancia. Era bonita. Moderna. Con ese punto de lujo discreto, como todo lo que cuesta más de lo que parece.

El silencio de la habitación se me metió en la piel. Y su presencia detrás de mí… Joder. Fue como una descarga eléctrica.

Sentí sus pasos acercarse. Despacio. Sin prisa.

—¿Quieres tomar algo? Puedo hacerte un gin-tonic con lo que haya por aquí —preguntó él.

—No —dije, sin moverme.

—¿Estás bien?

—Sí.

Me giré por fin. Ahí estaba, mirándome con calma, con una seguridad brutal que parecía salirle por todos los poros.

Se acercó despacio. Acercó los labios al hueco de mi cuello. Y entonces lo sentí. Su olor. Madera, especias y algo más oscuro. Era el tipo de aroma que se te queda en la piel y te joden la cabeza durante días.

La mía empezó a dar vueltas.

No sabía si era por el calor, los nervios o por él.

—Ay, Dios… —murmuré—. ¿Seguro que esto está bien? Es la primera vez que hago algo así.

Él sonrió contra mi cuello.

Lento. Peligroso.

—Tranquila. Yo tengo experiencia en primeras veces que acaban muy bien.

Me hizo reír. Un poco.

Lo justo para que se me pasara el vértigo.

—¿Y… debería conocer alguna norma al respecto?

—Sí. Solo una —dijo, alzando la cabeza para mirarme—: no te guardes nada. Si lo sientes, dilo. Si lo quieres, pídelo.

Me mordí el labio. Y asentí.

Entonces él depositó un beso en mi cuello.

Lento. Cargado de intención. Temblé entera. No lo pude evitar.

Me miró a los ojos. Unos segundos. Intensos. Silenciosos.

Y luego encajó sus labios en los míos.

Sentí un huracán en el estómago cuando empezó a moverlos con una lentitud y sensualidad que me desarmó por completo.

Me besó como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si me conociera. Como si supiera exactamente qué hacer para dejarme sin aire.

Le agarré de la nuca, acercándolo más, porque no quería distancia.

Y entonces él acarició mi entrada con la punta de la lengua y casi se me doblaron las piernas.

Un gemido se me escapó de la garganta, bajo, incontrolable.

—Joder… —susurré, sin poder evitarlo.

Él sonrió contra mis labios, como si supiera exactamente lo que estaba provocando.

—Eso es —murmuró, bajando la mano por mi espalda hasta colarla bajo el vestido—. No te calles. Quiero oír todo.

Y entonces volvió a unir nuestras bocas y me devoró. Su lengua entró con ímpetu dentro de la mía, como si quisiera marcar su territorio.

No fue un beso bonito. Fue salvaje. Crudo. De esos que te dejan sin aliento. Que saben a sexo. A sexo del bueno.

Le respondí igual.

Sin miedo.

Sin filtros.

Mis dedos se enredaron en su pelo, tirando un poco, y él soltó un gruñido bajo que me puso aún más caliente.

La mano que tenía bajo el vestido subió por mi muslo, acariciando la parte interna, lenta… torturante…

Hasta que me rozó las bragas.

—Estás empapada —dijo, con la voz grave, justo contra mi boca.

—Tú tienes la culpa —murmuré, jadeando.

—Y pienso hacerme cargo.

Me cogió de las caderas y me alzó como si no pesara nada.

Me tumbó sobre la cama.

Se colocó encima de mí, apoyando un antebrazo a cada lado de mi cabeza. Me besó una última vez largo, profundo, y luego me miró con intensidad.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti ahora mismo? —preguntó, bajando la voz.

Negué, tragando saliva.

—Que me miras como si ya supieras que esta noche vas a correrte más de una vez.

No respondí, porque tenía razón. Mis expectativas para esa noche acababan de volar por los aires.

Con una sonrisa torcida, se incorporó un poco y deslizó las manos por mis costados, hasta coger el bajo del vestido.

—Este vestido me está jodiendo la vida desde que entraste al bar —murmuró.

—Quítamelo.

No esperó ni un segundo.

Agarró la tela y la subió despacio, como si estuviera desenvolviendo un regalo que llevaba tiempo esperando.

Pasó por mis muslos, mi cintura, mis pechos… y cuando por fin me lo quitó del todo, lo dejó caer al suelo sin mirarlo siquiera.

Sus ojos estaban en mí.

Solo en mí.

—Joder, Olivia…—Me miró como si no supiera por dónde empezar—. Eres preciosa.

Llevé las manos a la espalda para soltar el sujetador, pero él me detuvo.

—No —dijo, bajando la voz—. Déjame hacerlo.

Lo desabrochó con una sola mano, sin apartar la mirada de mis ojos.

Y cuando lo soltó, lo dejó caer con la misma lentitud.

Mis pezones se endurecieron al instante. No sé si por el frío o por cómo me miraba.

—Mírate… —susurró, justo antes de bajar la cabeza.

Sus labios atraparon uno de mis pezones.

Lo besó. Lo acarició con la lengua. Y luego lo chupó con una suavidad que me arrancó un gemido bajo.

Yo le clavé las uñas en los hombros.

Él no se detuvo.

Pasó al otro pecho.

Repetía el mismo ritmo, como si supiera exactamente cómo volverme loca.

—Así… —murmuró, rozándome con la lengua, arrancándome gemidos de placer—. Quiero que suenes así toda la noche.

Y siguió bajando.

Lento. Firme.

Como si no tuviera ninguna intención de dejar una sola parte de mi cuerpo sin probar.

Su boca descendió por mi vientre.

Un beso detrás de otro, cálidos, húmedos, directos al centro de toda mi maldita ansiedad.

Cuando llegó al borde de mis bragas, no se detuvo. Me besó justo encima. En el centro. Presionando con los labios contra la tela empapada.

Solté un jadeo y me agarré a las sábanas.

Él levantó la cabeza despacio, con esa sonrisa torcida que ya me tenía al borde.

—¿Aún tienes dudas de si deberías haberte marchado?

Lo miré. Con el pulso disparado, el cuerpo ardiendo y el deseo subiéndome por las piernas como fuego.

Negué.

—Nunca he estado más segura de querer quedarme en un sitio.

Él rio muy bajo. Grave. Como si le acabara de decir justo lo que quería oír.

—Entonces no pienso dejar que te arrepientas.

Y tiró suavemente de mis bragas hacia abajo, manteniéndome la mirada mientras lo hacía.

—Voy a hacer que te corras con la boca, Olivia.

—Eso suena a promesa.

—No.

—¿No?

—Suena a realidad.

Y justo cuando iba a responder algo, no sé qué, porque mi cerebro ya iba a cámara lenta, sentí su lengua en mi centro.

Y el mundo… simplemente… desapareció.

Su lengua empezó a devorarme el clítoris. Como si tuviera hambre. Como si llevara todo el día esperando ese momento.

Me agarró de las caderas y me pegó más a su boca, como si pensara quedarse ahí toda la noche.

Me lamía despacio y después aceleraba.

Chupaba mi clítoris con la boca entera, luego lo rodeaba con la lengua en un ritmo perfecto. Brutal. Preciso.

Mis piernas temblaban.

El abdomen se me contraía solo.

Y el corazón me latía como si se me fuera a salir por la boca.

—Mierda… —jadeé, aferrándome a su pelo—. Vas a hacer que me corra ya.

—Esa es la idea —murmuró él, sin parar.

Y entonces metió un dedo. Luego dos. Curvándolos justo en el punto exacto.

Grité sin poder evitarlo.

La combinación de su lengua, sus dedos, su maldita boca perfecta… era demasiado.

Demasiado bueno.

Demasiado todo.

—No pares —pedí, con la voz entrecortada—. No pares, no pares…

Y no lo hizo.

Porque en menos de un minuto más, me corrí. Fuerte. Desbordada. Con todo el cuerpo convulsionando bajo él.

Me arqueé, jadeando, sin poder controlar nada.

Los muslos temblaban.

El pecho subía y bajaba como si hubiera corrido una maratón.

Apenas me había recuperado cuando subió hasta mi rostro y me besó con intensidad. Un beso húmedo, profundo, con sabor a mí. A todo lo que acababa de hacerme sentir.

Me hizo gemir otra vez.

Porque sí. Hasta besarme sabía hacerlo bien.

Y fue entonces cuando lo noté.

Seguía vestido. Camisa, pantalón… todo. Pero lo sentí. El bulto duro de su erección presionando contra mi muslo.

Firme. Caliente. Prometiendo guerra.

Deslicé la mano entre nosotros y la llevé hasta ahí.

Lo toqué por encima del pantalón, con suavidad primero, como si necesitara confirmar lo que ya sabía.

Y joder… Estaba tan duro que casi me temblaron los dedos.

—¿Has estado así todo el rato? —susurré, alzando la mirada con una sonrisa que me salió sola.

—Desde que entraste en el bar —respondió él, con la voz ronca y la respiración cada vez más agitada.

Sentí una punzada de poder recorrerme el cuerpo.

—Después de lo que me has hecho… —dije, desabrochando el botón de su pantalón— mereces una recompensa.

Él no dijo nada. Solo me miró.

Intenso. Hambriento.

Con esa expresión entre curiosidad y deseo que hizo que todo mi cuerpo se encendiera otra vez. Le bajé la cremallera despacio, con los ojos clavados en los suyos.

Sentí cómo se tensaba bajo mi mano, cómo contenía la respiración mientras me inclinaba sobre él.

Pero antes de seguir, me incorporé y llevé las manos a los botones de su camisa.

—Esto también sobra —murmuré, empezando a desabrochárselos uno a uno.

Él se dejó hacer. Quieto. Atento. Como si le fascinara verme tomar el control.

Cuando le abrí la camisa por completo y la deslicé por sus brazos, me mordí el labio.

Tenía un cuerpo para pecar. Duros los hombros, marcado el pecho, piel cálida que pedía ser besada.

—Estás buenísimo, joder —dije sin filtros, pasándole las uñas por el torso.

—Tú me vas a matar —respondió él, medio riendo, pero con la voz rasposa de puro deseo.

Lo empujé con suavidad hasta que se dejó caer de espaldas sobre la cama.

Ahora sí.

Desnudo.

Mío.

Le quité los pantalones, luego los boxers, y me quedé un segundo mirándolo.

Desnudo, completamente expuesto, duro y esperando.

Era perfecto.

Y era para mí.

Me incliné entre sus piernas, sin prisa.

Acaricié su muslo con una mano, y con la otra envolví su polla, firme, caliente, lista para lo que venía.

—Ahora te toca a ti quedarte sin palabras —susurré, justo antes de lamerlo desde la base hasta la punta.

El gruñido que soltó me confirmó que iba por el buen camino. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar. Y yo me lo comí con la boca llena de ganas.

Primero lento.

Luego más profundo.

Marcando ritmo.

Jugando con la lengua en la punta, bajando, subiendo, rodeándolo con los labios como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Él se agarró a las sábanas.

Los músculos del abdomen se le tensaban.

Y su respiración se volvió irregular.

—Olivia… joder…

Pero yo no paré.

Lo quería temblando.

A punto.

Desesperado.

Le miré desde abajo mientras lo chupaba, sabiendo perfectamente lo que estaba provocando.

Y entonces lo escuché.

—Para.

Frené un segundo, sin soltarlo del todo.

—¿Qué?

—Para —repitió, mirándome ahora con los ojos oscuros, ardiendo—. Si sigues así, no voy a aguantar.

Le di una última lamida lenta, solo para fastidiar un poco más.

—¿Y cuál es el problema con eso? —pregunté, con una sonrisa.

—El problema —dijo, sentándose y agarrándome de la cintura para subirme sobre él—, es que no me pienso correrme sin haber estado dentro de ti primero.

Su polla se rozó contra mi centro, aún húmedo, aún sensible.

—Te quiero sintiéndome hasta el fondo, Olivia.

—¿Sí?

—Sí. Quiero follarte. Ahora.

Y no voy a mentir.

Nunca nadie me había dicho eso con esa voz.

Con esa urgencia.

Con ese tono de promesa cumplida.

Así que solo asentí, respirando hondo.

Se separó lo justo para alargar la mano hacia la mesilla. El sonido del envoltorio al rasgarse me atravesó el cuerpo como una

descarga.

No dejó de mirarme ni un segundo mientras se lo ponía, lento, deliberado, como si supiera exactamente lo que estaba provocando.

Cuando volvió a rozarme, sentí el contacto del látex contra mi piel aún sensible y se me escapó un gemido.

—Ven —murmuró.

Y yo me dejé caer sobre él, sin pensarlo, necesitándolo ya dentro. Despacito. Sintiendo cómo me abría.

Cómo me llenaba.

Cómo cada centímetro me hacía perder un poco más el juicio.

Solté un gemido que no pude controlar. Él apretó los dientes. Sus manos se clavaron en mi cuerpo.

—Estás tan jodidamente apretada… —dijo con la voz rota.

Apoyé las manos en su pecho y empecé a moverme.

Lento al principio.

Marcando el ritmo con las caderas.

Observando cómo sus ojos se oscurecían cada vez más.

Y luego… más rápido. Más hambre. Más piel. Más *necesito esto o me muero.*

Los sonidos de nuestros cuerpos chocando llenaban la habitación.

Mi respiración era un caos. La suya, pura lujuria.

Y en medio de todo eso, en pleno vaivén de placer, me golpeó un pensamiento.

Rápido.

Intenso.

¿Qué coño estoy haciendo?

Estaba montando a un desconocido. En una cama de hotel. Sudando, jadeando, gimiendo su nombre como si lo conociera de toda la vida.

Era una locura. Una completa locura.

Y sin embargo…

Sentía. Sentía cosas que hacía años no sentía. Vivas. Brutales. Reales.

Más reales que cualquier polvo con alguien «conocido».

Más reales que los meses con Ethan fingiendo que me gustaba cuando me tocaba.

Volví a mirarle.

Y él me estaba mirando como si el mundo entero se le hubiera reducido a mí.

A mis gemidos.

A mi cuerpo.

A este momento.

Y entonces se incorporó, sin salir de mí, rodeándome con los brazos.

Pegó su boca a mi cuello y susurró:

—Sigue. No pares. Estás increíble.

Y lo hice.

Me moví más fuerte.

Más rápido.

Con las piernas temblando, el corazón desbocado y el cuerpo ardiendo como si estuviera en llamas.

Él gemía contra mi piel, jadeaba, me apretaba con fuerza por la cintura como si ya no pudiera más.

Y yo tampoco.

Noté cómo el orgasmo subía por mi cuerpo como una ola imparable, rompiendo en cada parte de mí al mismo tiempo.

Me corrí sobre él.

Con un gemido ahogado.

Con todo el cuerpo en tensión.

Con los ojos cerrados y la mente completamente en blanco.

Y segundos después, él me siguió.

Se dejó ir dentro de mí con un gruñido ronco que me hizo estremecer otra vez.

Con todo su cuerpo temblando bajo el mío.

Nos quedamos así.

Pegados.

Sudados.

Respirando como si acabáramos de sobrevivir a algo.

Y en realidad, sí.

Habíamos sobrevivido a nosotros mismos.

A nuestras propias barreras.

Pasaron unos segundos antes de que pudiera hablar.

Aún con la cabeza apoyada en su hombro, solté, sin pensarlo mucho:

—¿Y ahora qué?

Él me miró con esa media sonrisa suya, tranquila, descarada, como si tuviera la respuesta más clara del universo.

—Repetirlo otra vez.

Y en ese momento, supe que esa noche no había terminado.

Solo acababa de empezar.

3

Olivia

RECORDATORIO NÚMERO CINCO



Dos meses después

Salí del metro con el corazón acelerado. Aquel era mi primer día de trabajo en *Gridbyte Technologies*. Después de semanas mandando currículums y haciendo entrevistas, por fin había recibido una llamada afirmativa.

Querían que empezara ese mismo día. Les corría prisa cubrir el puesto de secretaria de dirección. Y a mí me corría prisa abandonar mi antiguo trabajo para dejar de ver a Ethan, mi ex.

Estaba claro que mezclar trabajo y amor había sido una idea pésima, pues después de nuestra ruptura no podía ni concentrarme. Trabajábamos en la redacción de un periódico, yo como secretaria, él como periodista, y aunque no estábamos en el mismo

departamento, cada vez que lo veía pasar por mi lado, con su sonrisita condescendiente, me daban ganas de tirarle el portátil a la cabeza.

Y como no quería acabar despedida por agresión, decidí huir. Literalmente.

Este nuevo trabajo era mi salida de emergencia. Mi reinicio. No tenía nada que ver con mi antiguo trabajo, pero tampoco me importaba.

Una oficina nueva. Gente nueva. Un jefe nuevo.

Lo que no sabía es que ese jefe no iba a ser *nuevo* en absoluto.

Así que ahí estaba yo, con mi blazer negro, mis zapatos blancos de tacón bajo y el estómago revuelto. A punto de iniciar una nueva etapa de mi vida. Una donde esperaba no cometer tantos errores como en la última.

Al menos esta vez lo tenía claro:

Lista de recordatorios básicos para no joderla otra vez

1. Llegar siempre puntual. Aunque haya huelga, tormenta o zombis en el metro.
2. No contarle mi vida a nadie en la primera semana. Ni en la segunda.
3. Evitar dramas ajenos. Incluye líos de oficina, cotilleos y gente que llora en el baño.
4. No mirar a nadie más de dos segundos seguidos si está demasiado bueno.
5. Y sobre todo: nada, NADA de enrollarme con nadie del trabajo.

Spoiler: ni siquiera llegué al segundo día antes de romper el recordatorio número cinco.

Cuando llegué frente al edificio de oficinas en Hudson Yards, me quedé unos segundos mirando la torre. Era altísima, de cristal y acero, como sacada de una peli futurista. Justo al lado había un Starbucks, y por un segundo pensé en meterme allí y no salir nunca más.

En ese momento, el móvil vibró en mi bolsillo. Era un mensaje de Genny, mi mejor amiga:

GENNY

Respira. Lo vas a hacer genial. Te han cogido porque eres buena, no por casualidad. Si el jefe es majo, bien. Si no lo es, te adaptas. Y si te dan ganas de salir corriendo, me llamas y te lo soluciono con chocolate y peli.

Ánimo, eres increíble.

Sonreí sola, sin poder evitarlo.

Genny siempre sabía qué decir.

Sus palabras fueron lo que necesité para coger aire, espantar los miedos y entrar en el edificio.

En el hall había gente vestida de forma informal pero carísima. Gente que no sudaba en el metro, que no se equivocaba de línea ni pisaba un chicle con el zapato. Gente muy diferente a mí.

Sin pararme a pensarlo demasiado, pasé el control de seguridad diciéndole mi nombre a un agente y subí con el ascensor hasta el piso 17.

Intenté no mirarme en el espejo, pero lo hice igual. Llevaba el cabello oscuro recogido en una coleta alta y el rostro maquillado de forma suave.

Había conseguido tapar las ojeras y tenía los labios con un poco de brillo. Suficiente.

Cuando se abrieron las puertas, salí con paso firme. O eso intenté. El corazón me latía tan fuerte que me sentía medio mareada.

Una chica con el pelo rubio y manicura francesa me localizó enseguida.

—¿Eres Olivia Park?

—Sí —respondí, con una sonrisa tensa.

—Perfecto. Soy Rachel, de RRHH. Ven, te enseño un poco la oficina antes de que entres con el jefe.

Caminamos por un pasillo lleno de salas acristaladas, escritorios con plantas falsas y pantallas gigantes. Minimalismo caro. Olores neutros. Silencio total, solo roto por los teclados.

—Aquí trabajan los del equipo de producto, allí está la zona de UX, y esa parte es dirección —dijo señalando al fondo, donde todo se volvía aún más elegante—. Como te habrán dicho, trabajarás en ese departamento como secretaria del señor Sinclair, el CEO de la empresa.

Asentí, aunque en realidad no sabía gran cosa del tipo. Lo había buscado por LinkedIn la noche anterior, pero su perfil no tenía ni foto.

—¿Y cómo es?

Rachel no se lo pensó demasiado antes de responder.

—Serio. Muy serio. Aunque llamarlo serio es quedarse corta. No sonríe, no habla más de lo necesario y no repite las instrucciones. Si te las pierdes, mala suerte. —Me miró de reojo—. A veces ni siquiera

te saluda. Es bastante… exigente, por eso las secretarias le duran tan poco.

Genial. Un CEO antisocial. Justo lo que necesitaba mi ansiedad social para empezar el día.

—Pero no es que sea un ogro —añadió al ver mi cara de susto —. Es solo que no tiene paciencia para la gente normal.

—Pues genial, porque yo de normal tengo poco —farfullé para mí misma.

Tampoco tenía opción. Necesitaba el trabajo. Había dejado el otro sin opción a volver y tenía la cuenta corriente temblando.

Fuera como fuera, ese Sinclair tendría que aguantarme.

Rachel me acompañó hasta la puerta.

Adam Sinclair – Executive Director. Letras plateadas, frías. Todo impecable.

—No te pongas nerviosa. Es muy serio, pero mientras hagas bien tu trabajo, todo irá bien. ¿Vale?

Asentí. Aunque estaba tan nerviosa que sentía las piernas flojas, pero intenté disimularlo.

Rachel llamó con dos toques firmes.

—Adelante —respondió una voz grave desde dentro.

Abrió la puerta y me hizo una seña para que la siguiera.

—Adam —dijo ella, con un tono formal—. Esta es Olivia Park. Empieza hoy como tu nueva asistente.

Y entonces lo vi.

Y el mundo se detuvo.

Mi mirada se clavó en el hombre que estaba detrás del escritorio. Traje oscuro. Camisa blanca. Reloj discreto. Espalda recta. Expresión seria.

Y esos ojos.

Los recuerdos me golpearon sin avisar.

Él, apoyado en la barra del hotel, mirándome como si ya supiera lo que iba a pasar.

Él, en el ascensor, a mi lado, en silencio, con la tensión a punto de explotar.

Él, besándome con intensidad.

Desnudándome.

Lamiéndome.

Una noche.

Solo una.

La más intensa, salvaje y eléctrica de mi vida.

Y ahora estaba ahí.

Sentado.

Mirándome.

¿El desconocido con el que tuve el sexo más alucinante de mi vida… era mi jefe?

Mierda.

¿Ahora qué?

4

Adam

¿DE VERDAD VAMOS A FINGIR?



Esto tenía que ser una puta broma.

Mientras miraba a la mujer que acababa de entrar en mi oficina y me observaba con cara de pánico, no podía dejar de pensar que el universo se estaba riendo de mí.

Porque esa mujer no era una desconocida.

Era ella.

La mujer que, dos meses atrás, tembló bajo mi cuerpo.

La mujer que llevaba dos meses sin ser capaz de sacarme de la cabeza, a pesar de que yo no era hombre de obsesionarme con nadie.

No me pasaba. No era mi estilo.

Pero… aquella mujer lo había cambiado todo. La química que sentí con ella en la cama fue… explosiva.

Y aunque me había acostado con otras en ese tiempo, no sentí nada parecido con ninguna.

Ella me había jodido el cerebro.

Y ahora estaba delante de mí.

Vestida con un blazer negro.

Con cara de trágame tierra.

Y Rachel acababa de presentármela como mi nueva asistente.

Mierda.

Me obligué a mantener la cara seria, como si no pasara absolutamente nada. Como si no la hubiera hecho correrse en la cama de un hotel de todas las formas posibles.

—La señorita Park ha trabajado durante años en puestos de secretariado de alto nivel —decía Rachel, ajena al incendio que se acababa de desatar en mi cabeza—. Tiene experiencia en gestión de agenda, coordinación de viajes, filtrado de llamadas y sabe manejar bien la presión. Es un perfil que cuesta encontrar, así que esperemos que se quede un tiempo entre nosotros.

No me costó identificar el tono pasivo-agresivo de Rachel. Era su forma de decirme, sin decirlo, que dejara de asustar a mis secretarias. Como si yo las espantara por placer. Como si me dedicara a coleccionarlas y largarlas por aburrimiento.

Después de esas palabras, se despidió con un gesto de cabeza y se marchó, dejándonos solos.

Cerró la puerta con un *clic* suave, pero en mi cabeza sonó como una bomba.

Silencio.

Olivia seguía de pie. Quietísima. Como si le hubieran quitado el aire.

Decidí ser yo el primero en romper el hielo.

—Así que… ¿Olivia Park?

Ella respiró hondo, como si acabara de salir del agua después de aguantar demasiado rato bajo el mar.

Asintió con una pequeña sonrisa tensa.

—Sí. Olivia Park. Encantada —dijo con un tono educado, profesional, como si no me conociera absolutamente de nada—. Es un placer trabajar aquí para usted.

Un placer, dijo.

Como si no me hubiera arañado la espalda hace dos meses con las piernas temblándole.

—Adam Sinclair —respondí, siguiendo su juego—. Bienvenida a *Gridbyte*.

Ella me miró con incomodidad unos segundos antes de esbozar una nueva sonrisa impostada en sus labios y sentarse frente a mí.

—Hoy es mi primer día, y aunque aún tengo que familiarizarme con los procedimientos internos, me adapto rápido —dijo, cruzando las piernas con toda la calma que no tenía en la mirada—. Estoy preparada para empezar cuando lo necesite.

Así que esa era su intención: hacer como si no nos conociéramos.

Podía haberle seguido la corriente.

Era lo más inteligente, teniendo en cuenta que tenía una norma no escrita de no follar con empleadas.

Pero, maldita sea.

Fue un polvo increíble.

De los mejores.

Y no pensaba dejarlo pasar como si no hubiera ocurrido.

—¿De verdad vamos a fingir que no nos conocemos?

Ella parpadeó. Su rostro pasó por varias expresiones en menos de un segundo: sorpresa, susto, negación... y se quedó en algo parecido a la confusión forzada.

—¿Perdón?

—Ya nos conocemos, Olivia —repetí, sin apartar la vista de ella.

—Eh… creo que se equivoca. Usted… —La forma en la que dijo *usted* fue casi cómica. Como si así pudiera marcar una distancia que ya no existía—. Usted debe estar confundiéndome con otra persona. Me pasa continuamente. Tengo un rostro muy común. A fin de cuentas, ¿cuántas coreano americanas existen?

La miré en silencio.

Sus ojos se mantenían en los míos, como si realmente esperara que me tragara esa excusa barata.

—Así que, según tú, no nos conocemos de nada —dije, sin apartar la mirada.

Ella asintió, muy segura. Demasiado.

—De lo contrario yo me acordaría, ¿verdad? —añadió, soltando una risita histriónica que no le salió nada natural. Entonces rebuscó en su bolso con toda la calma fingida del mundo, sacó un cuaderno negro y un bolígrafo, lo abrió sobre sus piernas, y me miró como si tal cosa—. Bien —dijo con voz neutra—. Dígame con qué quiere que empiece.

Me apoyé en el respaldo de la silla, sin quitarle la vista de encima.

¿Debía insistir? ¿Recordarle que aún tenía grabado en la cabeza el sonido de cuando se corrió por segunda vez?

Podría.

Pero verla fingir tan mal… tenía su propio encanto.

—Organiza el día de hoy —dije al fin—. Tengo reunión con el equipo de estrategia a las once, revisión de producto a la una y una videollamada con Boston a las cinco. Me gusta tener un resumen diario con todo antes de salir.

Ella fue tomando nota en silencio, sin levantar la vista.

—¿Algo más? —preguntó al terminar de escribir.

—Sí —respondí, con la voz más calmada de la historia—. Que dejes de actuar como si no me conocieras.

Le tembló mínimamente la mano. Solo un segundo.

Luego volvió a levantar la vista y forzó una media sonrisa.

—¿Algo más relacionado con el trabajo?

Toqué la mesa dos veces con los dedos, despacio.

—Por ahora, no.

Se levantó, cerró el cuaderno con suavidad y lo guardó en el bolso.

—Entonces, si me disculpa —dijo, dándose la vuelta hacia la puerta.

Pero justo cuando iba a abrirla, hubo algo en su forma de moverse que me devolvió, sin permiso, a aquella noche. No pude evitar decir:

—No se puede fingir para siempre, Olivia.

Ella no respondió.

Pero no necesitaba hacerlo.

Su silencio lo gritaba todo.

Y yo… yo me sentía jodido. Porque la mujer del polvo alucinante era mi nueva secretaria, fingía no reconocerme y tendría que verla cada jodido día.

***

Aquella noche quedé en el hotel Luxury con mis mejores amigos. Íbamos a beber, a reírnos un rato y a ponernos al día.

Todos estaban ya en el reservado cuando llegué.

Leo Moretti fue el primero en hacerse notar. Chaqueta de lino beige, pelo perfectamente revuelto y gafas de sol en interior, como si la noche neoyorquina fuera un desfile permanente. Dueño del hotel Luxury, heredero del imperio hotelero familiar y experto en caer bien sin esfuerzo. Sonrió nada más verme, como siempre.

Julian Hawthorne estaba sentado con una copa en la mano, el traje perfectamente planchado y cara de estar pensando en cinco reuniones a la vez. Dirigía el mayor grupo editorial del país, pero aún parecía más analista que empresario. Puntual, reservado y con un radar afilado para detectar estupideces.

Cameron Blake llevaba sudadera blanca, zapatillas de diseño y esa sonrisa limpia que nunca se le borraba. Exatleta olímpico y ahora al mando de un conglomerado deportivo. El más joven del grupo, y el único que todavía saludaba con un «¿cómo estás?» sincero.

Spencer Callahan llegó con la camisa abierta, y una de esas sonrisas suyas que provocaban titulares. Dirigía Callahan & Bloom, pero parecía más una estrella de rock que un CEO. Provocador, sexy y demasiado consciente de su efecto en los demás.

Nada más llegar, me planté frente al grupo, con expresión derrotada.

Sí, yo, el androide. El que no solía demostrar emociones humanas.

Por primera vez en años, algo me había superado.

—Tíos. La he jodido.

Todos me miramos al mismo tiempo.

Julian fue el primero en hablar:

—¿Qué has hecho?

Me pasé una mano por la cara, algo que no hacía jamás, y suspiré.

—He roto mis propias reglas —murmuré—. Quedé con una mujer que conocí en una app para ligar, tuve una noche de sexo alucinante con ella y esta mañana, cuando he llegado al trabajo… he descubierto que es mi nueva secretaria.

Spencer soltó una carcajada.

—Espera, espera… ¿no fuiste tú el que me dijo, literalmente, «nunca se me ocurriría mezclar negocios con placer?»

Lo fulminé con la mirada. Hacía poco habíamos tenido esa conversación. Y ahí estaba, tragándome mis palabras.

—No lo sabía. ¡No tenía ni idea de quién era hasta que la he visto entrar hoy en mi despacho acompañada de Recursos Humanos!

—Hostia —soltó Leo, dejando la copa sobre la mesa—. ¿Y ella qué ha dicho?

Me dejé caer por fin en una de las butacas.

—Nada. Me ha mirado, ha sonreído… y ha fingido que no me conocía.

Y mientras yo me frotaba la cara como si me doliera pensar, Spencer soltó en voz baja:

—Ya estamos todos.

Preferí no analizar lo que había querido decir con eso.

—¿Qué se supone que debo hacer yo ahora? ¿Seguirle el rollo? ¿Olvidar que hace unos meses me hizo la mejor mamada de mi vida?

—Oye, tío —intervino Leo, con su sonrisa de cabrón divertido—, ¿y no has pensado que, quizás, lo que le ofreciste no fue lo suficientemente bueno como para que quiera recordarlo?

Lo miré despacio. En silencio.

—¿Estás insinuando que el sexo no fue memorable? Eso es imposible. Lo fue. Estoy convencido de que dejé en ella un recuerdo imborrable.

—Pues si fue tan imborrable… ¿por qué te ha mirado como si fueras el tipo que le pide el ticket en el metro? —dijo Spencer, alzando una ceja.

Fui a responder, pero Cameron se me adelantó.

—A ver, seamos sinceros… Empezar en un nuevo trabajo y descubrir que tu jefe es el tío con el que te acostaste sin saber su nombre meses atrás… no es precisamente un sueño laboral. Bastante hace con no huir gritando. Quizás piense que su trabajo corre peligro si admite recordar el encuentro. A fin de cuentas, ¿cómo vas a mantenerte profesional con la persona a la que has visto desnuda?

Solté el aire lentamente.

—Puedo mantenerlo profesional.

Lo dije en voz alta, con convicción. Pero hasta a mí me sonó débil.

Porque la verdad era que no dejaba de pensar en ella. En cómo me miró al entrar, fingiendo que no me conocía. En la curva exacta de su espalda cuando se giró hacia la puerta. En la forma en que sus

labios se apretaron antes de soltar ese «encantada» como si no me hubiera suplicado que no parara hace unos meses.

Sí. Profesional. Claro que sí.

Se hizo el silencio. Y entonces, cuatro pares de ojos me miraron al mismo tiempo.

Julian alzó una ceja.

Cameron dejó de beber.

Leo apoyó el vaso en la mesa, despacio.

Spencer simplemente sonrió. Con esa sonrisa suya de *qué puto chiste acabas de soltar*.

No dijeron nada.

No hacía falta.

Me miraban como si acabara de decir que creía en los unicornios o en las relaciones sanas por Tinder.

Como si no se creyeran una mierda.

Y lo peor era que… tenían razón.

Porque si de verdad nunca mezclaba negocios con placer, ¿por qué cojones tenía tantas ganas de volver a verla desnuda?

5

Olivia

TODO BAJO CONTROL



Estaba sentada en uno de los pubs de moda de Manhattan, con un Cosmopolitan entre los dedos y la cabeza hecha un lío que ni el alcohol conseguía ordenar.

El local estaba lleno de gente guapa, risas estudiadas y conversaciones que sonaban importantes aunque no lo fueran. Luz tenue. Música suave. Mesas demasiado juntas. El tipo de sitio en el que todo el mundo parece disfrutar.

Todo el mundo excepto yo.

Di un sorbo al cóctel y apoyé el codo en la mesa, mirando el hielo girar despacio dentro del vaso, como si ahí dentro pudiera encontrar alguna respuesta decente.

Porque hacía exactamente doce horas que había descubierto que mi jefe y el desconocido con el que había tenido el mejor sexo de mi vida eran la misma persona, y mi cerebro seguía negándose a procesarlo con normalidad.

Adam Sinclair.

Decir su nombre en silencio me provocó un cosquilleo incómodo en el estómago. No de los buenos. De los peligrosos.

—¿Un Cosmopolitan? —dijo una voz conocida a mi espalda—. ¿Quién eres y qué has hecho con la chica que siempre pide gin-tonic?

Miré a Genny, mi mejor amiga, que alzaba una ceja en mi dirección.

Cierto. Yo era chica de gin-tonics.

Pero pensar en ginebra me llevaba, inevitablemente, a aquella noche. A una barra de hotel. A unos dedos rodeando un vaso bajo. A una mirada gris que no pedía permiso para quedarse en tu cabeza.

Tragué saliva y volví a mirar mi copa, como si el Cosmopolitan tuviera la culpa de todo.

—Necesitaba algo diferente —murmuré—. Algo que no me recordara nada.

Genny me observó unos segundos en silencio, y se sentó frente a mí, mirándome con mucha atención.

Llevaba su melena pelirroja recogida en una trenza ladeada, vaqueros, zapatillas y un jersey cómodo que, junto a las pecas que salpicaban sus mejillas y ese aire eternamente juvenil, hacía que pareciera más joven de lo que era… a pesar de estar rozando ya los treinta.

Apoyó los codos en la mesa y ladeó la cabeza.

—Vale —dijo despacio—. Cuando pides un Cosmopolitan para no recordar nada, es que algo va muy mal.

Tragué saliva. Y lo solté sin medias tintas.

—¿Recuerdas al desconocido con el que me acosté hace dos meses?

Genny parpadeó una sola vez.

—¿Cómo olvidarlo? —respondió—. Fue la primera vez que Olivia Park decidió dejar de analizarlo todo y dejarse llevar por los placeres carnales.

Puse los ojos en blanco.

—No dramatices.

—No dramatizo —replicó—. Lo celebré. Hubo vino. Hubo aplausos imaginarios. —Se inclinó un poco más hacia mí—. ¿Por qué lo sacas ahora?

Apreté los dedos alrededor de la copa.

—Porque ese desconocido… —hice una pausa, breve pero cargada de intención— es mi jefe. Mi nuevo jefe.

El silencio cayó entre nosotras como una bomba bien colocada.

Genny abrió la boca. La cerró. Luego volvió a abrirla.

—No.

—Sí.

—¿Tu jefe *jefe*?

Asentí.

—Mi jefe *jefe*. El CEO del que voy a ser su secretaria. Como en un maldito cliché de comedia romántica que alguien debería haber rechazado en la sala de guionistas.

Genny se llevó una mano a la boca, conteniendo una carcajada que no sabía si era nerviosa o histérica.

—Vale —dijo al fin—. Necesito que me expliques esto despacio. Muy despacio. Y con alcohol de por medio.

Llamó al camarero y pidió un Martini, preparándose para una historia que claramente no iba a poder procesar sobria.

—No hay mucho más que explicar —dije, poniendo los ojos en blanco—. Esta mañana, cuando la de Recursos Humanos me ha presentado a mi nuevo jefe, he descubierto que era el mismo tipo que me hizo ver el cielo dos meses atrás.

Genny dio un trago largo a su Martini.

—¿Y qué has dicho? —preguntó enseguida—. ¿Y él? Dios, esto es… —negó con la cabeza, entre fascinada y horrorizada—. Esto es demasiado incluso para ti. Chica atrae-desastres.

Genny solía decir que me pasaban las cosas más improbables del universo. Que, si había una posibilidad mínima de que algo saliera mal, mi vida encontraba la forma creativa de hacerla realidad.

—Siempre me tocan las estadísticas raras —murmuré—. ¿Quién hubiera pensado que, de todos los hombres de Manhattan, me tocaría acostarme justo con el único que iba a convertirse en mi jefe?

Genny dejó escapar una risa incrédula.

—El destino tiene un sentido del humor retorcido —dijo—. Y contigo se recrea. Pero no me has respondido. ¿Qué habéis dicho al veros?

Apreté los labios un segundo.

—Nada —admití—. Yo me he encargado de que fuera así. He fingido no conocerlo. Y aunque es obvio que él no se lo ha tragado, no ha insistido. Así que fin de la historia. En unas semanas todo esto será solo una anécdota incómoda.

Genny me miró en silencio. Demasiado tiempo.

—Eso es lo que te estás diciendo —replicó al fin—, pero no te lo crees ni tú. Si el sexo entre vosotros fue tan alucinante como dijiste, es solo cuestión de tiempo que ese hombre quiera repetir.

—No tiene por qué —repliqué, demasiado rápido—. Dijimos que solo sería una vez, que no volveríamos a vernos.

Genny ladeó la cabeza y suspiró.

—Ay, querida Olivia… eres tan ingenua a veces.

—Y tú tan cínica —respondí—. El trabajo como periodista de sucesos te está deformando la visión del mundo.

—¿Verdad? —sonrió—. Por eso no dejo de decirle a Ben que me cambie de departamento. Pero no hay manera. Y, seamos sinceras, a mí lo que me gusta de verdad son los reportajes sobre personas, no andar cubriendo desastres mundanos como si fueran simples cifras. Historias con contexto, con alma. El problema es que el responsable de esa sección es Ethan, tu ex, y se niega en redondo a dejarme participar. Siempre pone la misma excusa: que no estoy a la altura de ese tipo de contenido. Incluso una vez que Ben propuso que me encargara de un reportaje breve, algo pequeño para probar… Ethan lo bloqueó sin miramientos. Menudo imbécil.

Sonreí.

Genny y yo nos conocimos en el periódico en el que trabajaba antes. Yo era la secretaria del redactor jefe, Ben, y ella, la becaria a la que siempre encasquetaban la redacción de los sucesos más ingratos. Robos de barrio, accidentes absurdos, historias tristes que nadie quería cubrir y que acababan cayendo siempre en su mesa.

Nos hicimos amigas una tarde después de que le tocara cubrir el atropello de un chaval en Queens.

Volvió a la redacción con los ojos enrojecidos, los apuntes desordenados y una rabia contenida que no sabía muy bien dónde colocar.

Yo estaba archivando unas facturas cuando la vi plantarse frente a mi mesa, soltar la grabadora y decir:

—No debería ser así.

No hizo falta que explicara nada más.

Le ofrecí un café, luego otro. Y, sin darnos cuenta, acabamos sentadas en el suelo del archivo, hablando de todo lo que no salía en los periódicos. De lo injusto, de lo invisible, de lo que nadie quería leer porque dolía demasiado. Desde entonces nos convertimos en inseparables.

Levanté la vista hacia Genny, sentada frente a mí, con el Martini a medio terminar.

—Siento que Ethan te haga la vida imposible —dije—. No sé cómo no me di cuenta antes de que era un energúmeno.

Soltó una risa breve, cansada.

—Que conste que yo te lo avisé un millón de veces —respondió.

—Lo sé —admití—. Pero yo estaba ocupada buscando excusas. Justificándolo todo. Convenciéndome de que no era tan grave. Y, si lo pienso ahora, él tiene la culpa de lo que ha ocurrido.

Genny alzó una ceja, pero no me interrumpió.

—Si no me hubiera dejado diciéndome que era fría y que no fluía nunca —continué—, quizá no habría sentido la necesidad de demostrarme nada. Y no habría buscado acostarme con un desconocido solo para sentirme deseada otra vez. Y ahora no estaría aquí, intentando convencerme de que mi vida no se ha convertido en una mala broma.

Genny dejó el vaso sobre la mesa con suavidad.

—O quizá —dijo con calma— necesitabas exactamente eso para darte cuenta de que no estabas rota. Que solo estabas con la persona equivocada.

Tragué saliva en silencio. Tenía razón, aunque no quisiera admitirlo en voz alta.

Que el sexo con Adam hubiera sido tan increíble dejaba en evidencia que yo no era el problema. Dejaba en evidencia todo lo

contrario. Que no era una cuestión de fluir o no fluir. Que no había nada defectuoso en mí.

Simplemente, durante demasiado tiempo, había intentado encajar con alguien que me hacía sentir insuficiente.

Bajé la mirada hacia mi copa, ya casi vacía.

—Bueno, ese ahora no es el tema —dije, saliendo de esa línea de pensamiento y centrándome en el problema actual—. La cuestión es que me encuentro trabajando para el hombre con el que tuve el sexo más intenso de mi vida y debo seguir fingiendo que no pasó para mantenerlo todo bajo control.

Cuando levanté la vista, Genny me estaba mirando de esa forma concreta que conocía demasiado bien. Con la cabeza ligeramente ladeada. Los labios apretados. Como si tuviera mil cosas que decir y estuviera eligiendo cuál dolía menos.

La mirada de *no te lo crees ni tú*.

—Ajá —murmuró—. Si tú lo dices…

—Es lo único sensato —insistí—. Necesito ese trabajo. Es un buen puesto, un buen sueldo, una oportunidad real de empezar de cero. No puedo permitirme errores ni distracciones.

Genny no dijo nada. Solo siguió mirándome.

Aparté la vista primero.

Porque, en el fondo, sabía que fingir no era lo mismo que controlar. Pero era lo único que tenía.

—No puedo volver a cometer el mismo error —añadí, más bajo —. No puedo meter sentimientos en el trabajo.

Me apoyé en el respaldo de la silla y solté el aire despacio.

Podía hacerlo.

Podía ser profesional.

Podía mantener las distancias.

Tenía que poder.

Porque esta vez no se trataba de deseo, ni de química, ni de noches que te cambian el pulso.

Se trataba de sobrevivir.

Y mientras Genny seguía observándome en silencio, con esa expresión que decía *esto va a explotar*, me repetí una última vez que lo tenía todo bajo control.

Aunque una parte de mí, la más honesta, ya empezaba a sospechar que estaba a punto de mentirme otra vez.

6

Adam

VAS A RECORDARLO



Al día siguiente, cuando Olivia entró en mi despacho para repasar la agenda del día, decidí terminar con su teatro.

Éramos adultos funcionales. Podíamos follar como locos y luego trabajar sin dramas.

Así que, cuando terminó de cantar las reuniones del día y se levantó para marcharse, solté:

—No te vayas aún. Hay algo de lo que tenemos que hablar.

Se quedó quieta, la mano ya en la manilla de la puerta. Respiró hondo, como si supiera perfectamente por dónde iba el asunto. Se giró despacio.

—¿Hay algo más con lo que pueda ayudarle?

—En realidad, sí. Siéntate.

No se movió al principio. Me miró como si estuviera decidiendo si mandarme a la mierda o hacerme caso.

Y entonces lo volví a notar.

Ese puto efecto.

La forma en que su presencia me descolocaba incluso antes de abrir la boca.

Olivia Park era un maldito imán de caos.

Piel clara. Ojos oscuros, rasgados, inteligentes. El tipo de mirada que parece que lo analiza todo… pero que yo ya había visto nublarse de puro placer.

El pelo liso, negro, recogido en una coleta alta, como si necesitara recordarse a sí misma que estaba en un entorno profesional y no a punto de gemir mi nombre otra vez.

Hoy había venido con una blusa blanca, fina, con un par de botones desabrochados y una falda entallada que le marcaba las caderas como si me estuviera desafiando sin hablar.

Tacones discretos. Colonia suave.

Iba vestida como si quisiera pasar desapercibida, pero cada centímetro de ella decía lo contrario.

Al final, cruzó la habitación con paso firme y se sentó frente a mí, con cara de póker.

—Le escucho.

—¿Vas a seguir fingiendo eternamente?

Ella no parpadeó.

—No sé de lo que habla, señor Sinclair. Si se refiere a lo que dijo ayer, vuelvo a repetirle que debe estar usted confundido. No lo conozco.

—Mientes.

—No.

—Sí. Mientes, y mal. Te tiembla la mandíbula. Evitas mirarme a los ojos cuando hablamos… finges que no pasó nada porque crees que así puedes borrarlo. Pero no puedes.

—No se puede borrar lo que nunca pasó. Y, bajo mi punto de vista, no pasó.

—Si quieres seguir con este jueguecito, adelante. Pero ¿sabes qué? Soy amigo del dueño del hotel donde fuimos. Me bastaría una sola llamada para que me diera las imágenes de las cámaras de seguridad. Esas que desenmascararían tu mentira.

Se le abrieron un poco los ojos. La pillé.

—¿Serías capaz de llegar a tanto? —qué rápido había borrado los formalismos.

—Sí. Porque me incomoda que finjas que no nos conocemos, cuando te he tenido desnuda, jadeando mi nombre y suplicando que no parara.

—No suplicaba —dijo, en voz baja.

—No con palabras. Pero tu cuerpo sí.

Ella apretó los labios. La respiración se le aceleró. Lo noté.

—¿Por qué insistes en hablar de esto? ¿No te das cuenta de que es incómodo? Soy tu secretaria, y tú mi jefe. Lo que hicimos debe violar una decena de normas internas, protocolos éticos o lo que sea.

—En realidad, no. Para entonces aún no trabajábamos juntos, así que no violamos ninguna norma. Ningún protocolo. Solo nos follamos como si se fuera a acabar el mundo. Y lo disfrutamos. Mucho.

Ella bajó la mirada un segundo. Como si el recuerdo la golpeara sin avisar.

—Eso no cambia lo que somos ahora. ¿Por qué hablarlo? A fin de cuentas, solo fue una noche. Una buena noche, sí, pero ya está.

Es mejor fingir que no ocurrió y limitarnos a lo que somos ahora. Jefe y secretaria. Nada más.

—¿Solo una buena noche? —repetí—. Hablas de ella como si no hubiera sido el mejor sexo de tu vida.

—¿Y quién dice que lo fue? —respondió, alzando la barbilla—. No digo que fuera mediocre, pero tampoco fue nada del otro mundo.

—Y de nuevo mientes.

—¿Ah, sí? —soltó, cruzándose de brazos—. Creo que eso no lo puedes demostrar. Lástima que de eso no hayan pruebas.

—No necesito pruebas. Te corriste cinco veces. Con la boca. Con los dedos. Con mi polla dentro. Y al final, te quedaste tumbada sin poder hablar. ¿Eso también vas a fingir que no pasó?

Ella respiró hondo, con la mirada fija en la mía. Firme. Pero le temblaba un poco la mandíbula.

—¿De verdad vas a usar eso como argumento? ¿Contar orgasmos como si fueran puntos en un marcador? Porque también me corro con mi vibrador y no lo considero el polvo de mi vida. —Chasqueó la lengua contra el paladar, despacio—. ¿Ves lo que has conseguido? Que tengamos una conversación tonta cuando mi estrategia de fingir que no había pasado era mucho mejor.

Pero qué mujer más terca.

Primero fingía que no me conocía.

Ahora quería fingir que el sexo no fue la puta locura que fue.

—De verdad que lo tuyo es de campeonato —dije, cruzándome de brazos—. ¿Qué sigue? ¿Vas a decir que te aburriste?

—No he dicho eso. Solo creo que deberíamos dejar aquí esta conversación, porque no entiendo qué ganamos en tenerla. ¿Follamos? Sí. En mi momento más bajo de vulnerabilidad emocional. Pero ahora eso ha quedado atrás. Soy tu secretaria y

quiero conservar el trabajo sin que el recuerdo de una noche decente lo estropee todo.

«Decente.»

La palabra me golpeó más fuerte que cualquier insulto.

Esa mujer iba a volverme loco.

Yo solo quería que confesara que se acordaba de esa noche, que había sido la mejor de su vida, que yo era un puto dios en la Tierra y que se masturbaba cada noche recordando lo que hicimos.

La típica palmada a mi ego. Nada complicado.

Pero no.

Ella prefería reescribir la historia como si hubiéramos tenido un polvo olvidable. Y yo no iba a permitirlo. Por supuesto que no. Era Adam Sinclair. Las mujeres se obsesionaban conmigo.

Era un polvo épico, no uno decente.

Olivia carraspeó y se puso en pie.

—En fin —dijo, alisándose la falda como si no le temblaran las manos—, creo que no tiene sentido alargar más esta conversación. Ahora, si me permite… me retiro. Tengo mucho trabajo por delante.

Sin esperar respuesta, salió del despacho, dejándome solo y malhumorado.

Porque por más que fingiera seguridad, por más que intentara venderme la versión fría y profesional… seguía mintiendo.

Y si Olivia Park no iba a admitir la verdad, entonces no me quedaba otra opción.

Tendría que hacer que la reviviera.

Para que la recordara.

Para que no pudiera olvidarla nunca más.

7

Olivia

GUAPO, RICO Y CON CEREBRO



El día pasó demasiado lento para mi gusto.

Después de la charla matutina en el despacho de Adam, el ambiente entre nosotros se había quedado raruno. Justo por eso había pensado que lo más inteligente era fingir que nada había pasado, pero no. Él tenía que sacar el tema. Joderlo todo.

Y desde esa reunión, cada encuentro había sido una prueba de fuego.

La forma en que me miraba cuando le pasaba un documento.

La forma en que bajaba la voz cuando me pedía algo.

La forma en que pronunciaba mi nombre.

Las cosas hubieran resultado más sencillas si no me hormiguearan las bragas cada vez que estaba cerca, porque sí,

había mentido. El sexo con él había sido el mejor de mi vida.

El mejor.

El más intenso.

El más jodidamente adictivo.

Le había quitado importancia pensando que así Adam lo dejaría estar, pero algo me decía que solo había conseguido tocarle el ego.

No lo entendía. ¿Qué ganaba él sacando aquello a colación? Era un experto en el sexo de una noche y, hasta donde yo sabía, los hombres como él eran expertos en fingir que no te recordaban después de eso.

Entonces ¿por qué insistía? ¿Qué es lo que pretendía?

¿Solo quería subirse el ego?

¿Confirmar que me había dejado temblando y que no podía olvidarlo?

¿Tan necesitado de validación estaba como para buscarla en mí?

***

Aquella tarde, después de salir del trabajo, pasé por la redacción para recoger algunas cosas de mi escritorio. Tonterías. Una libreta vieja, mi planta medio muerta y la taza que decía «Hoy sí es un buen día para mandar a alguien a la mierda».

El plan era entrar, coger la caja y salir sin hacer ruido. Sin drama. Sin cruzarme con nadie.

Spoiler: no funcionó.

En cuanto salí del ascensor, vi a Genny apoyada en mi antigua mesa, comiéndose una rosquilla con glaseado rosa y cara de estar

esperándome desde hacía rato.

—Has tardado —dijo, dándole otro bocado—. ¿Problemas con tu nueva vida de mujer empoderada que no quiere volver a pisar esta redacción de mierda?

—Me he entretenido convenciéndome de que no necesitaba mis cosas. Pero luego me he acordado de la planta. Y de que si no la rescato, me muero de culpa.

—Claro. Lo típico. Volver por una planta suicida. —Se apartó un poco para dejarme espacio—. ¿Qué tal tu primer día sobreviviendo a tener al polvo de tu vida como jefe?

La miré con cara de *no empieces*.

—Ha sido un infierno.

—¿Ha pasado algo?

—Me llamó a su despacho. Me arrinconó con palabras. Me dijo que dejara de fingir.

Genny soltó una carcajada corta.

—¿Y tú?

—Fingí más fuerte.

—Ay, Olivia. Eres un icono del autoengaño.

Estaba justo guardando la taza en la caja cuando escuchamos pasos detrás.

Y una voz que conocía demasiado bien.

—Olivia.

Me giré despacio. Y sí. Ahí estaba.

Ethan.

Tan guapo como siempre, con el pelo castaño ligeramente despeinado, la camisa blanca remangada y esa forma suya de plantarse delante de ti como si todavía tuviera derecho a algo.

Joder.

Qué rabia me daba que siguiera pareciendo sacado de una maldita serie de abogados de Manhattan.

—No sabía que ibas a venir —dijo, clavando sus ojos en los míos.

—Solo he venido a por esto —respondí, señalando la caja sobre mi antigua mesa—. No voy a quedarme mucho rato.

Asintió despacio, sin apartar la mirada.

—Es una pena que decidieras marcharte por nuestra ruptura.

Ahí estaba. El egocéntrico de siempre. Dando por supuesto que el mundo giraba a su alrededor, y aunque tenía razón, no pensaba admitirlo.

—No fue solo por eso —dije, mirándolo con calma—. También necesitaba cambiar de aires… empezar de cero en un sitio nuevo. Hacía tiempo que me sentía estancada.

Ethan no dijo nada al principio. Solo asintió, despacio, como si le costara tragar la idea de no haber sido el centro absoluto de mi decisión.

—Ben te echa de menos.

Ben era el redactor jefe. Un hombre bonachón, algo desordenado, adicto al café con crema y con el corazón más grande que toda la redacción junta. Siempre olía a vainilla y caos. Siempre tenía una palabra amable en los días de mierda.

Intentó convencerme para que me quedara, pero la simple idea de seguir trabajando cerca de Ethan me producía urticaria.

Literalmente.

Me picaba la piel solo de imaginarme otra mañana cruzándomelo en el pasillo, fingiendo que no me temblaban las manos cada vez que recordaba su voz diciéndome que «el problema era yo».

No. Gracias.

Ethan carraspeó con esa forma suya de avisar que venía algo que no sabía cómo soltar.

—Por cierto… aprovecho que nos hemos encontrado para decirte que estoy saliendo con alguien. —Sentí un puñetazo seco en el estómago. No uno de esos que te doblan, no. De esos que no se ven, pero te dejan sin aire unos segundos—. La conocí en clase de pilates. Aún es muy… reciente, pero prefiero decírtelo yo antes de que te enteres por terceras personas.

Asentí. Una vez. Sin emoción.

—Puede parecer repentino —siguió—, pero ya sabes cómo son estas cosas. Cuando conoces a la persona adecuada… lo notas.

Qué frase tan bonita.

Tan Instagram.

Tan reciclada de cualquier libro de autoayuda barata.

—Me alegro por ti —farfullé.

Mentira.

Ethan ladeó la cabeza. Como si no hubiera terminado.

—Quién sabe… —añadió, con ese tonito suyo—. A lo mejor si algún día cambias y dejas de ser tan… cuadriculada, también encuentras a alguien.

Ahí sí.

Ahí me dio de lleno.

Otra vez con lo de cuadriculada.

Con lo de «no fluyes».

Con lo de que el problema era yo.

Respiré hondo. Muy hondo.

Pero antes de que pudiera decir nada, Genny se me adelantó.

—No tienes ni idea —soltó, firme, con una ceja alzada—. Olivia ya ha conocido a alguien. Y sin necesidad de cambiar una mierda.

Ethan parpadeó. El gesto se le congeló medio segundo.

Yo la miré, descolocada.

¿Por qué había dicho aquello?

No era necesario decir mentiras. Ya se sabe que son demasiado fáciles de desmontar.

—Es un tío increíble —añadió, como si estuviera presentando a un candidato a presidente—. Guapo, rico y con un cerebro que funciona, imagínate el milagro. La verdad es que fue una suerte que tú y Olivia rompierais. Así cada uno ha podido encontrar su media naranja.

¿Mi media naranja?

La miré como si quisiera asesinarla con la mente.

¿Guapo, rico y con un cerebro que funciona?

¿Pero esto qué era, una escena de Teletienda?

Ethan esbozó una sonrisa impostada. De esas que no llegan a los ojos.

—Por supuesto, Genevieve, toda una suerte. —Genevieve era su nombre completo. Y nadie lo usaba. Nunca. Excepto Ethan, claro. Cada vez que quería tocarle los ovarios—. Y ahora, si me disculpáis —añadió, con ese tono suyo de jefe del universo—, tengo mucho trabajo por delante.

Se giró y se fue, haciendo un gesto vago con la mano. Como si nos estuviera despidiendo desde su trono imaginario.

Genny se cruzó de brazos y soltó aire por la nariz.

—Es un capullo de manual. Solo le falta que le impriman el título.

Esperó medio segundo.

—Y tú no me mires así.

Pero yo ya me había girado hacia ella. Con la mandíbula apretada y las cejas por las nubes.

—¿Tú estás bien de la cabeza?

—Depende del día. Hoy no.

—¿Media naranja? ¿Cerebro que funciona? ¿En serio?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Quedarme callada mientras ese imbécil suelta que necesitas cambiar para merecer algo?

—Sí, Genny. Exactamente eso. Que te quedaras callada.

—No es mi estilo, lo siento.

—Se va a enterar de que es mentira. Y voy a quedar como una cría que aún no lo ha superado.

—No se va a enterar, tranquila —respondió Genny, encogiéndose de hombros—. Ethan no es precisamente Sherlock Holmes. Si no le mandas un PDF con pruebas, no pilla nada.

Yo no estaba tan segura.

Ethan podía ser muchas cosas, gilipollas incluido, pero tonto no era.

Aun así, lo cierto es que había tenido cierto encanto verlo incómodo.

Descolocado.

Con esa sonrisita impostada, como si la idea de que hubiera otro le escociera más de lo que quería admitir.

Lo que yo no sabía entonces… es que esa mentira iba a complicarlo todo.

8

Olivia

TENSIÓN BAJO CONTROL (O ESO INTENTO)



Después de una semana trabajando con Adam, empezaba a entender por qué sus secretarias no aguantaban mucho tiempo en el puesto. Adam era el jefe más complicado del jodido planeta.

Una mezcla de exigente, antisocial y alérgico a las explicaciones.

- No sonreía. Jamás. Ni siquiera cuando las cosas salían bien.
- No saludaba. Entraba en la oficina como si fuera el puto Batman.
- No repetía instrucciones. Si no te enterabas a la primera, mala suerte.
- No toleraba errores. Uno y estabas fuera.
- No daba feedback. Si no te despedía, era que lo estabas haciendo bien.

- No hablaba más de lo necesario. Y si lo hacía, era con tono de «tengo cosas más importantes que tú.»
- No entendía la palabra «descanso». Comer delante del ordenador era su religión.
- No le gustaban los adornos, las excusas ni los retrasos. Todo tenía que estar ya, y perfecto.

Trabajar con él era como estar en un campo de minas.

Y a la vez… había algo más en el ambiente cuando estábamos juntos. Una electricidad rara. Una tensión que Adam parecía fomentar de alguna forma, aunque fuera sutil.

Sus silencios. Sus miradas largas. Esa forma suya de acercarse sin tocarme, pero dejándome el cuerpo alerta como si lo hiciera.

Era agotador.

Y adictivo.

Como el café. O el chocolate.

Y no ayudaba que fuera guapo de forma obscena.

Ese tipo de guapo que molesta. Que te jode la concentración.

Aunque, lo peor de todo era saber lo que podía hacer. Cómo besaba. Cómo usaba la boca. Cómo follaba.

Porque una cosa es imaginarte lo que puede hacer un tío así en la cama… y otra muy distinta es haberlo vivido.

A veces tenía la sensación de que eso era lo que buscaba con su comportamiento.

Que me acordara de aquella noche.

Que no pudiera sacármelo de la cabeza.

Incluso cuando tenía algo que reprocharme, porque sí, no siempre cumplía con sus estándares imposibles de perfección, lo

hacía de tal forma que no sabía si me estaba echando la bronca… o calentándome.

—Para la próxima, asegúrate de revisar bien los documentos antes de entregarlos —me dijo el martes, con esa voz baja, grave, que parecía más propia de un susurro al oído que de una corrección profesional.

Y mientras hablaba, me miraba. Fijo. Lento. Como si supiera que me estaba empapando por dentro. Casi me dieron ganas de disculparme con las bragas en la mano.

¿Y qué se supone que debía hacer con eso?

¿Con esa ambigüedad que me dejaba confundida, excitada y enfadada al mismo tiempo?

Porque sí, era un jefe exigente.

Pero también era el mismo cabrón que me había dicho *te quiero sintiéndome hasta el fondo, Olivia* mientras me empotraba contra la pared de un hotel.

Y ahora, cada vez que abría la boca para corregirme, yo no sabía si quería tirarle el informe a la cara o subirme a su escritorio. Aunque evitaba los malos pensamientos y la tentación a toda costa, porque no podía permitirme repetir el error.

Porque una cosa era acostarte con un desconocido una noche de bajón… y otra muy distinta era follarte a tu jefe. Y tenía experiencia de sobras como para saber que los líos en el trabajo solo traían problemas.

***

Aquella mañana, como todas las mañanas, dejé mis cosas en mi escritorio y entré al despacho de Adam, que se encontraba justo

enfrente.

Él ya me estaba esperando.

Sentado.

Impecable.

Con la mirada fija en la pantalla y ese aire suyo de «tengo el mundo en la palma de la mano y me aburre».

—Buenos días —dije, lo más neutra posible.

Alzó la vista. Me miró. Solo un segundo.

Y luego asintió, sin decir palabra.

Porque claro, saludar no era lo suyo.

Lo suyo era hacerme perder la concentración sin mover un músculo.

Miré la agenda en el iPad y empecé a repasarle los puntos del día.

—A las nueve tienes reunión con legal. Luego llamada con los de Dublín a las diez y cuarto. A las once videollamada con Ben Wright. A la una almuerzo con Julian Hawthorne en el Daxton's. Y por la tarde, revisión del informe de expansión —dije, deslizando el dedo por la pantalla sin levantar la vista—. ¿Todo correcto?

—Falta una cosa —dijo él, tranquilo.

Fruncí el ceño. Volví a mirar la agenda.

—No tengo nada más apuntado. ¿Qué falta?

—Una cena esta noche.

Volví a mirarle, esta vez directamente.

—No me lo habías dicho.

—Lo sé. Es algo de última hora —respondió, como si fuera lo más normal del mundo—. Prográmala.

—Vale… ¿Dónde?

Él se encogió de hombros, sin apartar la vista de la pantalla.

—Donde tú quieras. Un sitio que te guste.

Parpadeé. Una vez. Luego otra.

—¿Un sitio que me guste?

—Ajá.

—¿Y con quién es esa cena?

Y ahí fue cuando levantó la mirada.

Despacito.

Con esa media sonrisa suya que no era sonrisa, sino amenaza envuelta en sexo.

—Contigo.

Tragué saliva.

—¿Conmigo?

—Sí. A las ocho. Reserva para dos. No pongas nombre. No quiero que nadie del equipo lo vea en el sistema. Solo mándame la dirección y la hora.

Me quedé mirándole. En silencio.

Él volvió la vista al portátil como si acabara de pedirme un café, no una cena.

—¿Y se puede saber por qué?

—Necesito hablar contigo sobre un par de temas —dijo, sin inmutarse—. Cosas que no quiero tratar aquí, con gente escuchando detrás de cada pared de cristal.

—¿Cosas que no puedo resolver con un email?

—No.

—¿Y es estrictamente necesario que sea fuera del horario laboral? Tenía planes para hoy —solté, cabreada.

Mentira.

Lo más emocionante que iba a hacer esa noche era cenar noodles delante de una serie de crímenes reales y ducharme con agua hirviendo hasta borrar los restos de dignidad que me quedaban por él.

—¿Qué planes? —preguntó, sin pestañear.

—Voy a… ver una exposición —improvisé, sin pensar demasiado —. De fotografía. Contemporánea. Coreana.

Silencio.

Adam me miró durante dos segundos exactos.

—¿Dónde?

Me quedé en blanco medio segundo.

—En el… MoMA —dije al fin, lo primero que me vino a la cabeza.

Él alzó una ceja. Despacio.

—¿Y cómo se llama la exposición?

Mierda.

—Eh… Sombras del alma.

—¿Perdón?

—Sombras del alma. De un fotógrafo emergente. Coreano. No recuerdo el apellido.

Adam no dijo nada.

Solo desvió la mirada hacia su pantalla, tecleó algo con calma… y alzó las cejas.

—Qué raro —dijo—. No veo ninguna exposición con ese nombre en el MoMA.

Tragué saliva.

—¿No?

—No. Qué curioso, ¿no?

Solté una risa que sonó tan falsa que me dieron ganas de abofetearme a mí misma.

—Ay, joder, qué tonta soy… Me he confundido. No era en el MoMA —dije, muy rápido—. Es en… una sala independiente del Soho. Ya sabes, de esas que no están en Google todavía. Muy underground.

Él alzó una ceja, conteniendo la sonrisa.

—Ambos sabemos que esa exposición no existe —dijo, tranquilo —. Así que finjamos que no has intentado colarme una mentira tan cutre como tu risa de hace un minuto… y pasemos página. Te veo hoy a las ocho en el sitio que elijas.

¿Hacer una pataleta por eso se vería demasiado?

Sí.

¿Me apetecía?

También.

Pero me limité a apretar la mandíbula, sonreír como una psicópata funcional y asentir.

—Perfecto. Cena a las ocho. Lo añadiré a tu agenda.

—Y no intentes escaquearte inventándote la muerte de un familiar o cualquier otra cutrada —añadió él, sin levantar la vista del portátil—. Porque no pienso creerte.

No respondí.

Solo lo insulté en silencio con la mirada más asesina que pude, giré sobre mis tacones y salí de su despacho sin abrir la boca.

Porque si decía una palabra más, probablemente sería *capullo* o *ojalá te atragantes con tu propio ego*.

Cerré la puerta detrás de mí, volví a mi mesa con el pulso alterado… y me senté en modo piloto automático.

Muy bien.

Ahora, además de sobrevivir a Adam en la oficina, tenía que sobrevivir a una cena con él.

Con Adam en modo civil, fuera del horario laboral, con camisa desabrochada y probablemente diciendo cosas que iban a dejarme con las bragas en el bolso.

Pero si él se pensaba que se lo iba a poner fácil… iba listo.

Esa cena iba a ser un puto infierno.

Pero no para mí.

Para él.

Porque si tenía que elegir yo el sitio, no iba a reservar en ningún rooftop de moda ni en ningún restaurante de estrella Michelin.

No.

Iba a llevarlo a un lugar donde jamás pondría un pie por voluntad propia.

Un sitio que oliera a queso frito, tuviera servilletas de papel… y música tan alta que no se escuchara ni su propia autoconfianza.

Una pequeña venganza.

Sutil.

Ilegalmente deliciosa.

Y juro por Dios que iba a disfrutar cada maldito segundo.

9

Adam

UNA CENA POCO PRODUCTIVA



Entrecerré los ojos, mirando el cartel luminoso del restaurante en el que Olivia había programado nuestra cena.

El Burguersaurio.

Letras fosforitas. Dinosaurios en neón. Una hamburguesería temática con paredes moradas, olor a fritanga y música de los 2000 sonando a todo volumen.

¿Esto es una broma?

¿Estaba en una cita o en el cumpleaños de un niño de ocho años?

Miré el nombre otra vez.

Sí. Seguía diciendo El Burguersaurio.

Me pasé una mano por la mandíbula, conteniendo una risa seca.

Esa cabrona lo había hecho a propósito.

Después de todo el numerito con la exposición coreana inventada, ahora me llevaba a un sitio donde las mesas eran de colores y el menú venía en forma de cómic.

Perfecto.

Olivia me esperaba frente a la puerta, con cara de culo y las mismas ganas de pasar esa velada conmigo que de hacerse una endoscopia sin anestesia.

Vestido negro corto, chaqueta vaquera, labios rojos y esa coleta alta que le dejaba el cuello expuesto.

Iba preciosa.

Y cabreada.

Una combinación que, sinceramente, me jodía la cabeza.

Una parte de mí deseaba enfrentarla. Recriminarle la elección del sitio. Arrastrarla hasta otro restaurante decente. Pero no lo hice. Decidí seguirle el juego.

Si quería provocarme, perfecto.

Yo sabía jugar mejor.

—Vaya —dije, quitándome la chaqueta mientras nos sentábamos —. Cuando te dije que eligieras un sitio que te gustara, nunca pensé que acabaríamos aquí.

—¿Por qué? —replicó ella, alzando una ceja—. ¿No te gustan las hamburguesas?

—Me encantan las hamburguesas. Lo que no me emociona tanto es comérmelas rodeado de luces de feria y mesas que parecen sacadas de una guardería. Me fascina que este fuera el primer sitio en el que pensaste para impresionar a tu jefe.

Ella sonrió. Sarcástica. Letal. Tan sexy que molestaba.

—¿Y quién te ha dicho que quiero impresionarte?

—Tienes razón —respondí, bajando un poco el tono—. Conociéndote, seguro que esto es una venganza.

Ella no respondió.

Ni una palabra.

Solo me lanzó una mirada de esas suyas, como diciendo saca tus propias conclusiones, y cruzó la puerta sin mirar atrás.

La seguí.

Y sí, el sitio era peor por dentro.

Luces de neón por todas partes. Dinosaurios pintados en las paredes. Música pop de los 2000. Y mesas pequeñas con sillas de colores que parecían robadas de una ludoteca.

Nos sentamos en una de esas sillas ridículas —la mía rechinó, por supuesto— y antes de que pudiera quejarme, se acercó una camarera con coletas rosas y delantal verde.

—¡Hola, Olivia! —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Qué ilusión verte otra vez! ¿Y este quién es?

—Mi jefe —respondió ella, como si me estuviera presentando al dentista. Luego añadió, sin perder la sonrisa—. Es bastante insoportable. Yo de ti intentaría ofrecer un buen servicio si no quieres que te deje una mala puntuación en TripAdvisor. Es ese tipo de persona.

La camarera soltó una carcajada nerviosa.

—Lo tendré en cuenta —dijo, mirándome como si no supiera si estaba de coña o si efectivamente era el cliente que le iba a arruinar la noche.

Yo me limité a sonreír.

Lento.

Medido.

—No te preocupes —dije, mirando a la camarera, pero hablando para ella—. Hoy estoy de buen humor. Me han traído a ver dinosaurios y a cenar rodeado de luces epilépticas. Es difícil superar eso.

La camarera soltó una risita y nos dejó las cartas.

—Volveré en un minuto. Pedid algo potente, ¿eh?

Cuando se alejó, levanté una ceja.

—¿Vienes tanto como para que te saluden por tu nombre?

Olivia se encogió de hombros, hojeando el menú.

—Mi sobrino es fanático de los dinosaurios y le encanta este sitio —añadió, sin mirarme—. Siempre pide la hamburguesa Rex y dice que el ketchup es sangre de dinosaurio. Tiene cinco años. Es un caos con patas. Y me tiene completamente loca.

Eso me sorprendió.

¿Tenía un sobrino?

No tenía ni idea.

Aunque… para ser sincero, no tenía ni idea de nada sobre ella.

En lo único que había pensado esa última semana era en desnudarla, no en saber si tenía familia, mascotas o un sobrino al que llevaba a comer hamburguesas de vez en cuando.

Cuando la camarera regresó pedimos nuestras hamburguesas. Ella una Rex, sin cebolla, con extra de salsa y patatas normales. Yo pedí la Tricerapollo, porque el nombre era tan ridículo que me pareció apropiado para esa noche. Añadí las patatas en forma de dinosaurio solo para fastidiarla un poco.

La camarera se fue y durante unos minutos no dijimos gran cosa hasta que nuestra cena llegó.

—¿Y bien? ¿Qué era eso tan importante de lo que tenías que hablar conmigo?

Levanté la vista.

Obviamente aquella cena era una excusa, una excusa mala para verla e intentar acabar la noche en mi cama. O en la suya. Me daba igual.

Pero tenía que disimular, de lo contrario, Olivia me dejaría plantado más rápido de lo que se corrió la primera vez que la toqué.

Así que respiré hondo y solté la primera excusa que sonó medio creíble:

—Es sobre el informe de expansión —dije, volviendo la vista a la hamburguesa, como si eso me ayudara a parecer más convincente —. Quiero redefinir las prioridades del roadmap y revisar los plazos con operaciones. Necesito que prepares un resumen ejecutivo antes del lunes.

Levanté la vista.

Y ahí estaba su cara.

Inmóvil.

Ni sorprendida ni convencida.

Solo… escéptica.

—¿Querías hablar del roadmap? —preguntó al fin, muy despacio —. ¿Y de verdad no podías hacerlo en la oficina? ¿Era necesario salir a cenar por eso?

—Bueno… —dije, encogiéndome de hombros con falsa calma—. Tengo algunas dudas, y salir, despejarme, siempre me ayuda a pensar con más claridad.

—¿Y crees que yo soy la persona adecuada para eso? — preguntó, sin perder el tono tranquilo—. Llevo una semana en la empresa y aún no conozco ni el código de la impresora.

Toqué el borde del vaso con los dedos, manteniéndome firme.

—Precisamente por eso —respondí—. A veces la perspectiva externa es más útil que los que llevan años estancados en el mismo sistema.

Olivia me miró como si acabara de soltar una charla motivacional de LinkedIn.

—Vaya. Qué discurso más inspirador. Y dime, ¿cómo puedo yo ayudarte?

Me fui por las ramas.

Empecé a hablar sobre la empresa, sobre nuestras aspiraciones a largo plazo, sobre posicionamiento estratégico, escalabilidad, sinergias, y un montón de mierda que no pintaba nada allí, pero no se me ocurría otra manera de convencer a Olivia de que esta cena tenía algún sentido más allá de las ganas que tenía de besarle la boca y arrancarle ese vestido negro por la mitad.

Aunque lo peor de todo no fue eso.

Lo peor de todo es que ella se implicó tanto que empezó a coger apuntes mientras daba su opinión, como si realmente aquella fuera una cena de trabajo.

Sacó del bolso una libreta pequeña, un boli con la tapa mordida y se puso seria.

—Vale —dijo, pasando una página en blanco—. Si vas en serio, propongo dividir el roadmap en bloques trimestrales. Y empezar a cruzar objetivos con cada área.

Se tragó el teatro entero y lo convirtió en reunión.

Una noche que tenía que ser sexy, intensa, una jugada para seducirla, se había convertido en una reunión seria sobre planificación estratégica… en una hamburguesería con temática de dinosaurios y olor a fritanga.

Una hora más tarde, cuando salimos del local, me dolía la cabeza de tanto pensar.

En KPIs.

En objetivos trimestrales.

Y en cómo coño había acabado pasando más tiempo mirando su boca moverse para hablar de operaciones… que fantaseando con besarla.

No era justo.

—Bueno, jefe —dijo Olivia, cruzándose de brazos mientras esperábamos el semáforo—, al final ha sido una noche bastante productiva, ¿no?

Productiva.

La palabra más cruel del diccionario cuando estás empalmado desde el primer bocado.

—Sí… supongo —farfullé, tragándome las ganas de decirle que no había escuchado ni la mitad de lo que me había contado sobre operaciones.

—Perfecto. Entonces nos vemos mañana —añadió, dándose la vuelta con toda la calma del mundo—. Tendrás el resumen antes del lunes en tu bandeja de entrada.

Hizo ademán de marcharse, pero le cogí de la manga para evitarlo.

—Espera —dije, bajando un poco la voz—. No hemos acabado.

Ella se giró despacio, con una ceja alzada.

—¿Ah, no?

—Aún hay otros temas que quiero hablar contigo.

—¿Y no puede esperar a mañana? —dijo, girándose del todo—. Ya hemos salido de la hamburguesería, no es plan de ponernos a hablar ahora de sinergias estratégicas en mitad de la calle.

Miré alrededor.

Había un bar justo al otro lado de la acera.

Luz tenue. Copas en la barra. Música suave.

El contraste perfecto con la cena más absurda de la historia.

—Podemos tomar una copa —dije, señalando el local con la barbilla—. Solo una. Y charlamos… sin dinosaurios.

Ella giró la cabeza, valorando la propuesta. No dijo que sí. Tampoco dijo que no. Solo suspiró y murmuró:

—Una. Y luego me voy.

Asentí. Ya estaba dentro. Aunque no lo admitiera.

Le abrí la puerta del bar, y ella entró sin mirarme.

Como si no supiera que acababa de darme lo que necesitaba. Un poco más de tiempo. Un poco más de ella.

Y mientras la seguía, con el corazón bombeando demasiado fuerte y la cabeza ya imaginando su vestido sobre el suelo… pensé que aún estaba a tiempo.

A tiempo de volver sexy la noche.

10

Olivia

¿QUIERES UN RECORDATORIO?



El bar al que fuimos no tenía dinosaurios en las paredes, pero tenía otra cosa peor: luz tenue, copas caras y una música suave que invitaba a todo menos a mantener las distancias.

Nos sentamos en una mesa del fondo, compartiendo el sofá.

Y no me dio tiempo a pensar en lo que quería tomar antes de que Adam pidiera un gin-tonic para mí y un whisky para él.

—Ni siquiera me has preguntado —dije, arqueando una ceja.

—Recuerdo perfectamente lo que pediste aquella noche —respondió, sin pestañear.

Tragué saliva. No por el gin-tonic. Por la forma en que lo dijo. Como si no pudiera olvidarlo. Como si tuviera tatuado en la memoria hasta el puto vaso que sostuve mientras decidía si subía con él o no.

Con las copas en la mano, el ambiente entre nosotros se volvió denso…

Poco quedaba del tono profesional que habíamos podido mantener entre mesas infantiles y hamburguesas con nombres de dinosaurio.

—¿Y bien? —solté al fin—. ¿Qué tema quieres tratar ahora? ¿Hablamos de los objetivos a Q3? ¿O preferías debatir los plazos del equipo de operaciones? —pregunté, sin pestañear—. También podemos hablar del presupuesto para el lanzamiento en Boston o de la estrategia de comunicación interna, que está hecha una mierda, por cierto.

Adam sonrió. Leve. Peligrosa.

—Mira qué aplicada estás hoy.

—Soy una secretaria eficiente —dije, alzando la copa

Adam apoyó el brazo sobre el respaldo del sofá. Se giró un poco hacia mí.

—Creo que ya hemos hablado suficiente sobre temas de oficina.

—Pero has dicho que hay otros temas que querías tratar conmigo.

—Cierto —respondió, bajando la voz—. Pero ninguno de ellos tiene que ver con Q3, ni con presupuestos, ni con estrategias internas.

—Entonces, ¿con qué tienen que ver?

—Contigo.

Y se acercó. Despacio. Sin decir nada más. Sus rodillas rozaron las mías bajo la mesa. Un contacto mínimo. Suficiente para que se me disparara el pulso.

Tragué saliva.

No por el gin-tonic.

Ni por la conversación.

Fue por él.

Porque Adam estaba demasiado cerca. Demasiado guapo. Demasiado jodidamente tentador.

Y el alcohol empezaba a hacer efecto. Justo lo suficiente como para que mi cuerpo empezara a traicionarme.

—Dijiste que esta sería una reunión laboral —solté, intentando sonar firme.

—¿En serio? —respondió él, con esa voz suya que era medio risa, medio amenaza—. No recuerdo haberlo especificado cuando te invité a una copa.

Me quedé en silencio un segundo.

Porque sí, técnicamente tenía razón.

—Juegas sucio —murmuré.

—¿Y tú no? —replicó él, alzando una ceja—. Me citaste en una puta hamburguesería infantil, Olivia.

—Era un sitio neutral —respondí, apretando los labios.

—Tenía un triceratops en la pared y camareras con coletas rosas.

—¿Y? No pareces traumatizado. Hasta te comiste las patatas en forma de dinosaurio como un campeón.

Adam soltó una risa breve. Sacudió la cabeza, como si no pudiera creerse lo que acababa de decir. Pero en sus ojos no había humor.

Había fuego.

—Sea como sea, ha llegado el momento de hablar de ti. De mí. Y de lo que ocurrió en esa habitación del hotel hace dos meses —dijo, bajando la voz—. No me quedé muy contento con tu descripción de nuestro encuentro como *decente*.

Le sostuve la mirada.

—¿Te ofendí? —pregunté, fingiendo inocencia.

—Mucho —respondió él, sin pestañear—. Fue un polvo épico y lo sabes.

—¿Y qué quieres? ¿Una medalla? ¿Un certificado oficial? ¿Un sello de «mejor follador de Manhattan»?

—Solo quiero la verdad —murmuró—. La que no te atreves a decir en voz alta. Y si vuelves a mentirme, quizás lo que necesitas es un recordatorio.

Sentí un escalofrío.

Pero no de miedo.

De esos que te recorren la espalda cuando sabes que estás en la puta línea roja.

—¿Qué se supone que significa eso?

Adam se inclinó un poco más. El calor entre nosotros era insoportable.

—Significa que, a pesar de que nunca repito dos veces con la misma mujer… estoy dispuesto a hacer una excepción contigo para volver a follarte hasta dejarte tan jodidamente temblando que no puedas sentarte al día siguiente en la oficina sin acordarte de mí.

Mi cuerpo entero se tensó.

La copa seguía en mi mano, pero ya no sentía los dedos. Solo lo sentía a él. Su respiración. Su mirada clavada en la mía. Su maldita presencia que me envolvía como una segunda piel.

Estaba a punto de pasar algo.

Lo sabía.

Lo sentía.

Ese segundo exacto en el que el mundo se encoge a una sola decisión.

Y entonces…

—Olivia.

Me giré como si me hubieran echado un cubo de agua helada encima.

Ethan. De pie. A dos pasos de nuestra mesa. Acompañado de una chica monísima de cabello rubio, sonrisa bonita y pintalabios perfecto. Ese tipo de chica que parece salida de un maldito anuncio de perfume. No cabía duda, esa era la chica de Pilates.

Mi estómago se contrajo al instante.

—Vaya —soltó él, con una sonrisa falsa—. Qué casualidad encontrarte aquí.

Tragué saliva.

Sentí a Adam moverse a mi lado, pero no lo miré.

—Ethan —logré decir, con la voz más plana de la historia—. Qué… sorpresa.

Él asintió, y luego, como si estuviera presentando a su nueva adquisición, giró un poco el cuerpo hacia ella.

—Ella es Claire —dijo, colocando una mano en la parte baja de su espalda—. La chica de la que te hablé.

La chica. De la que me habló.

Por si quedaban dudas.

Entonces, él desvió la mirada hacia Adam.

Lo escaneó de arriba abajo.

Y luego, con esa sonrisa suya que siempre iba cargada de veneno, dijo:

—Supongo que este será tu famoso novio. El hombre guapo, rico y con cerebro del que hablaba Genevieve.

Sentí que la sangre se me helaba.

Adam ladeó la cabeza, curioso. Yo iba a desmentirlo, a decirle la verdad, que era mi jefe, solo eso… Pero no sé qué vio Adam en mi expresión, que se me adelantó y dijo:

—¿Me han mencionado con tantos halagos? Qué considerado —dijo, con una media sonrisa—. Efectivamente, soy el novio de Olivia. Guapo, rico y con cerebro.

Y antes de que pudiera procesar lo que acababa de decir, se puso de pie.

Tranquilo. Elegante. Letal.

Y le tendió la mano a Ethan.

—Adam Sinclair.

Pude ver la forma en la que la expresión de Ethan cambió al escuchar ese nombre.

—¿Adam Sinclair? —repitió—. ¿El de Gridbyte Technologies?

Adam solo sonrió.

—Veo que mi reputación me precede.

—Eres uno de los CEO más jóvenes del sector. Y saliste en la portada de Forbes el mes pasado —dijo Ethan, sin poder evitarlo—. Llevo años intentando concertar una entrevista contigo para hacerte un reportaje en nuestro periódico.

Adam alzó una ceja. Despacio. Como si la frase le hiciera cierta gracia.

—No me gustan demasiado las entrevistas —respondió, con absoluta calma—. Solo ofrezco las que son estrictamente necesarias.

Ethan forzó una sonrisa.

—Bueno, esta lo sería. Tienes una historia interesante. Merece contarse.

—¿Tú crees? —Adam ladeó la cabeza. Y entonces, sin borrar esa sonrisa suya de «me estoy divirtiendo demasiado con esto», giró la mirada hacia mí—. ¿Tú qué opinas, pichoncito? ¿Crees que debería dar esa entrevista?

Lo miré con los ojos entrecerrados, en plan *¿quieres morir ahora o después?*, pero él no se inmutó.

Adam seguía sonriendo, encantado de haberse conocido, y encima disfrutando del show como si fuera el protagonista de una jodida comedia romántica… solo que esto no era gracioso.

Era una masacre emocional en directo. Tenía que salir del paso como fuera.

Respiré hondo. Me levanté despacio. Me alisé la falda. Y giré hacia Ethan.

—Nos pillas justo cuando nos íbamos.

Ethan miró las copas, ambas a medio terminar.

—¿Ah, sí? Porque por las bebidas no lo parece —respondió, señalándolas.

Sonreí.

Una de esas sonrisas falsas, preciosas y perfectamente envenenadas.

—Sí, bueno… pasa que cuando tienes tantas ganas de intimidad, el alcohol pierde prioridad.

La cara de Ethan fue un poema.

Un poema trágico, mal rimado y con final humillante.

Claire, la Barbie de Pilates, se removió incómoda a su lado.

Adam soltó una risa baja, oscura.

Me giré hacia él.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras —dijo, poniéndose de pie sin quitarme los ojos de encima—. Estoy más que listo para la parte íntima de la noche.

Me ofreció la mano. Y la tomé.

Salimos del bar.

El aire frío me golpeó de frente, como si el universo quisiera recordarme que acababa de cruzar varias líneas de golpe.

Caminamos unos pasos en silencio.

Y entonces, justo al girar la esquina, le solté la mano.

Adam se detuvo. Me miró, sin sorpresa.

Como si supiera que venía.

—¿En qué momento se te ocurrió decir que eres mi novio? —pregunté, con la voz tensa, contenida, medio temblando de rabia… y de algo más que no quería nombrar.

Él no respondió enseguida.

Se limitó a meter las manos en los bolsillos del abrigo y bajó la mirada hacia mí con esa calma suya que me sacaba de quicio.

—Creo que te has equivocado con la elección de palabras —dijo al fin, tranquilo.

Fruncí el ceño.

—¿Perdona?

—No deberías estar preguntándome por qué lo hice. Deberías estar dándome las gracias.

—¿Las gracias? ¿Estás de coña?

—Te saqué de una situación incómoda. Te cubrí. Te di la salida perfecta. Y encima humillé a tu ex sin que tú tuvieras que mancharte las manos. Lo mínimo que espero es un «gracias por el espectáculo, Sinclair».

Bufé.

—En tus sueños —espeté, girándome para darle la espalda.

Empecé a caminar calle abajo, con paso rápido, el pulso disparado y las ganas de abofetearle latiendo justo al lado de las ganas de besarle.

—¿Dónde vas? —preguntó él a mi espalda, con esa voz grave que me rozó la nuca incluso a distancia.

—A casa —respondí sin mirarlo.

—¿Y la parte íntima de la noche? —añadió, como si nada.

Levanté la mano sin girarme, y detuve un taxi que acababa de frenar en la esquina.

Abrí la puerta, me giré justo lo necesario para mirarlo a los ojos y soltar:

—Buenas noches, Sinclair.

Y me subí al coche.

Sin mirar atrás.

Con el corazón latiendo en los oídos y la piel aún ardiendo.

El taxi arrancó.

Y mientras las luces de Manhattan se desdibujaban a través de la ventanilla, solo pensé una cosa: *Joder. Qué peligro tiene ese hombre.*

11

Olivia

FINGIR QUE ERES MÍA



Ethan no dejó de llamarme durante los siguientes días.

Mensajes de voz, de texto, correos con asunto urgente… Todo. Como si no hubiera pasado nada. Como si pudiera hacer rewind y fingir que nuestra historia no fue una puta pérdida de tiempo.

Yo no respondí ni una sola vez.

Pero sí los escuché.

No porque me importara.

Solo por puro masoquismo.

«No tenía ni idea de que salías con Adam Sinclair.»

«Quizá podríamos vernos los cuatro algún día, en plan amigos. Tú, yo, Claire y Adam. Para normalizar todo esto, ya sabes.»

«Llevo tiempo queriendo entrevistarle. ¿Podrías hablar con él? Seguro que tú puedes convencerle.»

Casi lanzo el móvil por la ventana.

¿Normalizar?

¿Entrevistarlo?

¿Usarme para conseguir lo que quería?

Mi ex era un hijo de puta con una carita muy bien puesta.

Y la culpa era de Genny primero y de Adam después.

De Genny por inventarse esa mentira.

Y de Adam por repetirla con esa puta sonrisa suya de CEO encantado de conocerse.

«Guapo, rico y con cerebro.»

¿En serio?

Y eso no era todo.

Por supuesto que no había olvidado el momento antes de todo eso.

El instante exacto en el que Adam confesó que la cena solo había sido una excusa para tenerme cerca.

Ni roadmap.

Ni estrategia.

Ni una mierda.

Solo quería verme.

Solo quería provocarme.

Y no sé qué hubiera pasado de no haber aparecido Ethan en escena. No sé si habría terminado empotrada contra la pared del bar. Con su boca en mi cuello. Con sus manos bajo mi vestido. Con mi autocontrol hecho cenizas.

Lo que sí sé es que, por una vez, Ethan interrumpiendo algo fue un puto milagro.

No, si al final tendría que darle las gracias por aparecer con su Barbie de Pilates. Porque si no llega a cortar el momento, yo no habría parado. Estaba a punto de follarme a mi jefe. Después de una hamburguesa con forma de Rex y una reunión de mentira.

Fantástico.

Otra decisión brillante para mi lista de «cosas que Olivia hace cuando quiere arruinar su carrera.»

Por suerte, no habíamos vuelto a hablar del tema. Aunque la tensión seguía ahí, rodeándonos. Como un puto perfume caro. Invisible, pero presente.

Aquel día, cuando llegué a la oficina, tenía dos mensajes nuevos de Ethan en la aplicación de mensajería.

Los leí resoplando.

ETHAN

He estado pensando en lo que te dije. Me encantaría poder veros a los dos pronto. Aunque solo sea para tomar un café rápido. No tiene que ser raro.

ETHAN

Dime si puedes hablar con Adam. De colega a colega, solo quiero cinco minutos. Tú me conoces, no le haría perder el tiempo.

De colega a colega. Manda huevos.

Me quité la chaqueta, dejé el bolso, encendí el ordenador y, tras comprobar que no había ninguna urgencia, entré en el despacho de Adam para repasar la agenda, como cada mañana.

Pero esta vez lo hice sin humor.

Estaba segura de que Ethan seguiría insistiendo hasta que consiguiera lo que quería. Porque él era así. No se dedicaba a conseguir exclusivas porque sí. Era insistente. Perseverante.

Y sabía que, si me presionaba lo justo, acabaría cediendo.

Apenas había empezado a repasar la agenda del día cuando Adam frunció el ceño y me interrumpió.

—¿Va todo bien? Tienes cara de querer matar a alguien.

—A más de uno —dije, sin pestañear.

Él ladeó la cabeza, apoyando los codos sobre el escritorio, como si acabara de oler drama y se estuviera acomodando para disfrutarlo.

—Cuéntame más. Quizá pueda ayudarte —soltó, con esa voz suya que parecía un puto masaje directo al sistema nervioso.

Le lancé una mirada que decía ni se te ocurra hacerte el salvador.

—¿Quieres ayudarme? Perfecto. Dile a Ethan que no vamos a quedar con él y su novia por mucho que insista. A fin de cuentas, tú me metiste en esto.

Adam alzó una ceja.

Despacio.

Como si acabara de ver una jugada interesante en un tablero que él ya creía tener dominado.

—¿Yo te metí en esto?

—Tú fuiste el que dijo que eras mi novio delante de él. Yo solo me estaba tragando una mentira improvisada de Genny. Tú la hiciste oficial con firma y todo.

—Y tú me seguiste el juego —respondió él, sin pestañear—. De hecho, lo hiciste muy bien. Hasta sonreíste. Casi parecía que lo

estabas disfrutando.

—Porque estaba en shock —repliqué.

Desde el otro lado de su escritorio, Adam me observaba con una calma que no era calma. Era estrategia.

—En shock me quedé yo al ver que ese idiota me arruinaba la noche —dijo, bajando un poco la voz.

Ignoré su comentario. No iba a entrar ahí.

—La cuestión es que, por culpa de tu mentira, me acosa a llamadas y mensajes para que quedemos con él y su nueva novia —espeté, cruzándome de brazos—. Con la idea de convencerte para que hagas esa entrevista. Cree que si se la juega bien, te va a caer simpático y vas a decir que sí.

Adam no parpadeó.

—Pues hagámoslo.

—¿Qué?

—Quedemos con él —repitió, como si tal cosa—. Tú, yo, él y la novia. Una cita doble de mentira. Una reunión informal. Le damos el gusto. Lo dejamos hablar. Y cuando esté convencido de que me tiene… lo rechazo en persona.

Me quedé quieta.

Un segundo.

Dos.

—¿Tú estás mal de la cabeza?

—Estoy siendo práctico —respondió, encogiéndose de hombros —. Si le dices que no tú, va a insistir. Si le digo que no yo por mensaje, también. Pero si se lo digo a la cara, delante de su nueva novia, después de una comida cordial en la que me haya contado todos sus méritos como periodista… no va a volver a intentarlo.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo mientras tanto? ¿Sentarme a sonreír mientras tú lo machacas con tu encanto de tiburón?

Adam se acercó un paso.

—No. Solo tienes que hacer lo que ya haces muy bien: fingir que eres mía.

Me ardieron las mejillas.

Y algo más abajo también.

Pero no lo mostré.

—Eres un cabrón manipulador —murmuré.

—Y tú una mentirosa de manual —replicó él, medio sonriendo—. Pero hacemos un buen equipo.

Le lancé una mirada afilada.

Firme.

Y luego, sin pensar demasiado, solté:

—Vale.

Adam parpadeó.

—¿Sí?

—Sí. Quedemos con ellos. Pongamos fecha, hora y sitio. Que se sienta el rey del mundo. Y luego, cuando esté en lo más alto… lo destruyes tú solito.

Adam asintió.

—Prometo hacerlo con estilo.

—Más te vale —dije, girándome hacia la puerta—. Porque si me haces pasar por esto y luego no lo mandas a la mierda… seré yo quien te destruya a ti.

—Amenaza aceptada.

Y mientras salía de su despacho, con el pulso acelerado y las bragas al borde del colapso nervioso, solo pensé una cosa: Juntos éramos dinamita. Y Ethan estaba a punto de encender la mecha.

12

Adam

UNA FASE. SOLO ESO



Estábamos todos.

Mesa redonda, luz tenue, camareros demasiado atentos y música suave que nadie escuchaba en realidad.

Spencer había elegido el sitio. Un restaurante nuevo en Tribeca con nombre pretencioso, carta de autor y platos que parecían diseñados para Instagram más que para llenarte el estómago.

—Estoy haciendo scouting —dijo, acomodándose en la silla como si fuera el dueño del local—. Quiero traer aquí a Belly una noche de estas. Algo especial.

Belly era su novia. La única mujer que había conseguido sentar la cabeza a Spencer sin quitarle lo cabrón. Trabajó para él durante un tiempo, algo que parecía una mala idea hasta que dejó de serlo, y ahora estaba levantando su propio imperio de moda sostenible. Inteligente, con carácter, y con el raro talento de decirle a Spencer que se callara sin que él se ofendiera.

—Define «especial». Porque tú una vez llamaste especial a un sitio donde se comía sushi encima de una mujer desnuda —dijo Leo, escondiendo una sonrisa.

—No estaba desnuda, llevaba tanga —respondió Spencer, como si eso lo hiciera mejor—. Y eso forma parte de mi anterior vida. Ahora soy un hombre nuevo. Responsable. Emocionalmente disponible.

—Tú emocionalmente disponible eres como un cactus dando abrazos —dijo Julian, sin levantar la mirada del menú—. Existe, pero no es agradable.

—Qué graciosito vienes hoy —respondió Spencer, como si no le afectara, pero todos sabíamos que Julian siempre metía el dedo justo donde dolía—. Deberías ser más simpático con tu cuñado.

Cameron, Leo y yo nos reímos, porque Belly era hermana de Clementine, la esposa de Julian, y la idea de que dos de nosotros acabáramos emparentados tenía un punto tan ridículo como inevitable.

—¿Cuñado? Hasta donde yo sé solo estáis saliendo, eso no te convierte en mi cuñado. ¿Quién dice que mañana no se da cuenta de que eres un payaso con carisma de tequila barato… y te deja?

Spencer sonrió, lento.

—Tú sigue así, que te voy a poner en la mesa de los niños el día de la boda.

—¿Boda? ¿Qué boda?

—La que se va a celebrar después de que le pida matrimonio en este restaurante… si me convence.

Ahí se hizo el silencio.

Uno de esos de verdad.

Hasta Julian paró de pasar página mental a su lista de insultos y lo miró.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó, sin ironía.

—Muy en serio.

—¿De verdad vas a pedirle a Belly que se case contigo?

—Sí.

Spencer lo dijo sin pestañear, sin risa, sin su tonito de vacile habitual. Solo «sí». Plano. Convencido. Y eso fue lo que más nos descolocó.

Durante un par de segundos nadie dijo nada.

Ni una broma.

Ni un chiste fácil.

Ni una pulla.

Solo silencio.

Hasta que Cameron fue el primero en romperlo.

—Pues… joder, tío. Felicidades.

—Sí, felicidades —dijo Leo, levantando la copa—. Aunque tengo una condición: que no llores como una nenaza el día de la boda. No quiero traumas ajenos en las fotos.

—No lloro desde los doce.

—Mentira. Lloraste cuando tu equipo perdió la final del campeonato estatal.

Yo asentí despacio y miré a Spencer.

—Me alegro por ti, de verdad.

Julian fue el último en hablar.

—Si va a casarse contigo sabiendo lo que hay… entonces es más valiente que todos nosotros juntos. Así que felicidades, y no la líes antes de la boda, que no quiero enfrentarme con Clementine

embarazada y cabreada porque un amigo cabrón ha hecho llorar a su hermana.

Spencer puso los ojos en blanco, pero no dijo nada. Clementine estaba embarazada y, según Julian, las hormonas la convertían en una mezcla explosiva entre fiscal del Estado y francotiradora emocional.

—Bueno —intervino Leo, girándose hacia Spencer—, si necesitas ayuda con los preparativos, avisa. Riley y yo estamos metidos en lo mismo. Tengo ya tres hojas de cálculo, un grupo de WhatsApp con su madre y un Excel con códigos de vestuario. Estoy cualificado.

Riley era la mejor amiga de Leo hasta que dejó de serlo. Siempre estuvieron demasiado cerca para ser «solo amigos» y demasiado ciegos para admitir otra cosa. Hasta que un día dejaron de huir y lo que había debajo era justo eso: algo más. Algo real.

—Joder —dijo Cameron, apoyando los codos en la mesa—. A este paso vamos a acabar todos casados. Solo faltas tú, Adam.

Cameron se casó con Audrey varios años atrás. Se distanciaron durante un tiempo, cosas de vidas paralelas y carreras que no paraban de chocar, pero ahora… estaban de vuelta. Mejor que nunca. Volvían a sonreírse como al principio.

Y si, todos estaban casados excepto yo.

—Eso, eso. ¿Y tú, Sinclair? —preguntó Leo, ladeando la copa con una sonrisa de cabrón—. ¿Cuándo vas a dar el paso?

—Nunca. No pienso casarme. Ya sabéis cuál es mi política.

—Ya, ya… —dijo Spencer, rodando los ojos—. Nunca repetir con la misma mujer. Nada de lazos emocionales. Sexo sin etiquetas. Blablablá.

Leo sonrió.

—Sin embargo… cierta secretaria está empezando a desmontarte la teoría.

—Para nada.

—¿Seguro? —añadió Leo, afilando la sonrisa—. Porque algo me dice que no dirías que no a follártela por segunda vez.

Quise negarlo.

De verdad.

Pero no pude.

Y ese segundo de silencio me delató más que cualquier palabra.

Todos, sin excepción, empezaron a reírse.

—¿Lo ves? Ya estás jodido y aún no lo sabes, Sinclair —dijo Spencer, señalándome con el tenedor como si acabara de ganar una apuesta.

—Es una fase —murmuré, sin mirarlos.

—Sí, claro —saltó Julian, seco—. La fase «me la follé una vez y ahora no puedo quitármela de la cabeza». Muy común. Suele acabar en boda, por cierto.

—De eso nada. —Me apoyé en la mesa, soltando el aire—. Vale, lo reconozco. ¿Quiero repetir con ella? Pues sí. Pero es una especie de... obsesión física.

Me callé antes de soltar más. Porque si se enteraban de que había fingido ser su novio para ayudarla con su ex, aquello se iría de madre. Los conocía. Eso ya no sería solo «obsesión física». Eso, para ellos, era capítulo uno de *estás pillado, Sinclair*. Y no pensaba darles ese gusto.

Porque además estaba convencido de que lo tenía todo controlado.

Que equivocado estaba…

13

Olivia

EL VESTIDO ROJO



—Por favor, ¿puedes volver a explicarme por qué demonios vas a cenar con Ethan y su novia Barbie Pilates? Porque sinceramente, no lo entiendo.

La cara de Genny era un espectáculo al otro lado del teléfono. Ojos abiertos. Boca medio torcida. Ceja levantada. Nivel de indignación: escándalo nacional.

Le había mandado un mensaje para anular nuestra cita de hoy porque había quedado con Ethan, y nada más leerlo me había hecho una videollamada.

—¿Tú te estás oyendo? ¿Una cena con tu ex y su nueva novia? ¿Con tu jefe sexy haciéndose pasar por tu novio? ¿En qué momento se te fue la cabeza?

Suspiré.

—Por si no lo recuerdas, fue idea tuya.

—¿Perdona?

—Tú fuiste la que se inventó al novio guapo, rico y con cerebro. Yo solo intenté no morir de vergüenza cuando Adam decidió hacerlo oficial.

Genny parpadeó. Una vez. Dos.

—Vale, sí, puede que fuera mi culpa. Pero era una mentira inofensiva. Una fantasía terapéutica. Nadie esperaba que el CEO más bueno del planeta se subiera al barco y empezara a remar como si fuera un juego de rol.

—Pues ahora estamos los dos en mitad del puto océano, con Ethan enviando emojis y proponiendo dobles citas como si fuéramos los mejores amigos del mundo.

—Eso suena peligrosamente cerca de una peli de Netflix que termina en orgía no deseada.

—Genny…

—Ethan solo quiere utilizarte para conseguir esa entrevista.

—Lo sé. —Resoplé—. Pero no va a parar de acosarme hasta conseguirlo. Lo conozco. Es como una puta gota de agua cayendo sobre piedra. Al final te agujereaba el cráneo de la insistencia.

—Pues bloquéalo.

—¿Y que venga a la oficina a montarse su propia película de «quiero cerrar círculos» y «sigues siendo importante para mí»? Paso. Me lo veo venir. Apareciendo con cara de mártir y un discurso de autoayuda reciclado de Instagram.

—¿Y entonces qué? ¿Vas a fingir que estás felizmente enamorada de Adam Sinclair mientras cenas con tu ex y su Barbie de catálogo?

—Más bien voy a intentar que Adam lo destruya con su encanto CEO y su voz de «te aplasto con una frase y ni me despeino».

—Estás loca. Además, ¿qué pasará cuando descubra que eres su secretaria? Será todo demasiado… raro.

Me puse tensa. No lo había pensado. Estaba tan obcecada con sobrevivir a la cena y dejar a Ethan en evidencia, que no me había parado a analizar las consecuencias a medio plazo.

—No tiene por qué descubrirlo, ¿no?

—Joder, Olivia… —Genny se pasó la mano por la cara, como si acabara de escuchar la mayor estupidez del mes—. Claro que puede descubrirlo. ¿Sabes usar LinkedIn? Es cuestión de tiempo que entre en tu perfil, descubra dónde trabajas y sume dos más dos.

—Aún no lo he actualizado —dije, rápido—. No he puesto nada de Gridbyte. Igual tengo suerte y ni se entera.

—¿Y si te pregunta dónde trabajas ahora?

Me quedé callada.

Porque no lo había pensado.

Otra vez.

Genny me miró como si le acabara de confesar que iba a la cena en pijama.

—¿Vas a mentirle?

—No lo sé —murmuré—. Supongo que… sí. Si hace falta.

—Estás fatal.

—Lo sé.

—Y aún así vas a hacerlo.

—También lo sé.

—Perfecto. Pues ponte guapa. Ya que vas a mentir como una profesional, por lo menos que parezca que te va bien en la vida.

Puse los ojos en blanco, colgué la llamada y me concentré en lo importante. Necesitaba elegir el atuendo perfecto para aquella

noche.

Abrí el armario y miré su interior. No era una de esas mujeres que adoraban la moda. No tenía conjuntos pensados por colores ni zapatos que combinaran con cada bolso. Lo mío era más caótico. Funcional.

Deslicé perchas, descartando opciones sin piedad.

Hasta que lo vi.

El vestido rojo.

El de «no quiero llamar la atención, pero si me miras, lo vas a notar». Corto, entallado, con la espalda al aire y el poder absoluto de hacerme sentir invencible cuando me lo ponía.

También era el más exagerado del armario. Demasiado escote. Demasiada pierna. Demasiado… todo.

Pero, joder, también era el único posible, los demás eran demasiado discretos. Y nada en esa noche iba a ser discreto.

Así que me rendí.

Lo colgué del pomo de la puerta y fui directa al baño, repitiéndome que podía con esto. Que todo era una actuación. Que el vestido era solo parte del disfraz.

Aunque en el fondo… sabía que ese vestido no era solo eso.

Era mi escudo.

Mi trinchera.

Y esta guerra estaba a punto de empezar.

14

Adam

ELECTRICIDAD



La vi antes de que ella me viera a mí.

Estaba frente al restaurante, de pie, revisando el móvil, con el reflejo del cristal devolviéndome su imagen como si fuera un puto déjà vu.

El abrigo negro caía abierto sobre sus hombros.

Y debajo… el rojo.

Rojo intenso. Rojo peligro.

El vestido era corto, ceñido, con un escote que exigía atención. Le marcaba la cintura, las curvas, las piernas. Cada línea era una provocación.

Una promesa.

Y me acordé de aquella noche.

Del bar del hotel.

La vi nada más entrar, porque la pared frente a la barra reflejaba la entrada. Y allí estaba, plantada con ese vestido, esa melena negra de tinta, los ojos rasgados y esa boca de pecado que me jodió la cabeza desde el primer segundo.

Cuando se sentó a mi lado, supe que iba a ser una noche memorable.

Porque aquella mujer me ponía.

Me ponía como no me había puesto nadie en mi vida.

Y ahora estaba aquí, otra vez.

Con ese puto vestido rojo, y los labios pintados para pecar. Iba a ser una noche muy larga…

Desde el otro día no había vuelto a intentar seducirla.

Quise darle espacio. Dejar que marcara el ritmo. No forzar nada. Jugar limpio. O lo más limpio que sé jugar.

Pero esa noche…

Esa noche supe que la espera había terminado.

Deseaba volver a acostarme con ella más de lo que nunca había deseado nada en mi vida.

Más que cerrar un trato.

Más que ganar una puja.

Más que callarle la boca a un competidor.

La quería en mi cama.

Desnuda.

Temblando.

Gritando mi nombre como aquella maldita noche que no he podido sacarme de la cabeza.

Caminé hacia ella. Y entonces levantó la vista. Y por un segundo, solo uno, me miró como si todo aquello le quedara grande.

Tenía el gesto firme, la barbilla alta, los labios pintados para la guerra. Pero los ojos… Los ojos la traicionaban.

Estaba nerviosa.

Lo noté en la forma en que apretaba el móvil entre los dedos. En cómo se pasó la lengua por el labio inferior, como si necesitara recordarse que podía con esto.

Fingía seguridad. Pero por dentro le temblaba todo.

Decidí rebajar su nerviosismo con uno de mis comentarios desquiciantes:

—Si hubieras llevado ese vestido la noche del hotel… igual no te habría dejado marcharte tan pronto.

Olivia levantó la vista. Me fulminó con los ojos. Perfecto, había funcionado.

—Eres un capullo —soltó, sin filtro.

—Pero uno que te conoce sin ropa —respondí, tranquilo—. Así que… creo que me lo puedo permitir.

Ella resopló. Se cruzó de brazos. Y sonrió.

Fue una sonrisa pequeña, prácticamente imperceptible, pero la vi. Y joder, me la habría tatuado.

Antes de que pudiera decir nada más, escuché una voz a mi izquierda.

—Olivia.

Nos giramos al mismo tiempo.

Era Ethan, el imbécil.

Camisa blanca, sonrisa de manual y esa mirada de tipo que cree que sigue teniendo algún tipo de poder sobre ella. Como si no le

bastara con haber sido un capullo en el pasado, ahora venía a jugar a la versión civilizada. Patético.

A su lado, la rubia.

Perfecta, monísima, vestida como si acabara de salir de un brunch con influencers. Ni un pelo fuera de sitio. Ni una gota de vida en los ojos.

Ethan se acercó con su sonrisa de niño bueno plastificada.

—¿Os hemos hecho esperar mucho? —dijo, mirando a Olivia, aunque su atención estaba claramente en mí—. Me alegro de que aceptarais mi invitación.

—Acabamos de llegar —respondió Olivia.

Yo asentí sin decir mucho.

Prefería reservar las balas.

Claire sonrió, decorativa.

Ethan estiró el brazo, como si esto fuera una cita cordial entre adultos civilizados.

—¿Entramos?

—Vamos —dije yo, y le ofrecí la mano a Olivia.

Ella la tomó sin dudar.

Y joder.

La electricidad me atravesó como un puto latigazo.

Su palma, cálida. Sus dedos, entrelazados con los míos como si encajaran.

Como si esto no fuera un teatro.

Como si fuera real.

No reaccionó. No me miró.

Simplemente me cogió la mano con naturalidad.

Como si no supiera el efecto que tenía sobre mí.

Cruzamos la puerta.

Los cuatro.

El camarero nos guio hasta una mesa redonda al fondo del local. Luz tenue, mantel blanco, copas caras. Ambiente cuidadosamente medido para parecer íntimo, pero no incómodo.

Perfecto para un combate en silencio.

Nos sentamos.

Yo al lado de Olivia.

Ethan frente a mí.

Claire frente a ella.

Las cartas llegaron. Las manos se soltaron.

Pero el calor seguía ahí.

Entre mis dedos.

En mi piel.

En mi puta cabeza.

Después de pedir, Ethan se acomodó en la silla, se pasó la servilleta por las piernas como si esto fuera un almuerzo entre viejos amigos y soltó:

—Bueno, es agradable que estemos aquí los cuatro. Para que después digan que los ex no pueden ser buenos amigos.

Olivia no dijo nada, pero vi cómo apretaba un poco más la servilleta entre los dedos.

—Sí, es adorable —dije, bajando el tono—. Aunque, personalmente, no suelo cenar con los ex de las mujeres con las que salgo. Pero bueno… siempre hay una primera vez.

Ethan sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Tampoco es que salgas con muchas mujeres… o eso es lo que dicen por ahí.

Boom.

La dejó caer como quien comenta el tiempo.

—Vaya —respondí, alzando una ceja—. Veo que estás muy informado sobre lo que dicen sobre mí.

Ethan se encogió de hombros, con aire inocente.

—Tengo que estarlo —replicó—. Ya te dije que llevo tiempo queriendo hacerte una entrevista. He estado investigando… y todo el mundo habla de tus líos de faldas.

Claire soltó una risita incómoda.

Olivia lo miró con la cabeza ladeada, como si acabara de ver una cucaracha en la sopa.

Yo apoyé el codo en la mesa y entrelacé los dedos con calma.

—¿Líos de faldas? Suena a columna de cotilleo barata —dije—. ¿Eso es lo que investigas tú? Pensaba que eras periodista.

Ethan se tensó. Un poco.

No mucho. Pero suficiente.

—Solo hago mi trabajo. La gente quiere leer sobre los que están arriba. Lo que hay detrás de ellos. Lo que esconden.

—Por eso nunca concedo entrevistas —respondí, sin pestañear —. Porque no me interesa alimentar a los que confunden curiosidad con derecho. Ni entretener a los que necesitan inventarse escándalos para sentirse importantes. Mi vida no es un espectáculo. Y yo no soy material de consumo.

Ethan se inclinó hacia adelante, con la sonrisa todavía en los labios, pero ya no en los ojos.

—Justamente para eso sirven las entrevistas —replicó—. Para contar tu propia versión. Para que no lo hagan otros por ti.

—¿Y quién te ha dicho que me importa lo que digan otros? —respondí, tranquilo—. Lo que piense la gente no cambia lo que soy. Ni lo que tengo. Ni lo que he conseguido.

Ethan forzó una sonrisa, de esas que empiezan a crujir por dentro.

—Estoy seguro de que después de esta noche te haré cambiar de opinión.

Justo entonces apareció el camarero, como si hubiera olido la tensión desde cocina.

Perfecto.

—Aquí tienen —dijo, sirviendo los platos con precisión quirúrgica.

—Gracias —respondí, sin apartar la mirada de Ethan.

—Ahora comamos —añadió Claire, sonriendo como si intentara rellenar el silencio con azúcar.

Empezamos a cenar. Cuchillos cortando. Copas tintineando. Conversación muerta. Y mientras pasaba la velada, menos entendía por qué Olivia había salido con ese energúmeno. No tenía sentido.

Ella era fuego.

Él, un mechero mojado.

La conversación era tan forzada que bastaba un sorbo de vino para notar la tensión en el paladar.

Nada fluía.

Ni una frase.

Ni una risa.

Ethan aprovechaba cada oportunidad para sacar a relucir sus «encantos» como periodista.

Lanzaba anécdotas, nombres, titulares. Como si pudiera convencerme a base de ego.

Era como ver a un vendedor desesperado intentando colocar un producto que nadie quiere.

Solo que ese producto era él mismo.

Y Olivia, mientras tanto, asentía por pura cortesía. Claire parecía genuinamente interesada, lo cual explicaba muchas cosas. Y yo me limitaba a observar.

Estaba acabando la noche cuando Olivia se levantó para ir al baño.

Claire, cómo no, decidió acompañarla.

«Vamos juntas», dijo, como si esto fuera un campamento.

Y nos quedamos Ethan y yo. Frente a frente.

—Ahora que estamos a solas… —empezó— podemos dejar de fingir, ¿no?

Lo miré sin decir nada.

Él sonrió.

—Lo tuyo con Olivia no es serio, ¿verdad? No tiene pinta. Digo, ya sabemos que no te van las relaciones largas, y ella… bueno.

Hizo una pausa.

Como si necesitara asegurarse de que yo estaba escuchando.

—Tampoco es que sea una locura en la cama —añadió—. Buena chica, sí. Pero ya me entiendes.

Me quedé en silencio.

¿En serio acababa de decir lo que acababa de decir?

¿En voz alta?

¿A mí?

—¿Perdona? —solté, sin cambiar el tono, pero bajando la voz medio grado. Suficiente para que entendiera que acababa de pisar terreno peligroso.

Ethan se encogió de hombros, como si lo que acababa de soltar fuera la cosa más normal del mundo.

—Sé que las chicas como Olivia pueden dar morbo al principio —dijo—. Tan buenecitas, tan ingenuas… uno cree que va a ser diferente. Pero entre tú y yo…

Se inclinó un poco más hacia la mesa.

—Acostarse con ella es como hacerlo con una muñeca. Bonita, sí. Pero no siente. No se suelta. Es imposible sacarle fuego a algo que viene tan de serie.

Me quedé quieto.

Helado por fuera.

Hirviendo por dentro.

Sonreí.

Muy despacio.

Esa sonrisa que solo me sale cuando estoy a punto de destruir a alguien con palabras, no con las manos.

—Vaya —murmuré, inclinándome hacia él con la calma de quien ya ha ganado—. Qué curioso que digas que no siente nada… —mi voz era baja, limpia, letal— cuando yo la tuve temblando, jadeando y gimiendo mi nombre tantas veces que tuve que recordarle que respirara.

Se le congeló la expresión. Y justo en ese instante… *Splash*. Un chorro de agua le cayó directo en la cabeza.

Ethan pegó un respingo y se giró bruscamente, empapado con la jarra en la mano.

Olivia estaba de pie detrás de él. En algún momento ella y Claire habían regresado.

—Vaya —dijo, con una sonrisa sin alma—. Qué torpe soy.

Claire se llevó la mano a la boca. El camarero ni se atrevió a moverse. Ethan, empapado, se puso en pie de golpe, con el rostro rojo y la mandíbula apretada.

—¿Estás loca o qué? —le gritó— ¡¿Qué coño te pasa?!

Di un paso al frente.

—Ni se te ocurra alzarle la voz.

Mi tono no fue alto, pero le heló la sangre.

Ethan me miró como si acabara de darse cuenta, por fin, de que se había pasado de la raya.

De todas.

Y que yo no iba a dejarlo pasar.

—Fue ella la que…

—Cállate —interrumpí, sin miramientos—. Ya hablaste suficiente.

Olivia me miró un segundo.

Solo uno.

Y asintió.

—Vámonos de aquí —dijo, sin alterarse.

Tomé mi chaqueta. Le ofrecí la mano. La tomó y la electricidad volvió.

—Eh… ¿y la entrevista? —exclamó Ethan, desesperado, empapado, con el ego goteando sobre el suelo.

Lo miré. Firme. Serio. Inamovible.

—Te la daré el día que Olivia vuelva contigo. —Pausa. Sonrisa leve—. Spoiler: no va a pasar.

Y salimos de allí

Sin mirar atrás.

Sin disculpas.

Sin necesidad de decir nada más.

Porque lo importante ya estaba dicho.

15

Olivia

UNA NOCHE Y GRACIAS



Salí del restaurante seguida de Adam.

Sentía que todo mi interior ardía.

No podía creer que Ethan hubiera aprovechado la ocasión para humillarme delante de mi supuesto novio. Y más después de haberme estado rogando durante días quedar, como un desesperado.

Necesitaba romper cosas.

O, en su defecto, beber hasta calmar la rabia que me quemaba por dentro.

—Vamos. Necesito una copa —farfullé, sin mirarle, mientras me metía en el primer bar que encontré.

Era un local pequeño, de esos con luz baja, paredes de ladrillo visto y olor a madera vieja y ginebra cara. Música suave. Cero

postureo. Un sitio donde nadie se giraba a mirarte cuando entrabas. Justo lo que necesitaba.

Me senté en la barra.

Adam se colocó a mi lado, sin decir nada. Solo me miraba.

—Un gin-tonic —le dije al camarero, sin mirarle—. Y que esté fuerte.

Mientras lo decía, me vino a la cabeza aquella noche en el bar del hotel.

El primer vistazo.

Su mirada gris clavada en mí como si ya supiera lo que iba a pasar.

Y el mismo gin-tonic entre mis dedos, temblándome la mano.

Joder.

Cómo podía un trago traerme tantos recuerdos de golpe.

—Un whisky —añadió Adam, con la voz tranquila—. Sin hielo.

El camarero asintió y se alejó.

Yo apoyé los codos sobre la barra, cerré los ojos un segundo y solté aire.

—¿Quieres hablar de lo que acaba de pasar? —preguntó Adam, sin rodeos.

—¿Qué parte? ¿La de mi ex intentando venderse como víctima o la de tú diciéndole que me tuviste gimiendo tu nombre?

—La parte donde le vaciaste la jarra de agua encima. Fue mi favorita.

Me salió una sonrisa. Pequeña. Pero real.

—Te juro que no lo pensé. Solo… lo hice.

—Y menos mal. Llevaba toda la noche conteniéndome para no estamparle el plato en la cara. Lo tuyo fue más elegante.

—Elegante no sé, pero necesario, sí —resoplé, dando un trago al gin-tonic—. Y no me arrepiento.

—Ni deberías.

Bebí otro sorbo. Más lento. Más hondo.

Y solté:

—¿Podemos hablar de otra cosa? No sé… de lo que sea. Me va a estallar la cabeza si sigo dándole vueltas.

Adam asintió como si lo entendiera perfectamente.

—Vale. ¿Sabías que los flamencos no nacen rosas?

Lo miré. Fruncí el ceño.

—¿Perdón?

—Que nacen grises. Se vuelven rosas por los carotenoides del marisco que comen. Básicamente: si tú también comieras más gambas, igual te cambiaba el color.

Me reí. Sin poder evitarlo.

—¿En serio me estás hablando de flamencos?

—Me has pedido hablar de otra cosa. No especificaste qué.

Asentí. Sonriendo.

—Podrías contarme más sobre ti. No sé nada, más allá de que estás forrado y eres heredero de un gran imperio.

—¿Qué quieres saber?

—No sé… —me encogí de hombros—. ¿Siempre has sido así de insoportable o es algo que se entrena?

Adam sonrió. Lento.

—Viene de serie. Pero lo perfeccioné en la universidad.

—¿Qué estudiaste?

—Negocios. Y, en mi tiempo libre, el arte de no depender emocionalmente de nadie.

Lo miré un segundo. Luego solté, sin pensarlo demasiado:

—¿Por eso en lugar de tener relaciones significativas prefieres buscar sexo en apps de ligue?

Adam no parpadeó.

Ni se inmutó.

Solo se giró un poco más hacia mí, apoyando el codo en la barra.

—¿Quién dice que no las busco?

—¿Las buscas?

Negó, divertido. Como si ya supiera hacia dónde iba la conversación.

—No. Tienes razón. Mi lema es: una noche y gracias.

¿Entonces por qué insistía conmigo?

¿Por qué lo de «te dejo temblando para que no puedas sentarte al día siguiente»?

¿Por qué ese tono, esa mirada, ese «quiero repetir aunque no lo haga nunca»?

No lo mencioné.

Ni de coña.

Pero no pude sacármelo de la cabeza.

Así que decidí simplemente seguir tirando del hilo. Porque tenía curiosidad.

—¿Y por qué?

Se quedó en silencio.

Apoyó el vaso en la barra.

Y me miró como si estuviera decidiendo si me lo contaba o no.

—Porque cuando era pequeño —empezó, sin adornos—, vi cómo mi madre se vaciaba intentando amar a alguien que no sabía cómo amarla. Y juré que eso no me pasaría a mí—. Bajó la mirada un segundo—. Ella lo dejó todo por él. Era bailarina en el American Ballet Theatre. Solista. Una de las mejores. Tenía contrato para girar por Europa… y lo dejó para casarse con él. Para ser la esposa de Arthur Sinclair. Esperaba que él valorara el sacrificio. Que la cuidara. Que se quedaran juntos construyendo algo. Pero lo único que construyó fue su puta empresa. A costa de todo. De ella. De mí. De cualquier cosa que se pareciera a una familia.

Alzó la vista.

Y ahí estaba otra vez esa mirada suya: gris, intensa, desarmante.

—La veía ensayar sola en el salón, por las noches, cuando pensaba que no la oía. Como si aún intentara sostener lo que le quedaba de ella. Pero cada día era menos. Hasta que un día… no quedaba nada. No lo vi. No vi su tristeza, ni su desesperación. Estaba demasiado ocupado aprendiendo a ser fuerte, a no necesitar a nadie… —tragó saliva—. Y cuando quise darme cuenta, ya era tarde. Ella decidió irse.

El silencio cayó entre nosotros como un golpe seco.

No me había esperado esa confesión. Que me abriera el alma así, con tan solo una pregunta. Algo me decía que no solía compartir esa información.

Entonces… ¿por qué a mí? No podía imaginar lo duro que fue vivir algo así. Yo tenía suerte. Tenía una familia que se quería. Unos padres que se entendían a pesar de sus diferentes culturas. Un hogar donde se hablaba alto, se comía mucho y se decía «te quiero» sin miedo.

—Vaya… lo siento —dije al final, en voz baja.

Adam negó despacio.

—No te lo he contado para que me tengas lástima —respondió —. De hecho nunca cuento esto porque odio que la gente me tenga compasión. Cuando ocurrió en el instituto todos me miraban con lástima, y lo odiaba. Pero me has hecho una pregunta y he decidido ser sincero.

Luego me miró.

Y al ver mi cara, seguramente más seria de lo que pretendía, se le escapó una sonrisa torva, de esas suyas que mezclan ironía con descaro.

—Dime… —añadió, bajando un poco la voz—. ¿Mi trauma te ha ablandado y ahora quieres consolarme?

Le lancé una mirada entre incredulidad y amenaza.

—¿En serio estás sexualizando tu infancia trágica?

—¿Ha funcionado?

Me mordí el labio para no sonreír.

Maldito cabrón.

—¿Por qué insistes en repetir conmigo? —solté, finalmente sin rodeos—. ¿No se supone que eres de los de «una noche y gracias»?

Adam no respondió enseguida.

Se tomó su tiempo.

—Si te soy sincero… no estoy seguro de la respuesta. Solo sé que esa noche sentí una química que hacía mucho que no sentía. Algo real. Crudo. Intenso.

—Y cuando tú fingiste no acordarte primero, o que no fue para tanto después… —hizo una pausa, bajando la voz— solo podía pensar en recordarte la verdad. Con mi boca. Con mis manos. Con cada maldito centímetro de mí.

Tragué saliva y apreté la copa entre los dedos.

Demasiado fuerte.

—Si Ethan te oyera hablar, pensaría que te he pagado por decir eso. Él siempre me decía que yo era… difícil. Que no fluía. Que pensaba demasiado. Que no sabía dejarme llevar.

No lo miré al decirlo.

—Pues que sepas que el problema no eras tú. El problema era que él no tenía ni puta idea de cómo hacerte fluir. Y yo sí.

Me miró.

Esa mirada.

Intensa.

Directa.

Como si pudiera desnudarme sin tocarme.

Apreté los labios.

Aparté la vista.

Y me terminé la copa de un trago.

—Bueno —murmuré, dejando el vaso sobre la barra—. Felicidades. Has conseguido que me replantee años de terapia con una sola frase.

Adam sonrió.

Despacito.

Como si acabara de ganar.

Y lo peor… es que parte de mí quería que ganara.

16

Olivia

NI SCRABBLE NI PARED



Me desperté con la boca seca, la cabeza embotada y el cuerpo demasiado caliente. Parpadeé un par de veces, confusa, intentando entender dónde estaba.

La habitación era grande. Oscura. Minimalista. Ropa tirada por el suelo. Una chaqueta negra sobre la silla. Una camisa blanca colgada del pomo de la puerta.

Estaba claro que esa no era mi habitación.

Me senté sobre el colchón, intentando hacer memoria. La cena de cuatro en el restaurante, las copas en el bar… y luego nada.

Nada.

Solo un vacío borroso, como si mi cerebro hubiera cerrado por vacaciones.

Miré a mi alrededor, con el pulso acelerado.

Sábanas grises. Una botella de agua medio vacía sobre la mesilla. Mis tacones en el suelo…

Y yo llevaba puesta una camisa blanca. Grande. Que no era mía.

Debajo, mis bragas. Y el sujetador.

Vale.

Punto a favor.

Respiré hondo y miré a mi alrededor. Estaba sola, aunque no me costaba adivinar que aquella era la habitación de Adam.

Demasiado orden. Demasiado minimalismo caro. Demasiado él.

Me incorporé con cuidado, como si el suelo fuera a explotar bajo mis pies. La cabeza me latía suave, pero constante. Como si me recordara que anoche me pasé de lista.

Y entonces me golpeó.

La pregunta.

La maldita duda.

¿Habré hecho algo con Adam?

¿Le habré dicho que sí?

¿Me habré quitado la ropa en plan «fóllame ahora mismo» sin recordar nada?

¿Me dejé llevar?

Aunque llevara ropa interior la duda me ardía.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Él estaba bueno. Mucho.

Y yo estaba borracha.

¿En qué momento había creído que beber de más era buena idea? Porque después del primer gin-tonic, tomé otro.

Y luego otro.

Y luego empecé a contarle a Adam todas las formas creativas en las que mi ex podía meterse su ego por el culo.

A partir de ahí, la noche se convirtió en un agujero negro.

Me levanté despacio. Las piernas me temblaban un poco, pero no lo suficiente como para no llegar a la puerta. Abrí con cuidado. Salí al pasillo.

Silencio.

Al fondo, la cocina estaba encendida y olía a café.

Me acerqué sin hacer ruido y ahí estaba Adam.

De espaldas. Pantalón de chándal gris. Camiseta negra. Descalzo. El pelo revuelto como si acabara de pelearse con el mundo. O con la almohada.

Taza en una mano. Móvil en la otra. Tranquilo. Demasiado tranquilo.

Me apoyé en el marco de la puerta. Él me oyó.

—Tienes cara de haber sobrevivido a una guerra —dijo sin girarse.

—Me siento como si me hubiera atropellado un Uber XL —murmuré.

Adam se giró, sonriendo.

—Te iba a despertar en un rato. Parecías muerta.

Entré con cuidado. Me temblaban las piernas, pero fingí que no. Me senté en la silla del comedor, sin dejar de mirarle.

Él se acercó con una taza de café y la dejó delante de mí.

—Gracias —dije, bajando la mirada.

Silencio.

Pesado. Tenso. Lleno de cosas que no sabía cómo preguntar.

—Adam… —empecé, sin mirarle—. ¿Anoche… hicimos algo?

—¿Te refieres a jugar al Scrabble o solo a follar salvajemente contra la pared? —preguntó él, alzando una ceja.

Me atraganté con el café.

—¿Qué?

Él sonrió, apoyando los brazos sobre la mesa, tranquilo.

—Relájate, Olivia. No pasó nada. Ni Scrabble ni pared.

Lo miré, intentando leer en su cara si me lo decía en serio.

—¿En serio?

—Muy en serio —respondió, sin rastro de broma esta vez—. Estabas borracha. Te llevé a casa. Bueno, a mi casa. Vomitaste. Me llamaste «el CEO con mejor olor del mundo». Te ayudé a ponerte mi camisa y te dormiste en la cama. Fin.

Me quedé quieta. Un segundo. Y entonces me dio el ataque mental.

—¿Me ayudaste con la camisa? —pregunté, con la voz más aguda de lo que pretendía.

—Sí.

—¿Y eso qué significa? ¿Que me viste desnuda?

Adam alzó una ceja. Como si la pregunta le hiciera gracia.

—¿Y si te digo que sí?

—Te mato.

—¿Y si te digo que no?

—No te creo.

Él sonrió.

—Relájate. No te vi nada que no hubiera visto antes. Y con mucha mejor luz.

Me quedé en blanco.

—Perdona, ¿qué?

Se rio entre dientes, como si esa conversación le divirtiera mucho.

—Tranquila. Te quitaste el vestido tú sola. Yo me limité a evitar que te rompieras la cabeza mientras lo hacías. No fue una escena sexy. Fue más bien como ver a Bambi borracho intentando no caerse de culo.

—¡Adam!

—¿Qué? ¿Prefieres que lo adorne? Porque puedo mentirte y decirte que fue poético, pero no lo fue. Fue trágico. Hiciste un discurso sobre cómo los sujetadores oprimen tu energía vital y luego te peleaste con la sábana. Literalmente.

Me tapé la cara con las dos manos.

—Dios. Mátame. Mátame ahora mismo.

—Oye, no te pongas melodramática. Además, fui caballeroso y te cedí mi cama. Yo dormí en el sofá. Y tengo la espalda como si me hubiera pasado un camión por encima.

Lo miré entre dos dedos, medio avergonzada, medio incrédula.

—Entonces, ¿no pasó nada inapropiado entre nosotros?

Adam no respondió al instante.

Me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

Demasiado tranquilo. Demasiado consciente de lo que estaba provocando.

—No —dijo al fin—. Porque lo evité.

—¿Lo evitaste? —tartamudeé.

Adam se encogió de hombros, como si la conversación no estuviera siendo una bomba de vergüenza.

—Sí. Porque lo intentaste —dijo, con una sonrisa torcida—. Dijiste que querías comprobar si mi polla estaba a la altura de tus recuerdos.

Esta vez no me atraganté.

Directamente me tiré el café por encima.

—¡Mierda! —solté, apartando la taza y levantándome de golpe.

El café no quemaba tanto como mi dignidad.

Adam se levantó sin prisas, cogió un trapo de la cocina y se acercó.

—Tranquila. Tengo experiencia con accidentes líquidos —dijo, secándome con una calma que me daba ganas de gritar.

—Te lo has inventando, ¿verdad? —espeté, entre dientes.

Adam ladeó la cabeza.

—Puede que sí, o puede que no. Nunca sabrás la verdad.

Lo miré con rabia.

Con rabia y con ganas de lanzarle la taza.

Pero me limité a fulminarlo con los ojos mientras le quitaba el trapo de las manos.

—¿Dónde está mi vestido? —pregunté, seca.

—En la zona del lavadero. Lo lavé. —Hizo una pausa, como si lo siguiente no fuera gran cosa—. Pero no lo necesitas. Hoy vas a acompañarme a un sitio y ese vestido es demasiado elegante. Le pedí a mi estilista que te consiguiera algo. Lo tienes en el baño de mi dormitorio. Está preparado encima del banco. Ropa, zapatos. Todo.

Lo miré con incredulidad.

—¿Y si no es de mi talla?

—Lo es. Lo comprobé en tu vestido.

—¿Y si no quiero ir? Hoy es sábado. No tengo por qué satisfacer tus demandas en fin de semana.

—Me lo debes —dijo, sin pestañear—. Yo fui a la cena con tu ex. Aguanté a la Barbie de Pilates. Me merezco un poco de compañía sobria y sin vómito de por medio.

Lo miré entornando los ojos.

—No me gusta que me manipulen.

—No te estoy manipulando. Te estoy invitando… con un toque de chantaje emocional suave.

—Eso tiene otro nombre. —Puse los brazos en jarras—. ¿A dónde vamos?

Adam sonrió, pagado de sí mismo.

—Es un secreto.

—Odio los secretos.

Miró su reloj.

—Y te quedan exactamente treinta minutos para estar lista. Tenemos que llegar antes de las doce y se nos está haciendo tarde.

Lo miré como si acabara de decirme que tenía que correr una maratón en tacones.

—¿Quieres que me arregle en media hora?

—Tú puedes conquistar una sala con una coleta y pintalabios. No necesitas más de media hora. A no ser que estés planeando construir el vestido desde cero.

Lo fulminé con la mirada, me mordí el carrillo y finalmente resoplé.

—Vale. Pero que conste que voy porque no me gusta deber favores. No porque quiera.

—Perfecto —dijo él, girándose con calma—. Me encanta cuando me acompañan por obligación.

—Y no pienso sonreír.

—Tampoco hace falta. Tu cara de «quiero matarte» ya ilumina la sala.

Me di la vuelta y fui directa a su dormitorio. Aún con las piernas temblando, aún con la resaca pegada a la piel… y aún con ganas de lanzarle algo a la cabeza.

Empujé la puerta del baño y entré. Luz tenue. Toallas perfectamente dobladas. Espejo sin una sola marca. Y sobre el banco de madera, junto al lavabo, estaba el conjunto.

Vestido negro, corto, con un corte elegante pero fácil de llevar. De esos que parecen simples hasta que te lo pones y todo encaja.

Una chaqueta ligera.

Botines de tacón medio.

Y una bolsita de maquillaje básica con lo justo para parecer humana.

Solté un suspiro. No había alternativa.

Haría aquello, le pagaría por su ayuda con Ethan y luego volvería a mi vida. Aquella donde solo era una secretaria de un jefe demasiado exigente y demasiado atractivo para mi bien.

17

Olivia

ESTO ES NUEVO. MUY NUEVO



—¿Vas a decirme ya a dónde vamos o vas a seguir con el rollo de «es una sorpresa» hasta que estemos en Marte?

Adam no respondió.

Manos en el volante. Gafas de sol. Boca apretada en esa línea fina que usaba cuando disfrutaba viéndome hervir por dentro.

No tardé en reconocer, por la ventanilla, que estábamos en el Upper West Side.

Y no en cualquier parte.

Estábamos subiendo por Riverside Drive.

El Hudson brillaba a la derecha, tranquilo. Como si no supiera que estaba a punto de entrar en territorio prohibido.

Fruncí el ceño. No tenía ni idea de dónde me estaba llevando. Y entonces lo vi. El portón. Las torres. La fachada de piedra gris

cubierta por enredaderas. Faroles clásicos flanqueando la entrada, como centinelas de otro tiempo.

Todo tan fuera de lugar en Manhattan… que encajaba perfectamente.

Parpadeé, reconociendo el lugar al instante.

—¿Me has traído al castillo de Manhattan?

Ese era el nombre con el que todo el mundo lo conocía. Pero, su nombre real era Castle Dunbrae. Un pedazo de Escocia plantado en medio de Riverside Drive, con historia, secretos familiares y leyendas que sonaban más a serie de Netflix que a patrimonio histórico.

Había leído sobre él.

Había visto fotos.

Incluso había intentado reservar una visita guiada una vez, pero había lista de espera de meses.

Solo los VIPs entraban.

Y, por lo visto, ahora yo era uno de ellos. Aunque no tuviera ni idea de por qué.

Me giré hacia Adam.

—¿Qué hacemos aquí?

—He quedado con unos amigos —respondió, como si fuera lo más normal del mundo—. Y sus novias. Iban a venir todos en pareja… y no me apetecía ser el único que llegara solo.

Lo miré. En silencio.

—¿Cómo?

Adam se encogió de hombros.

—Así me harás compañía. Es muy aburrido ser el único soltero en un grupo de parejas.

Abrí la boca. La volví a cerrar. Porque no sabía si reírme, gritarle o bajarme del coche en marcha.

—¿Y tu genial idea fue arrastrarme contigo a una reunión de parejitas felices en un maldito castillo? —dije al fin, sin disimular la incredulidad.

—Tú estabas disponible —respondió, como si eso lo explicara todo—. O al menos demasiado resacosa como para negarte.

—Qué detalle. Me siento especial.

—Lo eres. Por eso estás aquí.

Lo dijo sin ironía. Sin sonrisa. Yo resoplé, cruzándome de brazos.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Fingir que somos una pareja feliz?

—No hace falta tanto. Ellos saben que soy un cabrón escéptico y que te traigo como distracción. Solo quédate cerca y no me dejes solo con los discursos de amor verdadero.

Solté un medio gruñido. Uno de esos que valen para todo: indignación, resignación y ganas de huir en silencio.

Y justo entonces, Adam aparcó.

Frente a la entrada lateral del castillo, donde ya esperaban varios coches. Todos negros. Todos brillantes. Todos con matrícula de alguien que probablemente tenía un fondo de inversión a su nombre.

—¿Vamos a encontrarnos aquí? —pregunté, saliendo del coche y mirando alrededor.

—No. Hemos quedado dentro. En la entrada principal, salón este.

—¿Y se puede saber qué vamos a hacer exactamente?

—Una cata privada de whisky —dijo, como si fuera lo más normal del mundo—. De una nueva línea de destilación. Muy exclusiva.

—Guau —solté—. Debéis tener buenos contactos para conseguir algo así.

—Los justos —respondió él, con esa modestia fingida que le quedaba fatal.

—La familia McRae es... —hice una pausa, intentando buscar la palabra adecuada— legendaria. Y un poco mística, si me preguntas.

Adam sonrió.

—Leo Moretti es uno de mis mejores amigos. Dueño del Hotel Luxury y de medio planeta en forma de hoteles. Los McRae son proveedores suyos desde hace años. Le sirven en exclusiva una línea de whisky que no se vende ni por subasta.

Parpadeé. Literalmente.

—¿Leo Moretti? —repetí—. El mismo del yate de Saint-Tropez, los eventos en Capri y las fiestas privadas donde nadie entra con teléfono.

—Ese mismo.

—Joder —murmuré, casi sin querer—. He visto su nombre en tabloides y en más notas internas de redacción de las que me gustaría admitir. En el periódico lo teníamos fichado. Siempre rodeado de mujeres, de copas… y de rumores imposibles de contrastar.

—Eso le encantaría oírlo —dijo Adam, divertido—. Le da pereza ser discreto. Y aún más dar explicaciones. Aunque ahora ha sentado cabeza y está a punto de casarse.

No dije nada.

Pero lo pensé.

Adam tenía amigos muy influyentes.

Siempre lo había visto como el jefe sexy, arrogante y controlador… pero empezaba a quedar claro que jugaba en ligas mucho más altas de lo que aparentaba.

Y yo… bueno, yo solo estaba intentando que no se me notara el temblor en los tobillos.

Cruzamos los jardines y el aire cambió.

Todo olía a tierra húmeda, a ciprés recién podado y a ese perfume silencioso que tienen los lugares con historia.

Pasamos bajo un arco cubierto de enredaderas, cruzamos un sendero empedrado y nos acercamos a la entrada principal.

Un mayordomo, porque sí, claramente era un mayordomo, con guantes blancos incluidos, nos abrió la puerta sin decir una palabra.

Solo con una leve inclinación de cabeza.

Al entrar, la temperatura subió.

La luz era tenue, cálida.

Había vitrales, retratos, tapices y un silencio casi ceremonial que imponía respeto… o ganas de portarse bien, por si acaso.

Y entonces la vi.

Al fondo, una sala enorme con techos imposibles y ventanales abiertos al Hudson.

—Salón este —dijo Adam, guiándome con una mano en la espalda, como si me conociera de toda la vida. Como si yo no estuviera a dos segundos de entrar en modo pánico social.

La puerta doble estaba entreabierta. Voces. Risas.

Había cuatro hombres y cuatro mujeres.

Uno de los hombres, alto, moreno, con la sonrisa en los labios, se giró hacia nosotros con una copa en la mano.

—Mira quién ha llegado —dijo con tono de bienvenida perezosa —. Sinclair, el último soltero de Manhattan… y, al parecer, ya no tan soltero.

Las miradas fueron directas.

Primero a él.

Después a mí.

Noté cómo me escaneaban en menos de tres segundos.

Adam no se inmutó.

—Olivia, te presento al circo.

Se giró hacia el primero.

—Julian. El de cara de pocos amigos. Y Clementine, la santa que consiguió aguantarlo más de cinco minutos seguidos sin matarlo.

Julian, traje oscuro, mirada analítica, copa en la mano, asintió con una inclinación leve.

Clementine, elegante, con aire de saberlo todo sin tener que decir nada, me sonrió con amabilidad auténtica.

Llevaba una mano apoyada en el vientre, apenas visible, pero suficiente para notar el embarazo incipiente, y supuse que, como mucho, olería el whisky… pero no iba a catar nada.

—Leo —continuó Adam, girándose hacia el hombre más relajado del grupo—. Dueño del Hotel Luxury y de más historias de las que debería contar. Y Riley, su prometida. Sí, lo ha convencido para sentar cabeza. No sabemos cómo lo ha hecho, pero todos le estamos agradecidos.

Leo tenía ese aire de «todo me da igual, excepto lo que me importa», con gafas de sol colgando del bolsillo de la camisa y una sonrisa fácil.

Riley, en cambio, transmitía calma. Inteligente, observadora. Más fuerte de lo que aparentaba.

—Cameron y Audrey —dijo Adam, señalando a la pareja más cercana a la ventana—. Él era una estrella del deporte. Ahora dirige un imperio. Ella lo mantuvo cuerdo. Y con los pies en el suelo. Y probablemente también lo rescató de sí mismo más de una vez.

Cameron alzó su mano con una sonrisa limpia.

Audrey, me saludó con un gesto leve. Cautelosa, pero sin tensión.

—Y por último —dijo Adam, mirando al que había hablado al entrar—, Spencer. El que habla antes de pensar. Y Belly, que debería tener un altar por tolerarlo.

Spencer me guiñó un ojo.

Belly resopló con una media sonrisa y un «no te creas todo lo que dice» en los ojos.

Adam se giró hacia mí, con media sonrisa.

—Y esta —dijo— es Olivia. Mi acompañante estratégica.

Ocho pares de cejas se alzaron.

Y justo en ese momento todas las miradas se desviaron hacia la entrada del salón.

Incluida la mía.

Por qué alguien entró y acaparó todo.

Un hombre tan atractivo y magnético que llamaba la atención sin pretenderlo.

De esos que no necesitan hablar para imponerse. Que no necesitan moverse para que todo se mueva alrededor.

Alto. Imponente.

Con la espalda recta, el paso firme y ese tipo de presencia que no se compra, no se entrena. Se nace con ella.

Pelo oscuro, ligeramente desordenado, como si el viento lo hubiera acariciado hace segundos.

Mandíbula de escándalo, barba perfectamente medida.

Traje negro sin corbata, la camisa blanca.

Pero lo que de verdad te dejaba sin aire eran los ojos.

Azul acero.

Fríos. Directos. De los que no te miran, te atraviesan.

Parecía un jodido highlander.

Versión siglo XXI.

Con el porte de un guerrero y la calma de alguien que lleva siglos ganando guerras.

Sabía quién era.

Lo había visto en fotos.

En artículos.

En esas piezas que mezclaban lujo, leyenda y whisky como si fueran lo mismo.

Ewan McRae, el mayor de los hermanos. Los cinco hermanos McRae dirigían juntos el castillo.

Cada uno con una función distinta.

Eran los herederos de un imperio construido sobre barricas antiguas, recetas familiares imposibles de replicar y un apellido que pesaba más que cualquier fortuna.

Se acercó a Leo con una sonrisa breve, apenas visible. Pero real.

—Me alegra que hayas venido —dijo con voz grave, profunda.

Leo le estrechó la mano con familiaridad.

—Hacía tiempo que quería hacerlo —respondió—. Ya sabes que esto tiene fama de ser exclusivo incluso entre los exclusivos.

Ewan asintió, con esa media sonrisa suya que no llegaba a los labios, pero pesaba como un gesto completo.

—Lo es —dijo—. Pero hay días que merecen excepciones.

Nos miró al resto.

—Y hoy haré una. Voy a empezar enseñándoos el castillo. Normalmente lo hace alguien del equipo, pero hoy me apetecía. Después os llevaré a la destilería.

Varias sonrisas. Algún comentario suelto entre ellos.

Yo solo me obligué a mantener la compostura.

Aunque tenía la mandíbula un poco tensa. Y las manos ligeramente húmedas.

¿Era normal que hasta sus frases parecieran ensayadas por un narrador de documental erótico de Netflix?

El grupo empezó a moverse detrás de él, cruzando un pasillo flanqueado por vitrales y tapices antiguos.

Adam se acercó a mí por detrás, en voz baja.

—¿Vas bien?

—Sí —murmuré—. Perfectamente bien.

—Ajá —dijo él, con una sonrisita—. Pues vigila con las babas.

Lo miré de reojo.

—¿Perdón?

—Que no eres la única que se ha quedado embobada con el Highlander. Hasta una de las novias de mis amigos ha soltado un «wow» más alto de lo socialmente aceptable.

—No he babeado —le solté.

—Claro. Por eso has dejado de parpadear durante treinta segundos.

—Eres idiota.

Adam sonrió, satisfecho. Como si hubiera ganado algo.

Y probablemente lo había hecho.

Porque sí, Ewan McRae era impresionante.

Pero la voz que me hacía temblar no era la suya.

Era la del hombre que tenía justo al lado.

El tour empezó en el ala norte del castillo.

Ewan nos guio por pasillos silenciosos, salas con techos altos y vitrales que parecían contar historias.

Nos mostró parte de la biblioteca, la que se podía enseñar, una galería de retratos donde algunos cuadros daban mal rollo de lo realistas que eran, y una escalera de caracol que llevaba a una torre que, según él, nadie más que su hermano menor pisaba.

Había una sala cerrada con símbolos tallados en piedra que nadie preguntó qué era.

Y él no explicó.

El castillo era una mezcla perfecta entre historia viva y lujo contemporáneo.

Todo olía a madera noble, a piel curtida y a pasado.

Un pasado que no se había ido. Solo se había adaptado.

Después, cruzamos un pasadizo subterráneo, sí, un pasadizo, y llegamos a la destilería.

Moderna. Impecable. Pero con detalles que recordaban al origen escocés.

Barricas de roble con nombres tallados a mano.

Una zona de añejamiento climatizada.

Y una pared completa con vitrinas que exhibían botellas que parecían reliquias familiares.

—Aquí es donde empieza la magia —dijo Ewan, apoyando una mano sobre una barrica oscura—. Lo que probaremos hoy es una edición que no ha salido al mercado. Y probablemente nunca lo haga. Solo producimos cien botellas al año. La mayoría no se venden. Se regalan a quienes consideramos parte del legado.

Yo no era mucho de whisky.

Siempre me supo a madera, fuego y trauma masculino.

Pero cuando probé el primero, algo en mi cara me delató.

—¿Eso ha sido… una sonrisa? —murmuró Adam, rozándome con el codo.

—No sonrío —dije, intentando mantener la compostura—. Solo reconozco calidad cuando me explota en la lengua.

Antes de que pudiera seguir saboreando (o disimular cuánto me estaba gustando), se acercó Spencer con su copa medio llena y esa sonrisa de «siempre tengo un plan» en la cara.

—Perdón que interrumpa el momento whisky-gasm —dijo—, pero Ewan acaba de soltar que hay un campo de tiro con arco tradicional en los jardines. Con zona techada, arcos de distintos tipos, dianas reguladas y hasta una estructura medieval restaurada.

Hizo una pausa dramática, como si acabara de anunciar el parque de atracciones de los ricos.

—Según él, la vista quita el aliento. Y si no lo hace, la tensión del arco sí.

Adam arqueó una ceja.

—¿Tiro con arco? ¿Ahora somos nobles del siglo XIII?

—Literalmente. Solo falta que alguien me preste una capa.

Luego se giró hacia mí.

—Asumo que Adam se viene. ¿Y tú? ¿Te apuntas o prefieres quedarte aquí con las cátedras de whisky y las butacas con calefacción?

Miré alrededor.

Riley, Audrey y Belly ya estaban acomodadas en un rincón, charlando con Clementine, que seguía con la mano apoyada suavemente sobre su vientre. Ninguna tenía intención de levantarse.

Ni de tocar un arco.

—Creo que me quedo.

Spencer sonrió, divertido.

—Sabia decisión… aunque te pierdes la oportunidad de ver a Adam haciendo el ridículo con un arco.

Y créeme, no es algo que pase todos los días.

—Tentador —dije, alzando una ceja—, pero creo que sobreviviré.

—Tú te lo pierdes —añadió, guiñándome un ojo antes de girarse para unirse al grupo.

Y justo entonces, Adam se acercó.

Me rozó el hombro con los dedos y se inclinó hacia mí.

—¿Estás segura?

—Segura.

—Volveré pronto. Intenta no conquistar a nadie en mi ausencia.

—Depende de lo aburridas que sean tus amigas.

Él desapareció hacia los jardines y yo me acerqué a las chicas, sentándome en una butaca libre.

Las cuatro clavaron inmediatamente sus ojos en mí.

No con hostilidad.

Tampoco con calidez desbordante.

Con algo peor: curiosidad silenciosa.

Belly fue la primera en romper el hielo.

—Bueno… creo que voy a hacer la pregunta que nos estamos haciendo todas: ¿qué hay entre Adam y tú?

Directa como una flecha.

Nada de rodeos.

Antes de que pudiera contestar, Clementine alzó una ceja y giró la cabeza hacia ella con esa calma que solo tienen las que no necesitan subir el tono para hacerse escuchar.

—Belly.

—¿Qué?

—Un poco de filtro, por favor.

Luego me miró a mí, con una sonrisa suave.

—Perdona a mi hermana. El día que repartieron filtros, ella estaba ocupada hablando sin parar.

Y fue entonces cuando me fijé.

Los mismos ojos, el mismo tono de piel, la misma manera de alzar una ceja como quien juega al ajedrez con el mundo.

Sí. Se parecían. Mucho.

Solo que una era un cóctel de fuego y lengua rápida, y la otra, todo equilibrio medido y elegancia serena.

—No pasa nada —respondí, apoyando la espalda en la butaca—. La verdad es que... ni yo lo tengo claro. No estamos saliendo, si eso es lo que os interesa saber —aclaré—. Me ha arrastrado hasta aquí porque, según él, era eso o aguantar solo una cata de whisky entre parejitas felices.

Riley rio. Audrey también.

Clementine solo me miró, como si acabara de ver algo que el resto no.

—Adam no es el tipo de persona al que le molesta estar entre parejas felices —dijo, como quien lanza una verdad suave, pero con puntería—. Lleva meses aguantándonos. Y cuando se aburre, mira el móvil y nos ignora. Que haya traído a alguien… es nuevo. Muy nuevo.

Riley levantó una ceja.

Audrey sonrió.

Belly soltó un «ahá» con tono de no tan sutil confirmación.

—Además —añadió, mirando mi copa—, os liasteis.

Sentí cómo el calor me subía por el cuello hasta las mejillas.

—¿Sabéis eso?

Clementine asintió con elegancia.

—Los chicos hablan. No de todo, claro. Pero lo justo para que sepamos lo suficiente.

—Y que, aún así —intervino Riley—, en lugar de pasar de ti… te haya traído aquí, a este sitio, con este grupo…

Belly la interrumpió, con media sonrisa.

—Tiene que significar algo.

Me quedé en silencio, sin decir nada. Aquellas mujeres ya habían emitido un juicio. Equivocado, por supuesto. Porque yo sabía la verdad. A Adam Sinclair yo no le interesaba nada de nada. O al menos no en el sentido que ellas creían.

18

Adam

MI PUTA EXCEPCIÓN



Intenté darle a la diana, pero en su lugar conseguí clavar la flecha en el puto césped.

Después de diez intentos, quedaba en evidencia que el tiro con arco no era lo mío.

El campo de tiro del castillo estaba en uno de los jardines laterales, alejado del bullicio. Una explanada privada, rodeada de árboles altos, setos recortados con precisión quirúrgica y mesas de madera vieja que sostenían arcos, flechas y copas de whisky como si aquello fuera lo más normal del mundo. Al fondo, varias dianas. Perfectamente alineadas.

Excepto las mías, claro. Las mías hacían turismo por el césped.

—Los domingos por la mañana tenemos monitores que enseñan a los principiantes —dijo Ewan, con esa voz suya grave que parecía un maldito trueno educado—. Suelen ir niños, pero dada tu puntería… podrías encajar sin problema.

Lo miré de reojo, sin mucho entusiasmo, y Spencer se descojonó a mi lado mientras miraba con orgullo su diana con tres flechas perfectamente alineadas.

—No es por nada, Sinclair, pero creo que este deporte saca lo mejor de mí —dijo, dándole un sorbo a su copa

—Sí, claro. Seguramente heredaste la puntería de tus años lanzando condones al cesto de basura —solté, dejando el arco sobre la mesa de madera.

—¿Celoso? —preguntó, ladeando la cabeza—. No todo el mundo puede ser tan versátil como yo. Buen amante, buen arquero y encima encantador.

—¿Encantador? —intervino Julian, apuntando con su arco—. Solo tú te defines así. El resto aún estamos deliberando.

—Envidia, Julian. Se llama envidia —replicó Spencer, justo antes de soltar la cuerda.

La flecha de Julian voló.

Diana directa.

Por supuesto.

—Joder —murmuré, cruzándome de brazos—. ¿Soy el único aquí que no entrena en secreto con Robin Hood los fines de semana?

—No te lo tomes así —dijo Leo, apoyando una mano en mi hombro—. Alguien tiene que quedar en ridículo para que el resto brille. Hoy te ha tocado a ti.

Le di un manotazo suave.

—Sois unos cabrones.

—No es culpa nuestra si Olivia te está dejando sin reflejos —añadió Cameron desde el fondo, con una sonrisa tranquila.

Lo miré, entrecerrando los ojos.

—¿Perdón?

—¿No vas a contarnos por qué te la has traído hoy? —insistió, dejando el arco sobre la mesa—. Porque cuando nos has mandado un mensaje esta mañana informándonos de que venías con alguien… bueno, casi escupo el café.

—Yo directamente me atraganté con la tostada —añadió Leo.

—Te ha tocado a ti ahora, Sinclair —dijo Spencer, alzando su copa como si brindara—. La fase de «no es nada serio» que dura lo justo hasta que empiezas a planear excusas para que venga a todas partes.

Por supuesto, habían tardado más de lo que había previsto en empezar con las preguntas.

Cuando esa mañana decidí invitar a Olivia, sabía perfectamente lo que iba a pasar.

Sabía que iban a mirar. A analizar. A intentar encajarla dentro de su idea de «esto va en serio».

Y aun así, no me eché atrás.

Después de la noche anterior habían cambiado muchas cosas.

Entre ellas, la necesidad enfermiza de volver a acostarme con ella.

Y no porque no quisiera.

Sino porque después del cuarto gin-tonic, con las mejillas acaloradas y la voz algo más baja de lo normal, me explicó por qué había decidido acostarse conmigo aquella primera vez.

Y joder.

Ver su vulnerabilidad así, cruda, sin filtros, me dejó en silencio.

Me dijo que fue por Ethan.

Por todo lo que le hizo creer. Por cada duda que le sembró. Por cada puta vez que la hizo sentir como si estuviera rota.

Me confesó que aquella noche en el hotel no fue solo deseo. Fue una forma de probarse a sí misma que aún estaba viva. Que podía sentir. Que aún tenía control sobre su cuerpo.

Y mientras lo decía, con los ojos brillando y las palabras tambaleándose entre el alcohol y la rabia, yo solo pensaba una cosa: ese imbécil la había jodido más de lo que parecía.

Y lo peor de todo… es que yo fui parte de esa historia. Sin saberlo. Sin preguntar. Sin entender.

Me follé a una mujer que venía rota.

Y lo hice bien.

Tan bien, que ahora no podía dejar de pensar en repetirlo.

Pero eso era justo lo que no iba a hacer.

No después de saber lo que había detrás.

No después de oírla hablar con la voz arrastrada y el alma en carne viva.

Nunca me había implicado con mujeres que conociera. O que pudiera conocer.

Por eso.

Porque no quería implicarme en sus historias.

Ni en sus heridas.

Ni en sus cicatrices emocionales.

Me acostaba con desconocidas, les daba una noche buena, a veces memorable, y cada uno seguía con su vida. Sin dramas. Sin pasado. Sin peso.

Y ahí estaba yo.

Implicado hasta el fondo.

Con una mujer a la que veía cada jodido día.

Con una mujer que, sin buscarlo, me había arrancado la coraza de un tirón.

Con una mujer que, cuanto más conocía… más quería seguir conociendo.

Mierda.

No había vuelta atrás.

Aquello ya no solo se trataba de sexo.

Era otra cosa.

Aún no sabía lo que significaba.

Ni a dónde me llevaría.

Pero por primera vez… estaba dispuesto a averiguarlo.

—Sinclair, te has quedado sin palabras —soltó Spencer desde detrás, mientras dejaba el arco en la mesa y se servía otra copa.

—Sin comentarios —dije, sin moverme.

tenía la vista clavada en ella.

La veía a través de los ventanales enormes, enmarcada por la piedra antigua y la luz cálida de las lámparas de techo.

Sentada con las chicas.

Piernas cruzadas.

Copa en la mano.

Esa forma suya de inclinar la cabeza cuando escuchaba.

Esa sonrisa leve que no enseñaba los dientes, pero atrapaba igual.

Y no sé por qué… pero me costaba apartar la vista.

Encajaba.

En ese salón.

En esa imagen.

En mi puto mundo.

Y si ella era la excepción que confirmaba todas mis jodidas reglas, ¿qué?

19

Olivia

TE ESTOY CORTEJANDO



Las cosas cambiaron mucho después de la cata de whisky.

No fue inmediato, pero lo noté. En los días siguientes, en los silencios, en los gestos que antes no estaban. Adam dejó de presionar. No volvió a insistir con el sexo, ni a lanzarme frases que me hacían temblar las bragas y querer abofetearlo al mismo tiempo.

Su actitud era otra.

Seguía siendo exigente, sí. Meticuloso. Con ese aire suyo de CEO que lo quiere todo para ayer. Pero ya no era el borde inaguantable del primer día. No soltaba frases pasivo-agresivas cuando algo no salía como esperaba, no bufaba cuando le traía un documento fuera de orden, y, milagro, había empezado a dar las gracias.

La primera vez que lo hizo me pilló tan por sorpresa que me quedé mirándolo como si me acabara de crecer un tercer ojo.

—Gracias, Olivia —dijo, sin levantar la vista del portátil.

Y ya está.

Sin sarcasmo. Sin segundas intenciones. Solo eso. Gracias.

Unos días después, me cubrió delante del equipo de operaciones cuando cometí un error en un informe semanal. Me equivoqué con un dato, uno de esos que te descoloca la gráfica y hace que todo parezca un desastre. Estaba lista para que me lanzara a los leones, pero entonces él levantó la mano, cortó la conversación y dijo:

—Fue un error puntual. No perdamos más tiempo con esto. Siguiente punto.

Así. Frío. Profesional. Pero también… leal.

Y joder, no estaba preparada para eso.

Porque cuando dejas de ver a alguien como un polvo pendiente y empieza a colarse en tu vida como un ser humano funcional, todo cambia.

Empezó a preguntarme si necesitaba descansar. Si quería mover una reunión. Si me apetecía comer algo que no fueran noodles recalentados delante del ordenador.

Una vez me dejó una bolsa con dos empanadas coreanas que había comprado «porque le sonaron a algo que podría gustarme».

No lo dijo mirándome.

Solo las dejó sobre mi escritorio y volvió a su despacho.

Y ahí estaba yo.

Comiéndome una empanada con el corazón en la garganta, preguntándome en qué momento aquel hombre que me había hecho gritar de placer en una habitación de hotel se había convertido en alguien que me conocía más de lo que yo quería admitir.

Y eso, sinceramente, empezaba a parecerme inquietante.

Porque yo no era la única que lo había notado.

Todo el mundo a mi alrededor se había dado cuenta del cambio.

Adam Sinclair había pasado de ser el jefe espanta-secretarias, sí, ese del que todo el mundo decía «dura lo justo para conocerle y salir corriendo», a convertirse en alguien que te sube el portátil hasta tu mesa cuando lo dejaste cargando en recepción.

Literalmente.

El summum fue un martes, a media mañana. Yo estaba en la sala de descanso con dos compañeros de administración y uno del equipo legal. Hablábamos de algo tan apasionante como el caos de la nueva intranet, cuando de repente… apareció él.

Adam.

Traje oscuro, móvil en una mano, taza en la otra.

Entró sin decir nada. Caminó hasta donde estaba sentada y dejó mi café favorito, sí, con leche de avena y extra de canela, no cualquiera, justo delante de mí.

No me miró.

No dijo «es para ti».

Solo lo dejó ahí y se fue.

Silencio.

Uno de esos silencios que valen oro en el mercado del salseo.

Lo rompió Nate, del equipo legal:

—¿Eso ha sido… lo que creo que ha sido?

—¿Te ha traído café? —preguntó James, con los ojos abiertos como platos—. ¿Sin decir nada?

—¿Adam Sinclair? ¿Nuestro jefe máximo, CEO del universo y señor del hielo?

Yo me quedé callada.

Solo cogí la taza e intenté actuar como si fuera lo más normal del mundo.

Spoiler: no lo era.

—Vale, ahora sí que no hay duda —dijo la chica de administración—. Estás liada con él.

—¡Que no! —repliqué, más rápido de lo que debería—. No estoy liada con nadie. Ni con él. Ni con ningún ser humano con poder para arruinarme la vida laboral. Dejad de fliparos.

—Nadie trae un café así por deporte —murmuró Nate—. Y menos él. Ese tío no sabe ni saludar por las mañanas.

—A lo mejor le apetecía ser amable —farfullé, bajando la voz.

—Ajá. Claro. Y mañana viene con un ramo de flores y te canta algo de John Mayer.

Me levanté con la taza en la mano y salí de allí sin mirar atrás.

Pero por dentro…

Por dentro tenía una guerra.

Porque, aunque me negara a decirlo en voz alta, yo también empezaba a preguntarme qué coño estaba pasando.

Y por qué, cada vez que Adam hacía algo así, me temblaba todo el cuerpo.

Como si el problema no fuera que se hubiera convertido en otra persona… sino que yo empezara a querer que se quedara así.

Me sentía tan descolocada, tan fuera de mí, que me levanté de golpe y crucé la oficina directa a su despacho.

Ni toqué la puerta.

Entré.

Lo pillé revisando algo en el portátil, pero levantó la vista al instante.

—¿Todo bien? —preguntó, con ese tono tranquilo que me ponía más nerviosa que cuando era un borde.

—No. No todo bien —respondí, cerrando la puerta detrás de mí.

Me miró con calma.

Eso me cabreó más.

—¿A qué estás jugando? —solté, cruzándome de brazos.

—¿Perdón?

—Tú sabes perfectamente a qué me refiero, Adam.

Alzó las cejas, inocente. Teatral. Casi me dieron ganas de lanzarle el jarrón minimalista que tenía junto al sofá.

—Me has estado trayendo cosas, cubriéndome delante del equipo, subiéndome el portátil, siendo amable… ¿Desde cuándo tú eres amable?

—Oh, perdón —respondió, ladeando la cabeza—. No sabía que la amabilidad era delito federal. ¿Debería devolver tu portátil al infierno y gritarte en la próxima reunión para que todo vuelva a la normalidad?

—No te hagas el gracioso.

—No lo intento. Me sale solo.

Le lancé una mirada fulminante.

—Esto no es normal, Adam. ¿Qué estás haciendo? ¿Intentas confundirme? ¿Estás jugando a ser otra persona?

—¿Y si simplemente me apetece no ser un capullo todos los días?

—Pues el experimento no te está funcionando —dije, con la voz más seca de lo que pretendía—. Porque ahora todo el mundo en esta oficina está hablando. Ya hay rumores. Hay gente diciendo que estamos liados.

Él no dijo nada.

Ni un gesto.

Solo me sostuvo la mirada con la mandíbula tensa.

—¿Y? —dijo al fin—. Que hablen.

—¿Perdona?

—No me importa lo que insinúe la gente.

—Pues a mí sí —solté, dando un paso al frente—. ¿De verdad te da igual que todo el mundo crea que estamos saliendo?

—Sí —respondió él, sin pestañear—. Porque espero que eso pase. En algún momento.

Me quedé en blanco.

Literalmente.

Mi cerebro se desconectó.

—¿Qué…?

—No te estoy confundiendo, Olivia. Estoy intentando hacer justo lo contrario. Estoy siendo claro. Muy claro.

Se cruzó de brazos, apoyado en la mesa, con ese tono tranquilo que me ponía más nerviosa que si me gritara.

—Te estoy cortejando —dijo, como si fuera lo más obvio del mundo—. Por si no te habías dado cuenta.

—¿Qué? —repetí, como idiota.

—Estoy dejando de ser un gilipollas para ti. Estoy siendo amable. Estoy respetando tu espacio. Te estoy cuidando sin invadirte. A eso se llama cortejar. No es mi estilo habitual, no tengo práctica, pero lo estoy intentando.

Me llevé una mano a la frente, aturdida.

—Adam… no puedes ir por la vida diciendo que estás cortejando a alguien como si estuviéramos en un puto drama de época.

—¿Y por qué no? ¿Prefieres que vuelva a lanzarte frases sucias y ofrecerte orgasmos como tarjeta de presentación?

—¡No! —respondí, entre exasperada y medio riéndome—. ¡Joder! No sé qué prefiero. No sé qué estás haciendo ni qué estoy haciendo yo.

Él me miró. En silencio.

Y entonces bajó la voz.

—Yo sí lo sé. Estoy siendo paciente. Estoy yendo despacio. Estoy esperándote. Porque quiero hacerlo bien esta vez. Porque tú no eres una más.

Me ardieron las mejillas.

Y no por vergüenza.

Sino por el puto nudo en el estómago que se me formó al oírlo.

Porque sonaba sincero.

Sonaba real.

—¿Y qué? —pregunté, cruzándome de brazos para no venirme abajo—. ¿Este nuevo guion tuyo es porque quieres acostarte conmigo otra vez y estás intentando conseguirlo por la vía lenta?

Me miró. Serio. Sin moverse.

—¿De verdad crees que solo quiero eso?

—No lo sé. Por eso te lo pregunto —respondí, más alto de lo que pretendía—. Porque no me cuadra. Porque no encajas en esto. Porque eres Adam Sinclair. Una noche y gracias. Eso lo dijiste tú. Así funcionas tú.

—Funcionaba —corrigió, sin levantar la voz—. Ya no. Contigo no.

—¿Y se supone que tengo que creerte?

—No. Se supone que tienes que darte cuenta.

—¿De qué?

—De que si quisiera follarte otra vez, ya lo habría hecho —soltó, tan tranquilo que me dejó sin aire—. Sabes perfectamente que lo

tenía fácil. Que bastaba con apretar un poco. Y no lo he hecho. ¿Por qué crees que es?

Tragué saliva.

Porque, maldita sea… tenía razón.

—No lo entiendo —murmuré, bajando la mirada—. No tengo nada especial. No me conoces tanto. No sabes ni la mitad de cosas de mí.

—Y por eso quiero conocerte —respondió él, sin titubear—. Pero saberlo todo no es un requisito para empezar. Para eso se sale con alguien, ¿no?

Levanté la vista, algo en su tono me rozó por dentro.

—¿Me estás diciendo que…?

—Te estoy diciendo que quiero salir contigo. De verdad. Sin dobles intenciones. Sin juegos. Una cita, Olivia. Formal. Sin bragas volando ni camas revueltas al final. Una cita para hablar. Para verte fuera de aquí. Para conocerte más. Y, a poder ser, sin dinosaurios de neón. Esta vez quiero hacerlo bien.

—¿Una cita formal? —repetí, entornando los ojos—. ¿Qué vas a hacer, invitarme por Google Calendar y marcarlo como evento sin contacto físico?

Él ni se inmutó.

—No lo decía en broma. Es una petición formal —dijo, como si acabara de ofrecerme el trato más serio del año—. Puedes pensarlo. No tienes que decir nada ahora.

Hizo una pausa.

Luego volvió a mirar la pantalla del portátil y añadió, sin cambiar el tono:

—Ahora regresa al trabajo. Y disfruta de tu café antes de que se enfríe.

Yo no dije nada.

Solo asentí una vez, en silencio, y salí de su despacho con el corazón a mil.

Me senté en mi escritorio.

Respiré hondo.

Y me quedé mirando la pantalla en blanco.

Sin pestañear.

Sin moverme.

¿Esto acababa de pasar de verdad?

¿Adam Sinclair acababa de pedirme una cita formal?

¿Esto era real?

20

Olivia

CREO QUE ME GUSTA



Estaba en casa de Genny. Una pequeña buhardilla en Williamsburg que olía a incienso barato y comida india.

Tenía las paredes llenas de postales de sitios a los que decía que iba a ir «cuando le cuadrara la vida», un sofá viejo con mantas de colores y una cocina minúscula en la que cabían dos personas si una de ellas no respiraba demasiado fuerte.

Era lo que podía permitirse con el sueldo de periodista explotada.

Pero le encantaba.

Y a mí también.

Porque era su refugio.

Y, a veces, el mío.

—¿Entonces te lo ha dicho así, tal cual? —preguntó ella, con una taza de té en la mano y el moño mal hecho como si llevara tres días

sin peinarse.

—Así, tal cual —respondí, hundida en el sofá—. Me ha pedido una cita formal.

Genny parpadeó. Dos veces.

Luego se sentó a mi lado, como si necesitara estar más cerca para procesarlo.

—¿De dónde ha salido ese tío? —dijo al fin—. ¿De un puto universo paralelo? Porque hoy en día la gente no pide citas. Te mandan un emoji de fuego, te preguntan si estás sola en casa y listo.

Me reí. Solo un poco.

—Ya. Lo sé.

—Es que ni siquiera los decentes hacen eso. Ni los que van de buenos. Nadie se toma el tiempo de decir «quiero conocerte». ¿Tú sabes lo raro que es eso? Y más viniendo de un tío que es conocido por no repetir nunca con nadie.

Se quedó mirándome un segundo. Y entonces lo soltó.

—¿Tú crees que es estrategia? ¿Para volver a acostarse contigo?

—Ya se lo pregunté —dije, sin rodeos—. Dijo que si quisiera follarme otra vez, ya lo habría hecho. Que lo tenía fácil. Que bastaba con apretar un poco… y que yo habría cedido.

Genny abrió los ojos, sonrió como si acabara de oír su frase favorita del año y soltó:

—Qué engreído. Y qué jodidamente sexy a la vez.

—Genny…

—¿Qué? No me mires así. Lo es. No hay nada más atractivo que un hombre que irradia seguridad. Que sabe lo que quiere. Que no necesita venderse, ni justificar cada paso que da. Y encima está

bueno. Vamos, que si no lo quieres tú, me sacrifico yo por el bien común.

—Cállate —dije, tirándole un cojín.

—Llevo demasiado sin acostarme con nadie, ¿vale? Mi último polvo fue con aquel tío que se quitaba los calcetines pero dejaba el gorro puesto. ¿Te acuerdas?

Me atraganté de la risa.

—¿Cómo olvidarlo? El que gemía como si le estuvieran exorcizando.

—Ese mismo. El trauma me dejó sin ganas de repetir.

Sonreí, pero por dentro me dio una punzada. Porque sí, me acordaba.

Y también me acordaba de que Genny, igual que yo, no tenía precisamente un currículum brillante en cuanto a hombres.

De hecho, si los juntáramos, podríamos montar una exposición de errores sentimentales con entrada gratuita y luces de emergencia.

Suspiré.

Largo.

Hondo.

—Entonces… ¿qué crees que debo hacer?

Ella no tardó ni dos segundos.

—¿Qué quieres hacer?

Me quedé callada.

Mirándola.

Como si esa fuera una pregunta trampa.

—Ese no es el punto. No. El punto es que es mi jefe —dije, llevándome las manos al pelo—. Y yo me prometí a mí misma que no volvería a meterme en un lío con nadie del trabajo. Y mucho menos con alguien que puede despedirme si un día le da por dejar de gustarle.

Genny me miró como si acabara de decirle que el problema con Adam era que no usaba el calendario compartido.

—Vale. O sea que estás hablando de logística. No de sentimientos. Pero si Adam no fuera tu jefe… ¿te tirarías de cabeza?

Me quedé en silencio.

Porque la respuesta era tan obvia que me dolía admitirla.

—Eso no es justo —farfullé.

—Sí que lo es. Lo que no es justo es que te estés escondiendo detrás de una norma que te impusiste después de un trauma. Y este tío no es Ethan. Ni se le parece. Y lo sabes. Es cierto, no es lo ideal que sea tu jefe, vale. Pero tampoco lo elegiste. No lo buscaste. No lo forzaste. Pasó. Así que pregúntate qué sientes por él. Qué esperas. Qué quieres.

Me quedé callada, pensando en la respuesta.

Porque no era fácil.

Nada de esto lo era.

Nos habíamos conocido en las circunstancias más extrañas posibles. Una app, una noche sin nombres, un polvo alucinante que se suponía que no significaba nada.

Y luego… apareció en mi vida como mi jefe.

Exigente. Inaccesible. Insoportable.

El típico hombre que no repite. Que no se implica. Que no siente.

O eso creía.

Porque, después, lo vi hacer cosas que no encajaban con esa idea. Me ayudó con lo de Ethan. Y luego vino lo del castillo con sus amigos donde lo pasé genial.

No fue solo el sitio, ni el whisky, ni el paseo por esos jardines imposibles.

Fue él.

La forma en que me integró en su círculo.

La naturalidad con la que me trató.

Como si tuviera claro que quería que estuviera allí.

Como si yo encajara en su vida incluso antes de que me diera cuenta.

Me quedé en silencio.

El tipo de silencio que pesa.

Que no necesita confirmación en voz alta… pero esta vez sí la tuvo.

Muy bajito.

—Creo que me gusta.

Y en cuanto lo dije, lo supe.

Ya no había vuelta atrás.

21

Adam

HA DICHO QUE SÍ



Estaba con Spencer y Belly en una tienda para bebés, rodeado de sonajeros, mantitas y toda clase de mierdas adorables.

Julian y Clementine iban a hacer una fiesta de revelación de género, y como no tenía ni puta idea de qué comprar, Belly se ofreció a ayudarme. Y donde va Belly… va Spencer. Y más desde que se habían comprometido. Porque sí, Spencer había acabado pidiéndole matrimonio al restaurante al que fuimos.

En cuanto entramos, Belly cogió un body diminuto que decía «recién horneado» y lo alzó como si fuera un trofeo.

—Mirad esto —dijo—. ¿No es lo más mono que habéis visto nunca?

Spencer frunció el ceño.

—Parece algo que pondrías en una baguette, no en un bebé.

Rodé los ojos y me alejé un poco, revisando otro estante con menos arcoíris y más sentido común.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Belly, acercándose por detrás con una sonrisa.

—Quiero algo práctico —dije, sin girarme.

—Claro —soltó ella, como si le acabara de confirmar que el cielo era azul—. Cómo no. Adam Sinclair, sinónimo de practicidad desde 1989.

—Perdona por no querer regalar un body que parece sacado del bazar de la esquina —respondí, alzando una prenda—. Esto tiene un unicornio que lanza corazones por el culo. ¿a quién podría gustarle algo así?

—A mí —dijo Belly, sin pestañear, mientras se lo arrancaba de las manos—. Es adorable. Tiene glitter y arcoíris. Es un sí rotundo.

—Es un crimen contra el diseño —dije, cruzándome de brazos.

—Eso deberíamos juzgarlo Spencer o yo, que nos dedicamos a esto —replicó ella, alzando una ceja mientras doblaba el body con mimo, como si fuera alta costura.

Puse los ojos en blanco.

Belly chasqueó la lengua, me ignoró por completo y se giró.

—Vamos. Antes de que este energúmeno intente cuestionar también el valor estético de los patucos.

Cambiamos de pasillo.

Ahora estábamos rodeados de esterilizadores, sets de alimentación y cosas con nombres que sonaban a tecnología de la NASA.

Spencer cogió una caja con un sacaleches eléctrico y la miró como si fuera un aparato de tortura medieval.

—Esto parece una bomba. ¿Seguro que no es ilegal?

—No si sabes usarlo —dijo Belly, quitándoselo de las manos—. Y tú claramente no cumples los requisitos.

—Perdona, pero esto tiene más botones que mi cafetera. ¿Dónde se supone que va cada cosa?

—En las tetas, Spencer. Es para las tetas. No es tan difícil —soltó ella, dándole un golpecito en la frente con la caja.

Yo me giré, intentando no reírme, mientras leía otra etiqueta que decía «antirreflujo», «tetina fisiológica» y «flujo lento».

Detrás de mí, Spencer y Belly discutían sobre si un esterilizador que costaba cien pavos merecía la pena o era básicamente una olla con wifi. Ella defendía que sí. Él decía que con agua hirviendo y fe en el sistema inmunológico era suficiente.

Yo apenas los escuchaba.

Porque en mi cabeza solo estaba Olivia.

Y el hecho de que todavía no me había dado una respuesta.

No había dicho sí.

Tampoco no.

Solo... silencio.

Y eso me estaba jodiendo más de lo que debería.

Me detuve frente a una fila de carritos de bebé. Algunos parecían tanques. Otros, naves espaciales. Uno tenía más amortiguación que mi coche.

Los miré sin verlos.

Pensando.

Dudando.

Y de pronto, miré a Belly, y solté.

—Tú eres una mujer.

Belly, que estaba a dos pasos eligiendo baberos con forma de animales, se giró con una ceja levantada.

—Gracias por avisar. Llevaba años con la duda.

—Lo digo en serio —añadí, pasándome una mano por la nuca—. Como mujer… quizá puedas ayudarme con algo.

Belly parpadeó, sorprendida.

—¿Con qué?

La miré de frente, intentando no sonar tan jodidamente desesperado.

—A ver… ¿cuánto tiempo hay que esperar para insistir en obtener una respuesta cuando le dices a una mujer que te gusta?

Belly se quedó quieta un segundo.

—¿Perdón? —parpadeó—. ¿Le has dicho a una mujer que te gusta? ¿Tú? ¿El robot sin sentimientos?

Spencer soltó una carcajada detrás del expositor de chupetes.

—¿Y la pobre chica está bien? ¿Se ha recuperado del shock?

—Jaja, muy gracioso —solté, sin humor—. ¿Podemos concentrarnos en el asunto?

Belly se cruzó de brazos, expectante.

—Vale, venga. Pero necesito contexto. Le dijiste que te gustaba... ¿cómo?

Suspiré.

—Primero intenté hacérselo saber con gestos. Lo típico... siendo amable en el trabajo, preocupándome por cómo estaba, subiéndole el portátil, llevándole café…

—Oh, el romance a lo Sinclair —interrumpió Spencer, con dramatismo—. Toda una oda al amor moderno.

—Calla, imbécil. Yo creía que lo estaba pillando... hasta que se cabreó.

—¿Se cabreó? —repitió Belly, frunciendo el ceño.

—Sí. Un día me soltó que qué coño estaba haciendo. Que por qué de repente era tan amable. Que si la estaba confundiendo o qué.

Spencer se llevó la mano al pecho.

—Dios… drama de oficina nivel experto. Me encanta. Me estoy imaginando la escena con banda sonora y todo.

—Tú cierra el pico, no estoy hablando contigo, sino con tu novia —le solté, sin mirarle.

Belly sonrió, sin inmutarse.

—Adelante, continúa. Estoy escuchando.

Suspiré.

—Le dije que me gustaba. Tal cual. Que quería conocerla fuera del trabajo. Tener una cita.

—¿Y?

—Y desde entonces… nada. —Me pasé una mano por la nuca, incómodo—. Ha pasado una semana y no ha dicho una palabra. En la oficina actúa como si no hubiera pasado absolutamente nada. Todo correcto. Todo profesional. Todo como antes.

Spencer soltó un «uff» por lo bajo.

Belly no dijo nada al principio.

Solo me miró. Atenta. Procesando.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho desde entonces?

—Nada. Le dije que no iba a presionarla. Que lo pensara. Y estoy cumpliendo mi parte, pero joder… se me están acabando los días de silencio sin que me explote la cabeza.

—Y la paciencia —añadió Spencer.

—Y las excusas para no escribirle y quedar como un migajero.

Belly entrecerró los ojos, evaluándome.

—A ver… estamos hablando de Olivia, ¿no?

Asentí, sin rodeos.

—Sí. ¿De quién si no?

Ella se cruzó de brazos, como si acabara de entrar en modo escáner emocional.

—Es normal que se esté tomando su tiempo —dijo—. A fin de cuentas, hay muchos condicionantes sobre la mesa. Primero, que eres Adam Sinclair. Que odia los compromisos, las emociones y cualquier cosa que dure más de una noche. —Spencer asintió como si estuviera en misa—. Segundo —continuó ella—, que eres su jefe. Lo que complica absolutamente todo. Y tercero, que lo vuestro empezó de forma… poco convencional, por decirlo suave.

No dije nada. Porque tenía razón en todo.

—Aun así —añadió—, no pasa nada por hablar con ella. No es presionar. Es ser claro. Puedes preguntarle si ha podido pensar en lo que le dijiste. Sin exigencias. Solo para saber si está en el mismo punto… o si tienes que pasar página.

Spencer me dio un leve empujón con el codo.

—Venga, robot. Escribir un mensaje no te va a matar.

—Primero lo del regalo —Me giré directo hacia la parte premium de la tienda. Nada de mierdas con glitter ni sonajeros con ojos—. Eso —dije, señalando una cuna escandinava con estructura de madera clara, colchón orgánico y nombre impronunciable—. Y el carrito ese que parece sacado de un catálogo de diseño noruego.

—Ese carrito vale cinco mil dólares —dijo Spencer, silbando.

—Y el set de mantas de cashmere. Las neutras. Nada con animalitos —añadí—. Que el bebé no parezca una feria.

—Qué sexy eres cuando compras cosas que valen más que el sueldo medio anual —murmuró Belly, divertida.

Saqué la tarjeta.

Y justo cuando iba a pagar, el móvil vibró.

Miré la pantalla.

Mensaje nuevo.

OLIVIA

De acuerdo. Acepto salir contigo en esa cita formal.

Me quedé quieto.

La tarjeta en una mano.

El móvil en la otra.

El corazón desbocado.

—¿Es ella? —preguntó Spencer, medio asomado por encima de mi hombro.

Asentí, sin borrar la media sonrisa que se me escapó sin permiso.

—Sí.

—¿Y?

—Ha dicho que sí.

Belly me dio una palmada en la espalda.

—Pues entonces date prisa y paga eso, Sinclair. Tienes una cita que preparar.

Y por primera vez en mucho tiempo, no sentí duda.

Solo ganas de salir corriendo de esa tienda y empezar algo que, joder, me tenía acojonado.

22

Olivia

BUENAS NOCHES, SINCLAIR



Me miré en el espejo antes de salir de casa.

Estaba nerviosa. Muy nerviosa.

Había aceptado tener una cita con Adam y no sabía en qué puto momento eso había empezado a parecerme una buena idea.

Me había comprado un vestido nuevo para la ocasión. Azul, sencillo, ajustado. Escote justo. Largo justo. Todo justo. Porque no quería parecer que me había arreglado demasiado.

Tenía el corazón en la garganta y las manos frías.

Me puse un poco más de perfume del que tocaba. Me pinté los labios. Me recogí el pelo en un moño rápido, lo solté. Me lo volví a recoger. Lo volví a soltar.

Una cita.

Con Adam Sinclair.

¿Qué podía salir mal?

Spoiler: todo.

Estaba a punto de volvérmelo a recoger cuando el móvil vibró en la mesa.

ADAM

Estoy abajo.

Dos palabras. Ni un emoji. Ni un «te espero con calma, no corras». Solo estoy abajo, como si no supiera que yo estaba a dos minutos de un microinfarto.

Me quedé un segundo en silencio, respirando hondo.

Agarré el bolso con fuerza.

Y bajé.

Cuando salí del portal, lo vi apoyado en su coche. Negro. Elegante.

Él también. Traje oscuro, sin corbata, camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados. Postura relajada, mirada intensa.

Adam Sinclair versión civil. El peor de todos. Porque ese… me gustaba demasiado.

Se enderezó en cuanto me vio.

—Estás guapa.

—Gracias —respondí, intentando sonar como si no me temblaran las rodillas.

Entonces sacó un paquetito rectangular envuelto en papel blanco con lazo negro y me lo tendió.

—Para ti.

Fruncí el ceño.

—¿Me traes regalos ahora?

—No es gran cosa —dijo—. Solo vi esto y pensé que te gustaría.

Lo abrí. Macarons.

Perfectamente colocados, de colores suaves. De una pastelería buena. Carísima, seguro.

—¿Y esto?

—Vi en tu Instagram que subías fotos de estos dulces cada vez que ibas a ese sitio en el Soho.

Lo miré, medio sonriendo, medio flipando.

—¿Has revisado mis redes sociales?

—Digamos que hice un poco de trabajo de campo.

—¿Trabajo de campo? ¿Para una cita? —me reí—. ¿Siempre haces investigación previa o soy la excepción?

—Eres la excepción —respondió, abriéndome la puerta del copiloto.

Y lo dijo tan tranquilo que no supe qué contestar.

Subí al coche. Él dio la vuelta y se sentó al volante. Arrancó sin decir dónde íbamos. Otra vez.

—¿No me vas a decir el destino?

—No.

—¿Por?

—Porque te gustó el misterio la última vez.

—No digas *te gustó*. Me cabreó y subí igual. No es lo mismo.

Adam soltó una sonrisa torcida. De esas suyas que no son ni dulces ni amables. Son peligrosas. Adictivas. Y empezó a conducir.

No dijo nada más.

Solo puso una mano en el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios, relajado, seguro… como si no acabara de lanzarme un regalo emocional envuelto en macarons.

El trayecto fue en silencio. Cómodo. Raro. Lleno de cosas que no dijimos.

A los quince minutos, reconocí la zona.

Me tensé un poco.

Allí estaba el restaurante de mi padre. Uno de esos clásicos de cocina coreana con años de historia, paredes llenas de fotos y mesas que siempre olían a sopa caliente y kimchi.

Lo miré de reojo.

No. No podía ser.

Adam siguió conduciendo un poco más, giró por una calle lateral y aparcó en un parking privado a un par de manzanas. Me abrió la puerta con toda la calma del mundo y me ofreció la mano.

—Vamos andando —dijo, como si nada.

Me dejé guiar. Caminamos un par de calles entre edificios antiguos, escaparates cerrados y el olor a comida de fin de semana flotando en el aire.

Y entonces se detuvo.

Justo enfrente del restaurante de mi padre.

—Busqué el mejor restaurante coreano de Manhattan. Este tenía la puntuación más alta en todas las guías.

—Adam, no podemos cenar aquí.

—¿Por qué no?

Y justo entonces, la puerta del restaurante se abrió.

Y una voz sonó desde el otro lado de la calle.

—¿Olivia?

No.

No, no, no.

Giré la cabeza.

Y ahí estaba.

Mi padre.

Adam se giró hacia mí, sin moverse, como exigiendo una explicación.

—Hola, papá —dije al fin, cruzándome de brazos como si eso pudiera protegerme de la vergüenza que se me venía encima.

Mi padre frunció el ceño, bajó los escalones de la entrada y se acercó a nosotros.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, mirándome como si acabara de bajarme de una nave espacial.

Antes de que pudiera responder, Adam alzó una mano, educado.

—Buenas noches. Soy Adam Sinclair —dijo, como si estuviéramos en una reunión formal y no a dos segundos de una escena de película incómoda.

Antes de que se le ocurriera añadir algo inapropiado, intervine.

—Es mi jefe, papá. Hemos venido a hablar de trabajo.

Mi padre entrecerró los ojos. Despacio. Como si pudiera oler la mentira a tres metros.

—¿Trabajo?

—Sí —solté, demasiado rápido—. Una cosa urgente. De la empresa. No podíamos dejarlo para el lunes.

Adam me miró de reojo, claramente divirtiéndose con mi actuación cutre de becaria en apuros.

—Muy urgente —añadió él, sin una pizca de ayuda.

Mi padre lo miró.

Y luego me miró a mí.

De arriba a abajo.

Despacio. En silencio.

Sus ojos pasaron por mi vestido, mis tacones, el maquillaje… y todo lo que gritaba esto no es una reunión de trabajo.

Yo tragué saliva.

—Está bien. En ese caso… la cuenta corre de nuestra parte, señor Sinclair.

Adam iba a decir algo, pero mi padre continuó.

—Considérelo una forma de agradecerle que haya confiado en mi hija para trabajar con usted.

Sus ojos se clavaron en los de Adam.

Firmes. Tranquilos. Inamovibles.

—Ella se toma muy en serio todo lo que hace —añadió—. Y nosotros también.

—Lo sé —respondió—. Lo veo cada día.

Mi padre no dijo nada más.

Solo se giró y abrió la puerta del restaurante para que entráramos.

Y nosotros lo seguimos.

El interior olía a caldo, a arroz recién hecho y a todo lo que me recordaba a mi infancia. Las mesas estaban ocupadas en su mayoría por clientes habituales. Gente que saludaba a mi padre por su nombre. Gente que no sabía que acababa de ver a su hija bajarse de un coche con el CEO de su empresa.

Un camarero nos llevó hasta una mesa junto a una pared lateral.

Buena mesa.

Buena vista.

Demasiado buena.

Desde ahí se veía perfectamente la entrada de la cocina.

Y, por supuesto, ahí estaba mi padre.

A través del ventanuco de la cocina, como un maldito francotirador. O un espía. O ambos.

Me senté tensa.

Cogí las cartas de menú del centro de la mesa y abrí dos a la vez. Las levanté frente a nosotros como si fueran un biombo improvisado.

—¿Qué haces? —preguntó él, conteniendo la risa.

—Intentando evitar el contacto visual con mi padre, que está a dos metros de nosotros con cuchillos al alcance de la mano.

—¿Siempre eres tan dramática?

—¿Se puede saber por qué me trajiste aquí?

Adam se encogió de hombros, como si no acabara de entender el problema.

—Quería impresionarte llevándote a un buen restaurante coreano. No sabía que tu padre regentaba uno.

—Pues lo hace.

Silencio.

—Vale —dijo él—. Es un detalle que podrías haber mencionado.

—¿Y cómo iba a imaginarme que ibas a elegir justo este sitio entre todos los malditos restaurantes de Manhattan?

—Tiene las mejores críticas.

—Es el de mi familia. Claro que las tiene. Mi madre extorsiona con kimchi si hace falta.

Adam apoyó los codos en la mesa, sin dejar de mirarme por encima del menú.

—¿Y por qué me presentaste como tu jefe?

—Porque no quería…

Me detuve.

Mierda.

—¿No querías qué?

—No quería que mi padre supiera que estoy en una cita contigo, ¿vale? —dije, bajando la voz mientras mantenía las cartas del menú en posición defensiva—. Se ponen muy intensos cuando conocen a los chicos con los que salgo.

Adam me miró como si acabara de confesar un crimen que le divertía muchísimo.

—Bueno, reconozco que es un poco pronto para conocer a tu familia, pero supongo que puedo sobrevi…

Alguien carraspeó.

Casi se me cae el menú de la impresión.

Bajé las cartas, rezando mentalmente que no fuera mi padre con un cuchillo en la mano.

No.

Peor.

Era uno de los camareros del restaurante. Un chico joven, con delantal negro y expresión seria.

—Perdón, Olivia —dijo con tono educado—. Tu padre me ha pedido que te diga que tu madre está en la cocina… y que espera

que vayas a saludarla antes de que se ofenda.

Me quedé congelada.

—¿Está aquí? —pregunté, ya sabiendo la respuesta.

—Ha venido a ayudar esta noche. Está preparando el galbijjim. Y lleva preguntando por ti desde que te vio por la cámara del pasillo.

—Perfecto —murmuré, entre dientes.

Me levanté de la mesa con la elegancia de una persona que se quiere evaporar en el aire. Crucé el pasillo que daba a la cocina intentando no parecer una adolescente escapando del castigo.

Empujé la puerta con cuidado.

Y ahí estaban.

Mi madre, con el delantal anudado a la cintura, removiendo algo en una olla gigante.

Mi tía.

Mi primo menor, que ayudaba los fines de semana.

Y, por supuesto, mi padre. De pie. Brazos cruzados. Observando como si yo acabara de colarme con un fugitivo.

Genial. Perfecto. Fantástico.

—Hola, mamá —saludé a mi madre, forzando una sonrisa—. No sabía que estabas aquí.

Ella se giró enseguida y me abrió los brazos como si no me viera desde hace años.

—¡Mi niña! Que alegría verte.

Me abrazó fuerte, con olor a soja, arroz y cariño incondicional.

Mi madre era estadounidense, de Minnesota, blanca, rubia y con la paciencia de una santa. Cuando se casó con mi padre, aprendió a cocinar comida coreana por amor, por respeto y porque «tu appa necesita sopa hasta para pensar». Aunque tenía su propio trabajo

como enfermera en una clínica privada, cada vez que podía, venía al restaurante a ayudar. Era su manera de seguir conectada a lo que él más amaba: su cocina. Su caos. Su mundo.

—¿Te has arreglado? ¿Para quién te has puesto tan guapa? ¿Es para el chico que está contigo?

No respondí.

Porque justo entonces, la voz de mi padre cortó el aire como un cuchillo.

—No me gusta ese chico.

—Papá… —suspiré, ya agotada antes de empezar a discutir.

—Tiene pinta de ser el típico neoyorquino hedonista, egocéntrico y de moral dudosa —dijo, sin pestañear—. Se nota en la forma en que anda.

—¿La forma en que anda?

—Sí. Anda como si Manhattan le debiera algo.

Rodé los ojos, pero él siguió, como si llevara años ensayando este discurso.

—¿Por qué no te buscas un coreano? Alguien con valores. Que entienda de compromiso. De familia. Como Jun, por ejemplo. Buen chico. Responsable. Muy respetuoso.

—¿Jun?

—El camarero nuevo. El que te ha traído el recado. Está soltero.

Lo dijo como si me estuviera anunciando el ofertón del mes. Como si Jun fuera un electrodoméstico fiable que venía con garantía extendida.

—Papá, por favor…

—Tiene muy buen carácter. Nunca llega tarde. Y siempre saluda. No como ese otro que has traído, que parece salido de una serie americana de abogados divorciados.

—Es mi jefe —recalqué, sin saber si eso ayudaba o lo empeoraba.

—Peor me lo pones.

Mi madre me puso un bol caliente en las manos antes de que la conversación se descontrolara más.

—Llévale esto —dijo—. Que coma. A ver si con la barriga llena se le pasa esa pinta de hombre que rompe corazones por Manhattan.

Salí de la cocina rezando para que nadie más me ofreciera otro novio antes del postre.

Regresé a la mesa con el bol en las manos, las mejillas ardiendo y la dignidad arrastrándose por el suelo.

Lo dejé delante de Adam con un golpe más fuerte de lo necesario y farfullé:

—Enseguida traen todo lo demás. Esto es solo… para abrir el apetito.

Adam me miró. Muy tranquilo. Muy divertido.

—¿Todo bien?

—Perfectamente —mentí, clavando la vista en el vaso de agua como si ahí pudiera ahogarme.

—¿Me he perdido algo?

—Solo que mi padre quiere casarme con Jun, el camarero.

—¿Jun el que me trajo el recado?

Asentí, sin levantar la vista.

—Pues parece majo.

Lo fulminé con los ojos.

Adam ladeó la cabeza, muy tranquilo, como si no estuviéramos cenando bajo la vigilancia de mis padres y con Jun acechando desde

la barra.

—Yo me lo estoy pasando bien.

—Tienes un concepto de la diversión muy distorsionado —solté, cruzándome de brazos—. En serio, deberías hacértelo mirar.

Adam se rio por lo bajo.

—Venga, relájate. Cuéntame algo mientras traen la comida. Algo como por ejemplo… ¿sueles venir mucho por aquí?

Sonreí, más por resignación que por diversión.

—Vengo desde que tengo uso de razón. Aprendí a sujetar palillos antes que un lápiz. Y mis tardes después del colegio eran aquí, sirviendo agua, recogiendo platos o metida debajo de la barra intentando que nadie me viera leer cómics a escondidas.

—¿Y te gustaba?

—No siempre. Me agobiaba el olor a kimchi, odiaba tener que sonreír a los clientes aunque tuviera un día de mierda… pero también aprendí muchas cosas aquí. A no quejarme por tonterías. A trabajar sin esperar premios. Y que la familia lo es todo, incluso cuando te agobia.

Adam sonrió. Pero no de forma burlona. Ni encantado de conocerse.

Sonrió raro.

Como si le costara.

—Ya se nota que se preocupan por ti —dijo—. Mucho.

—Sí —asentí—. Demasiado.

Apoyé los codos en la mesa y lo miré un segundo, como si necesitara soltarlo o reventaría.

—Mi madre me manda tupper cada semana aunque viva a veinte minutos. Mi padre me sigue mirando el coche cada vez que lo aparco delante del restaurante, por si tengo «una rueda baja». Y

una vez fingieron tener una fuga de gas solo para hacerme venir a casa y preguntarme si seguía con el imbécil de Ethan.

Adam se rio por lo bajo.

Pero su mirada seguía fija en mí.

Silenciosa. Distinta.

—¿Qué pasa? —pregunté, notando algo.

Él bajó la vista unos segundos. Luego la volvió a subir.

—Nada. Solo que no sé lo que es eso.

—¿El kimchi?

—No. Que alguien se preocupe por mí así.

Silencio.

—Mi padre solo me llama para preguntarme cómo va la empresa. Y solo si hay algo que pueda salir en la prensa. El resto del tiempo... nada. Ni cumpleaños. Ni cómo estás. Ni «¿has comido?».

Sentí algo raro.

Un nudo. Pequeño. Jodido.

Porque eso, unido a lo que me había contado la otra vez sobre su madre, me golpeó más de lo que esperaba.

Ella se había ido.

Y él se había quedado con un padre que medía el afecto en cifras y titulares.

Tragué saliva.

—Tienes que haberte sentido muy solo.

Adam se quedó en silencio unos segundos. Mirando el cuenco delante de él, como si buscara algo ahí.

—Supongo —dijo al fin—. Aunque por suerte, un día llegaron mis amigos a mi vida y se quedaron. Sin pedir nada. Sin hacer

preguntas incómodas. Solo… estuvieron. Con sus rarezas. Con sus mierdas. Pero siempre ahí. Se convirtieron en mi familia. En la que yo elegí. Y eso… me salvó. Más de una vez.

Me quedé en silencio.

Porque no sabía qué decir sin que sonara a frase de libro de autoayuda.

Porque acababa de decir más en treinta segundos que muchos en años.

Y porque verlo así, sin coraza… me tocó más de lo que quise admitir.

***

El resto de la noche pasó rápido.

Mis padres pasaron varias veces por la mesa para comprobar que todo era de nuestro gusto.

Y supongo que también para vigilar de cerca. Muy cerca.

Mi madre preguntó si necesitábamos algo cada veinte minutos. Mi padre no dijo mucho más, pero cada vez que Adam hablaba, su ceja subía como si estuviera evaluando una inversión de alto riesgo.

Adam, por su parte, se comportó como si nada le afectara. Respondía con calma, sonreía lo justo y se comió todo lo que le pusieron delante como si supiera que eso contaba más que cualquier discurso.

Cuando terminamos, mi madre apareció con tres tuppers en una bolsa de asas y me los plantó delante sin decir ni una palabra. Solo un leve «para que no tengas que cocinar mañana».

Nos despedimos en la puerta. Adam les dio las gracias a ambos con esa educación suya que roza lo impecable. Mi padre asintió. Mi madre le apretó el brazo dos segundos más de lo necesario.

Cuando salimos a la calle, ya hacía fresco.

Caminamos en silencio un rato, con las luces de la ciudad reflejándose en los charcos.

Adam rompió el silencio.

—Creo que al final le he gustado a tu madre.

—Eso parece —dije, abrazando la bolsa de tuppers contra el pecho—. Si no, me habría dado solo uno.

Adam se rio bajo.

—¿Y tu padre?

—Mi padre sigue pensando que Jun, el camarero, es mejor opción.

—¿Y tú?

Lo miré de reojo.

—Yo creo que tienes mejor postura que Jun.

—Gracias —respondió, y me rozó la mano con los nudillos.

Y aunque no me cogió la mano… me tembló igual.

***

El trayecto de vuelta fue tranquilo. De esos silencios cómodos que dicen más que cualquier conversación. Adam conducía con una sola mano en el volante y la mirada al frente, pero de vez en cuando me lanzaba un vistazo rápido, como si quisiera asegurarse de que aún estaba ahí. Como si no pudiera evitarlo.

Cuando aparcó frente a mi edificio, el corazón se me disparó.

No sabía si por el silencio.

Por él.

O por las ganas.

Me quedé quieta un segundo con la mano en la manilla. No quería bajarme. No tan rápido.

—Lo he pasado bien —dije, sin girarme.

—Yo también —respondió él, con esa voz baja que siempre me jode el equilibrio.

Nos miramos.

Solo un segundo. Luego, hice un ademán de abrir la puerta. Pero entonces noté su mano cerrándose suave alrededor de mi muñeca.

No fuerte. No invasivo. Solo firme. El gesto justo para detenerme.

Volví a girarme. Y lo tenía cerca. Muy cerca.

Los ojos fijos en los míos. Los labios a centímetros. La respiración tranquila, pero cargada de todo lo que no estábamos diciendo.

No me moví.

Él tampoco.

Y en ese segundo exacto, ese entre mirar y decidir, Adam se inclinó hacia mí y me besó. Sin titubear. Como si lo hubiera estado esperando desde que me vio aparecer.

Sus labios rozaron los míos primero con calma, pero la calma duró poco.

Porque yo respondí. Porque mi cuerpo se inclinó solo. Porque el beso se volvió eso que los dos habíamos estado aguantando desde

hacía demasiados capítulos.

Y cuando su lengua rozó la mía, me temblaron las piernas aunque estuviera sentada.

No fue suave.

Ni correcto.

Ni prudente.

Fue intenso.

Directo.

Feroz.

Como si necesitara recordarme que, si quería, podía volverme loca ahí mismo.

Mis dedos se enredaron en su camisa sin pensar.

Su mano subió a mi nuca, firme, y me sostuvo justo en el momento exacto en que me estaba perdiendo.

Hasta que se separó.

Despacio.

Solo un poco.

Sus ojos se quedaron fijos en los míos.

Su respiración, agitada.

La mía, peor.

—Será mejor que subas —dijo, con la voz ronca, como si le costara decirlo.

—¿Por qué? —pregunté, aún sin aliento.

—Porque si no lo haces en los próximos cinco segundos… voy a hacer que te corras en el asiento trasero.

Me quedé quieta.

Solo un segundo.

Luego sonreí.

Despacio.

Y sin decir nada, abrí la puerta y salí del coche.

El aire fresco me golpeó de frente, pero el calor seguía pegado a mi piel.

Me incliné un poco, lo justo para mirarlo a los ojos a través de la ventanilla abierta.

—Buenas noches, Sinclair.

Y cerré la puerta.

Sin mirar atrás.

Porque sabía perfectamente lo que acababa de dejar ardiendo ahí dentro.

23

Olivia

SI VAS A CORRERTE, SERÁ CONMIGO



Habían pasado dos semanas desde aquella primera cita. Y sí. Habían habido muchas más. Demasiadas. Y todas demasiado perfectas.

Cenas en sitios con lista de espera.

Cafés escondidos en callejones que parecían sacados de Pinterest.

Un concierto de jazz al aire libre donde Adam apareció con mantita, termo con vino caliente y esa maldita sonrisa suya de yo no me esfuerzo, me sale solo.

Una tarde me llevó a ver una exposición que sabía que me iba a gustar. No me lo dijo. Solo apareció en mi piso con una entrada impresa y dijo ponte algo cómodo.

Fuimos.

Y me encantó.

Después me abrazó por la espalda mientras veíamos un cuadro enorme de pinceladas oscuras y me susurró ese me recuerda a ti.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque parece tranquila. Pero si te acercas, te das cuenta de que está llena de cosas que no enseña.

Casi me muero ahí mismo.

Y lo peor: cada cita era así.

Medida.

Cuidada.

Íntima.

Perfecta.

Y siempre… terminaban igual.

Con un beso.

Intenso.

Profundo.

Lento.

Y él diciendo *buenas noches, Olivia*, con esa voz grave que se me metía debajo de la piel y me dejaba con las piernas temblando.

Pero sin más.

Ni una caricia más abajo.

Ni una mano colándose donde yo necesitaba que se colara.

Ni un ven a mi piso.

Nada.

Y yo me estaba volviendo loca.

Porque él me miraba como si me deseara.

Me besaba como si no pudiera evitarlo.

Y me tocaba como si me conociera mejor que yo.

Pero en cuanto el momento se tensaba un poco… se apartaba.

Se contenía.

Y me dejaba otra vez con las ganas.

Ganas de él.

Ganas de todo.

Y ganas, sobre todo, de saber qué coño estaba pasando por su cabeza.

Porque la tensión no estaba solo en las citas.

También estaba en el trabajo.

En cada reunión a puerta cerrada.

En cada vez que se inclinaba sobre mi escritorio para señalar algo en la pantalla.

En cada mirada que duraba medio segundo más de lo necesario.

Y no importaba si estábamos solos o rodeados de gente.

Siempre había algo.

Un roce de manos.

Una frase que sonaba demasiado a promesa.

Un silencio cargado de lo que ninguno decía.

Más de una vez habíamos acabado besándonos en su despacho.

Contra la pared.

O sobre el escritorio.

Con papeles cayendo al suelo y mi falda arrugada.

Y aún así.

Nunca iba más allá.

Ni una mano por debajo del muslo.

Ni una rodilla entre las piernas.

Nada.

Y empezaba a estar… desesperada.

Me despertaba por las noches con el cuerpo tenso, la cabeza llena de imágenes suyas y una sensación constante de me falta algo.

Y eso que intentaba arreglarlo por mi cuenta.

A diario.

Con ayuda tecnológica, sí. Que le preguntaran a mí satisfyer.

Gracias, ciencia moderna.

Pero ni aun así.

Porque no era solo sexo.

Era él.

Era su boca.

Sus manos conteniéndose.

Su forma de mirarme como si quisiera devorarme… y luego frenar en seco.

Había días en los que salía tan alterada de su despacho que tenía que encerrarme en el baño del trabajo unos minutos. Respirar. Calmarme. Recordarme que era una adulta funcional y no una adolescente hormonal.

Y aun así… más de una vez, después de una sesión de besos contra la pared, breves, intensos, peligrosos, me quedaba temblando, apoyada en el lavabo, preguntándome qué coño estábamos haciendo.

Genny se reía de la situación.

—Vale —me dijo un día que quedamos después del trabajo, mirándome por encima de su café—. O te está torturando a propósito, o ese hombre tiene un autocontrol que debería estar penado por ley.

—No me está torturando —respondí, demasiado rápido.

—Claro que sí —replicó—. Te besa, te calienta, te deja a medias y se va a su despacho a ser CEO. Eso, cariño, es terrorismo emocional.

No supe qué contestar.

Aquella tarde, después de una reunión eterna con el equipo de producto, Adam me pidió que me quedara un momento más.

—Quiero repasar la propuesta de inversores —dijo—. Solo una última revisión antes de enviarla.

Lo seguí hasta su despacho sin decir nada, con el portátil en brazos y el pulso donde no debía.

Llevábamos todo el día fingiendo normalidad.

Cero miradas largas.

Cero roces.

Cero señales.

Y aun así, desde que cerró la puerta, el aire cambió.

Se volvió más espeso.

Más lento.

Se sentó al otro lado de su escritorio, se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa.

Mi concentración se fue a la mierda.

Abrí el documento, le di un sorbo al café frío, y empecé a leerle los últimos puntos en voz alta, porque la alternativa era mirarlo

demasiado y perder el hilo. Literalmente.

—El párrafo sobre rentabilidad proyectada está duplicado —dije, marcando el texto—. Creo que lo arrastraron sin querer.

—Bien visto —respondió, sin apartar los ojos de mí.

Silencio.

Levanté la vista.

Seguía mirándome.

—¿Qué? —solté, incómoda.

—Nada.

—Adam…

—Es que me cuesta concentrarme cuando estás tan cerca —murmuró, bajando la voz.

Tragué saliva.

Mi mano seguía sobre el ratón. Tensa. Quieta.

Sentí el calor subiéndome por el cuello, esa mezcla de rabia y ganas que me tenía en modo bomba desde hacía días.

Carraspeé, intentando recuperar el control.

—Da igual —solté, sin mirarlo—. Ya hemos acabado.

Cerré el portátil, lo recogí con más fuerza de la necesaria y me levanté de golpe.

—Nos vemos luego.

Di un paso hacia la puerta.

Pero no llegué.

Porque él también se levantó.

Y en menos de un segundo me agarró de la muñeca, suave y firme.

Me giró hacia él. Y sin decir nada, me besó. Intenso. Con lengua. Gemí contra su boca, como tantas otras veces y me dejé llevar. Un segundo. Dos. Los suficientes para que el pulso se me disparara y el portátil se tambaleara en mi brazo.

Y entonces pasó.

El estuche que llevaba en la otra mano, pequeño, negro, discreto, se cayó al suelo y se abrió. *Plof*. Las cosas rodaron.Yo me agaché enseguida, maldiciendo en voz baja. Él también. A la vez.Y justo cuando íbamos a recogerlo todo al mismo tiempo… lo vio.

Mi Satisfyer. Rosa. Pequeño. Silencioso. Mortal.

Sus dedos se detuvieron a centímetros de él.Yo me congelé.

Él levantó la vista. Muy despacio. Nuestros ojos se encontraron.

Mi cara estaba ardiendo. Como si me hubieran metido la cabeza en una olla de ramen.

Adam bajó la mirada de nuevo hacia el objeto en cuestión. Luego la volvió a subir. Lento. Muy lento.

—¿Qué es esto? —preguntó, con una expresión de falsa inocencia perfecta—. ¿Algún material de oficina?

—Sí —dije, sin pensar—. Es un... puntero láser.

Adam arqueó una ceja.

—¿Para presentaciones? ¿Me enseñas cómo funciona?

Lo fulminé con la mirada.

—¿Quieres que te lo proyecte en la frente?

Él se echó a reír.

Una carcajada real. De las que apenas le había escuchado.

Y joder, qué rabia daba que le quedara tan bien incluso riéndose de mí.

Me puse en pie de golpe, recogiendo el maldito aparato del suelo con un movimiento rápido.

—Vale. Sí. Es un succionador. Un Satisfyer. ¿Satisfecho?

Él se quedó mirándome, aún sonriendo.

—Bastante, la verdad.

—Llevo días con esto —solté—. Días queriendo arrancarte la ropa. Días saliendo de este despacho con las bragas mojadas y los nervios al límite, mientras tú finges que con un «buenas noches» me basta.

La sonrisa se le borró de golpe.

Desapareció.

Y en su lugar… otra cosa.

Algo más crudo. Más vulnerable. Más real.

—Solo estoy intentando ser un buen chico —dijo, bajando la voz —. No sé cómo hacer esto. Nunca lo he hecho. Solo sé que no quiero que pienses que solo quiero sexo.

—¿Y por eso me estás dejando al borde de un colapso sexual diario?

Adam se pasó una mano por la nuca, tenso.

—Si te consuela, yo acabo igual.

—Pues no me consuela —disparé—. Me jode.

Él me miró. Serio. Respirando hondo.

—Entonces… ¿qué es lo que quieres?

Lo solté sin pensar. Sin filtro.

—Quiero que me folles.

Un silencio nos envolvió.

Denso. Eléctrico. Peligroso.

—¿Estás segura?

No respondí con palabras.

Di un paso y le cogí la mano despacito. Con toda la calma que no tenía. Y la llevé debajo de mi falda.

Su palma chocó contra mi muslo desnudo. Sus dedos subieron un poco. Lo justo para notar la humedad que me empapaba las bragas.

—¿Tú qué crees? —susurré.

La mirada que me lanzó no era de deseo. Era de necesidad. Bruta. Cruda. Y entonces se acabó.

Me agarró por la cintura de golpe y me levantó en volandas como si no pesara nada. Me sentó sobre la mesa, con todos los papeles y el portátil temblando al borde.

Se colocó entre mis piernas.

Y me besó.

Con la boca abierta.

Con la lengua entrando directo, sin permiso.

Como si fuera suya.

Como si todo lo que había estado aguantando saliera de golpe.

Yo gemí contra su boca.

Le enredé las manos en el pelo.

Le mordí el labio inferior como si eso compensara todas las noches que me dejó con las ganas.

Adam gruñó contra mi boca.

Un sonido bajo. De los que nacen en el pecho y terminan entre las piernas.

Su cuerpo se apretó más contra el mío. Sus manos me agarraron de los muslos, con fuerza. Subió la falda sin pedir permiso.

Su boca bajó por mi cuello, despacio, y cuando me creyó lo bastante desarmada, me susurró al oído:

—Quiero que me enseñes cómo usas el succionador.

Me quedé inmóvil.

—¿Perdón?

—El Satisfyer —murmuró, besándome justo debajo de la oreja —. Quiero verte. Saber cómo lo haces cuando piensas en mí.

Gemí. Sin poder evitarlo.

—¿Ahora?

—Ahora —dijo—. Aquí. Sobre mi mesa. Quiero verte correrte como te corres cuando no estoy.

Joder.

Mi primer impulso fue mandarle a la mierda.

El segundo… fue obedecer.

No dije nada. Solo me tumbé un poco más sobre la mesa, con las piernas abiertas y el pulso desbocado. Cogí el succionador, lo encendí. Y lo llevé directo al centro. Al punto exacto.

El primer contacto me arrancó un gemido e intenté tragármelo, pero no pude. Era demasiado. Demasiado tiempo esperando. Demasiadas noches pensando en esto. En él.

Y ahora estaba allí.

Frente a mí.

De pie.

Mirándome.

Sin moverse.

El placer subía como una ola, rápida, violenta, imparable.

Las piernas me temblaban, el estómago se me contraía solo, y la espalda se arqueó sin que pudiera evitarlo, empujándome contra el aire como si necesitara escapar de lo que sentía… y al mismo tiempo, quedarme ahí para siempre.

La vibración se volvía insoportable, demasiado, perfecta.

El gemido se me escapó de la garganta, más alto, más sucio.

Sentía la piel húmeda, la garganta seca, los dedos crispados sobre el borde de la mesa.

El cuerpo completamente entregado.

Estaba a punto.

A punto de romperme.

Gemí su nombre.

Una vez.

Dos.

Y justo cuando iba a rendirme al orgasmo, él habló.

—Para.

—Adam…

—Apágalo —dijo, sin mover un músculo—. Ya.

El tono no dejaba espacio a dudas.

Con la mano temblorosa, llevé el dedo al botón y lo apagué.

El silencio fue brutal. Como si el mundo se hubiera quedado colgando del filo de algo.

Él se acercó. Lento. Con los ojos fijos en mí. En mi respiración agitada. En mis muslos aún abiertos.Y se arrodilló frente a mí.

Así. Sin prisa.

Con las manos en mis rodillas, los ojos encendidos, y el control absoluto en su voz.

—Si vas a correrte —dijo, clavándome la mirada desde abajo—, va a ser con mi boca.

Y entonces se inclinó. Y su boca empezó a bajar. Y luego… se hundió en mi sexo.

Sin rodeos.

La primera pasada de su lengua me arrancó un gemido ahogado.

Me sujetó de las caderas con firmeza y me mantuvo contra la mesa como si supiera que iba a intentar escapar del puto placer.

Y con la lengua… me hizo suya.

Se hundió en mi centro con una calma que no tenía nada de inocente.

Empezó a acariciar mi clítoris con movimientos lentos, circulares, casi suaves al principio. Casi. Porque en cuanto sintió cómo me temblaban las piernas, cambió el ritmo.

Presionó más.

Laminó con la lengua plana.

Y luego volvió a succionar, con la boca abierta, con hambre.

Cada movimiento era una descarga directa entre las piernas.

Cada roce me arrancaba un gemido más bajo.

Más sucio.

Me estaba volviendo loca.

Literalmente.

—Joder… —susurré, con la cabeza echada hacia atrás.

Notaba cómo me derretía por dentro.

Cómo su boca me recorría como si no tuviera prisa.

Como si su único objetivo fuera hacerme explotar.

Otra vez.

Y lo iba a conseguir.

Porque su lengua se movía como si ya conociera cada rincón de mí.

Me acariciaba el clítoris en círculos precisos, seguros, bajando el ritmo justo cuando estaba a punto, subiéndolo cuando lo necesitaba más.

Me tenía.

Entera.

Temblando sobre su mesa.

—Adam… —jadeé, perdida.

Él gruñó contra mí.

Un sonido grave, vibrante.

Y esa vibración se me coló dentro como una corriente eléctrica.

Su lengua no paró. Sus labios succionaban justo donde tenían que succionar. Y el placer subió de golpe.

Me explotó entre las piernas con una violencia que me arrancó un grito ahogado.

Me arqueé, temblando. Los muslos se me cerraron contra su cabeza sin poder evitarlo. Y él no se apartó. Se quedó ahí.

Lamiendo.

Chupando.

Sosteniéndome mientras mi cuerpo se rompía y se deshacía en su boca.

Me corrí.

Fuerte.

Entera.

De esas veces que no sabes dónde estás, ni cómo te llamas, ni si vas a poder ponerte en pie en los próximos diez minutos.

Y él siguió.

Suavemente.

Dibujando círculos lentos con la lengua.

Alargando el orgasmo hasta que ya no pude más.

Hasta que me dejé caer sobre la mesa, con el pecho subiendo y bajando como si hubiera corrido una maratón.

Tardé varios segundos en recordar cómo se respiraba.

Y cuando por fin abrí los ojos, él seguía ahí.

Mirándome. Con la boca húmeda.

Con el pecho agitado.

Con esa puta mirada que ya no escondía nada.

Me recorría como si acabara de saborearme por primera vez. Como si acabara de descubrir que mi cuerpo era suyo… y pensara quedárselo.

Se incorporó lentamente. Me acarició el muslo con los dedos, como si aún no quisiera soltarme del todo. Y entonces habló. Con la voz grave. Rasposa. Peligrosa.

—¿Recuerdas que esta noche teníamos una cita?

Asentí. O eso creo.

Él se inclinó sobre mí. Sus labios rozaron los míos. Despacio.

—Pues voy a cumplir tu deseo.

—¿Qué deseo?

Sonrió contra mi boca.

Torcido.

Ardiendo.

—Voy a follarte, Olivia.

Y yo… dejé de pensar.

Porque por fin.

Por fin.

Había dejado de contenerse.

24

Olivia

POR TODAS LAS RAZONES CORRECTAS



Era la primera vez que iba a su casa.

Y sí, estaba nerviosa. Más de lo que me gustaba admitir.

Porque no íbamos a ver una peli.

Ni a hablar.

Ni a comer pizza.

Él lo había dicho claro: *voy a follarte, Olivia.*

Así que sí, había tensión. Una de esas que te recorren la espalda entera aunque nadie diga una palabra.

Subimos en el ascensor en silencio. Él con las manos en los bolsillos, relajado. Yo, con el corazón desbocado y una pregunta idiota en la cabeza: *¿y si su casa es tan perfecta que no encajo?*

Cuando se abrieron las puertas, me encontré con un loft gigantesco, de techos altos, cristaleras enormes y muebles de esos que parecen sacados de una revista de diseño escandinavo. Minimalismo caro. Colores neutros. Silencio absoluto.

—Bienvenida —dijo él, quitándose la chaqueta como si acabara de llegar a su propio refugio.

Yo no dije nada. Solo avancé un paso, con la sensación de estar entrando en un sitio que no debía tocar demasiado.

Era bonito. Demasiado. Cada cosa estaba en su sitio. No había ni un cojín torcido. Ni un cable fuera de lugar. Ni una taza olvidada en la encimera.

—¿Siempre está así de ordenado o es solo porque sabías que venía? —pregunté, girándome hacia él.

Él sonrió, dejando las llaves en una bandeja perfecta sobre una consola perfecta.

—Está así porque vivo solo. Y porque no me gusta el caos. Ya tengo suficiente en la cabeza.

Caminé despacio hasta el salón. Me quité los zapatos sin pensarlo. Por instinto. Porque el suelo de madera era cálido. Porque la alfombra pedía pies descalzos. Porque algo en ese sitio imponía.

—¿Te apetece algo? ¿Agua? ¿Vino? ¿Champán? —preguntó desde la cocina abierta, mientras cogía dos copas.

—Agua —dije, sentándome en el sofá más grande que había visto en mi vida—. Si bebo una copa más esta semana, voy a acabar declarando amor eterno al repartidor de Amazon —añadí, dejando el bolso a mi lado.

Lo escuché reír desde la cocina. Ese sonido bajo, grave, que no hacía mucho… pero se te quedaba clavado.

—Entonces agua —confirmó él, sirviendo dos vasos altos—. Fría, con hielo y sin efectos secundarios.

Me lo tendió.

Nuestros dedos se rozaron un segundo. Solo eso.

Pero bastó.

Bebí un sorbo mientras lo observaba moverse por su propia casa como si flotara. Seguro. Cómodo. Tranquilo. Una parte de mí lo envidió un poco.

Él se sentó a mi lado, con espacio de por medio. No demasiado. El justo.

Yo estiré las piernas sobre la alfombra, respirando hondo.

Pero no me relajé. Ni de coña. Porque cada centímetro de mi cuerpo sabía por qué estaba allí.

Y entonces solté una risita.

Baja. Seca. Nerviosa.

Una de esas que se te escapa cuando no sabes qué coño hacer con la tensión.

Él giró la cabeza hacia mí, con una ceja levantada y una media sonrisa que me puso los pelos de punta.

—¿Qué? —preguntó, sin moverse.

—Nada —dije, mordiéndome el labio—. Solo que esto… se siente un poco surrealista. Como si estuviera esperando algo inevitable.

Adam dejó el vaso en la mesa, se giró del todo hacia mí y apoyó un brazo en el respaldo del sofá.

—Tienes cara de estar haciendo yoga mental para no salir corriendo.

Lo miré, entornando los ojos.

—Estoy perfectamente bien.

—Ajá —asintió, con esa media sonrisa suya de «te leo como un puto libro»—. Perfectamente acojonada.

—No estoy acojonada.

—¿No?

—No. Estoy... expectante.

—Expectante —repitió, como si saboreara la palabra—. Qué elegante te ha quedado. Yo lo llamaría cachonda contenida.

Solté una carcajada, más por nervios que por gracia.

—Eres idiota.

—¿Te digo una cosa? —añadió, bajando un poco la voz—. Me recuerdas a la primera vez que te vi.

Lo miré, sin saber por dónde iba.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—Sí. Ahí sentada en la barra del hotel. Con ese vestido negro, las piernas cruzadas, los labios pintados y esa cara de no sé si largarme o follármelo ya mismo.

Mi estómago dio un vuelco.

—Y pensar que entonces creía que serías una más.

Lo miré, sin moverme.

Recordaba lo mucho que dudé aquella noche.

Y lo poco que tardó en borrarme las dudas.

—Estaba asustada —admití—. A fin de cuentas, solo quería hacer aquello para demostrarme a mí misma que no estaba tan rota como Ethan creía.

Adam me miró en silencio. No se apartó. No cambió el gesto. Solo bajó un poco la voz.

—Lo hiciste por las razones equivocadas. Porque Ethan te inoculó una idea errónea en la cabeza, como si tu valor se midiera por cómo

te tocaban. Como si tu cuerpo tuviera que demostrar algo. —Hizo una pausa. Me sostuvo la mirada con fuerza—. Espero que ahora quieras hacerlo por las razones correctas.

—¿Y cuáles son esas?

—Porque lo sientes. Porque te nace. Porque no hay miedo ni rabia, solo ganas. —Y bajó aún más la voz—. Ganas de mí. De esto. De nosotros.

No le respondí.

No hacía falta.

Me incliné hacia él. Y lo besé.

Lento. Profundo. Como si ese beso fuera la única forma de decir *sí, joder, quiero esto.*

Y antes de que pudiera reaccionar, me acomodé sobre él.

A horcajadas.

Sus manos volaron a mi cintura al instante.

Mis labios seguían en los suyos, devorándolo.

Mi lengua entró en su boca sin pedir permiso, hambrienta, decidida, como si llevara semanas esperando ese momento.

Él respondió al segundo.

Con la misma intensidad. Con la misma urgencia.

Separé la boca apenas un segundo. Lo miré.

—Estoy aquí por todas las razones correctas —susurré.

Él me clavó su mirada.

—Entonces prepárate —dijo, con la voz rota—. Porque ahora sí que no pienso parar.

Me agarró con fuerza por el culo, me apretó más contra él y se levantó del sofá conmigo encima.

Ni me avisó.

No hizo falta.

Caminó hasta su habitación sin soltarme, con los labios aún en mi cuello, su respiración caliente y desordenada contra mi piel.

Cuando me tumbó sobre la cama, su mirada ya no tenía contención.

Tenía hambre.

—Quítate el vestido —dijo, con la voz baja, rasposa.

Lo hice sin pensar.

Sin vergüenza.

Sin pausas.

Él me miraba como si estuviera a punto de comerse la mejor parte de su vida.

Se deshizo de su camisa.

Luego de los pantalones.

Y sin más, se arrodilló frente a la cama.

Agarró mis muslos y los abrió sin pedir permiso.

Despacio.

—Mírame —ordenó.

Lo hice.

Me quitó las bragas y justo entonces bajó la cabeza.

Su boca se hundió entre mis piernas sin previo aviso, directa a mi sexo.

Calor.

Lengua.

Maldición.

Gemí. Fuerte. Como si me arrancaran el aire.

Empezó a lamerme con la boca abierta, lenta.

Firme.

Sabía lo que hacía.

Sabía exactamente cómo hacerlo.

Y yo… ya no sabía ni cómo me llamaba.

Arqueé la espalda sin poder evitarlo, los puños aferrados a las sábanas, las piernas temblando.

Su lengua se movía como si hubiera nacido para eso.

Firme. Lenta. Luego rápida. Luego otra vez lenta.

Un puto tormento delicioso.

Me devoraba el clítoris con la boca abierta, húmeda, sin darme tregua.

Y justo cuando creía que no podía más, añadió un dedo.

Dentro.

Despacito.

Curvado justo donde tenía que estar.

Solté un gemido roto, el cuerpo entero reaccionando.

Y entonces metió otro.

—Adam… joder —jadeé, sin aire, la voz entrecortada.

Él gruñó contra mi sexo.

Literal.

Y esa vibración me atravesó.

Movía los dedos con precisión, mientras me lamía como si el mundo se fuera a acabar entre mis piernas.

Uno. Dos. Dentro.

Su lengua en mi clítoris, su boca succionando, sus dedos follándome como si ya supiera exactamente lo que necesitaba.

Y lo sabía.

El orgasmo subió como fuego.

Brutal.

Imparable.

El cuerpo se me tensó. Las piernas se cerraron solas contra su cabeza. La espalda se arqueó.

Y me corrí.

Fuerte.

Con un gemido ahogado.

Con el corazón desbocado.

Con las sábanas marcadas en los nudillos y la mente completamente borrada.

Adam no se apartó.

Siguió lamiendo suave, acariciándome por dentro, hasta que temblé por segunda vez.

Y ahí supe que no iba a sobrevivir esa noche.

Tardé un par de minutos en recordar cómo se respiraba.

El pecho subía y bajaba sin control.

Las piernas aún me temblaban.

Y él, jodido cabrón, seguía ahí abajo.

Mirándome. Con esa boca húmeda y esa mirada oscura que decía aún no he terminado.

—Ahora —dije, con la voz todavía rota— me toca a mí.

Adam alzó una ceja, medio sonrisa.

—¿Ah, sí?

Me incorporé despacio, aún desnuda, aún temblando. Me senté sobre mis rodillas y lo empujé hacia atrás con las manos en su pecho.

—Sí. Tú me dejaste temblando. Ahora te toca.

Él se dejó caer sobre la cama, apoyado en los codos, con esa expresión de haz lo que quieras, estoy listo.

Y joder, lo estaba.

Su cuerpo era todo músculo, tensión y ganas.

Su polla dura, apuntando directo a mí.

Perfecta.

Y completamente mía.

Me incliné sobre él y lo besé con la boca aún húmeda.

Mi sabor en su lengua. Su aliento contra el mío. Y mientras lo hacía, bajé una mano hasta rodearlo.

Lo toqué despacio.

Lento.

Firme.

Y luego bajé la cabeza.

Me lo metí en la boca de una.

Sin avisar.

Sin pausa.

Él soltó un gruñido bajo.

Las caderas se le movieron solas. Las manos se enredaron en mi pelo.

—Joder, Olivia…

Lo lamí, lo chupé, lo tragué hasta el fondo. Subí y bajé con ritmo.

Los ojos clavados en los suyos. No quería que los cerrara. Quería que me mirara mientras lo volvía loco. Quería que viera cómo me lo comía con hambre. Con ganas.

—Joder, Olivia… —jadeó, con la cabeza echada hacia atrás, la voz completamente rota—. Vas a conseguir que me corra ya.

No paré.

Seguí lamiendo, chupando, jugando con la lengua justo en la punta.

Lo tenía al borde.

Temblando.

Perdiendo el control.

Y justo cuando noté que ya no aguantaba más, lo dijo.

—Dentro —su voz sonó más grave, más rota—. Quiero correrme dentro de ti.

Me detuve.

Lo miré desde abajo, con la boca húmeda y el pulso desbocado.

—Entonces dímelo bien.

Él me agarró por los brazos, me levantó con fuerza y me subió hasta quedar sentada sobre sus muslos, a horcajadas. Su cara estaba a centímetros de la mía.

—Te quiero mojada. Entregada. Mía. —Bajó la voz, rozándome los labios—. Quiero follarte hasta que no puedas decir ni tu nombre.

Mi corazón martilleaba como loco. Las piernas me temblaban. Estaba lista. Más que lista. Rodamos en la cama hasta que él se puso sobre mí. Jugó con su polla sobre mi entrada y cuando pensaba que iba a penetrarme se detuvo.

—Espera —murmuró, respirando fuerte.

Se giró hacia la mesilla, sacó un preservativo y lo abrió con los dientes. Se lo colocó rápido, con las manos temblando un poco.

Luego, se tumbó de nuevo, me atrajo hacia él y me besó tan fuerte que me cortó el aliento.

—Ven aquí —susurró contra mi boca.

Se colocó encima, apoyado sobre los codos. Sentí su cuerpo caliente, duro, completamente pegado al mío. Su mirada era fuego.

—Dime que me quieres dentro —murmuró.

—Te quiero dentro —susurré, sin pensarlo.

Me sostuvo la mirada mientras empujaba despacio.

Entró.

Lento.

Firme.

Hasta el fondo.

Gemí sin poder evitarlo. Me sentí completamente llena, abierta, suya.

Adam bajó la cabeza y me besó el cuello, los labios, el pecho. Sus caderas empezaron a moverse con un ritmo suave, profundo, como si quisiera hacerme sentir cada maldito centímetro.

—Joder, Olivia... —susurró, acelerando poco a poco—. No sabes cuánto he pensado en esto.

Lo agarré por la espalda, con las piernas enredadas en su cintura y el cuerpo respondiendo solo.

El calor entre nosotros era insoportable. Me embestía con fuerza, con ganas, con esa mezcla perfecta de ternura y rabia contenida.

Adam gemía bajo, con la boca en mi cuello, el aliento caliente deslizándose por mi piel.

Me mordió el hombro. Me susurró cosas que ni entendí. Solo sentía.

Cada palabra. Cada golpe de cadera. Cada vez que se enterraba hasta el fondo y me obligaba a soltar el aire de golpe.

Yo gemía sin filtro, con la espalda arqueada, las uñas hundidas en su piel.

—Así… —jadeé, perdida—. Joder, Adam… así…

Él gruñó, me agarró las muñecas y las llevó sobre mi cabeza, sujetándome contra el colchón mientras seguía follándome con fuerza.

Sus embestidas eran profundas, rápidas, salvajes. Pero su mirada seguía clavada en la mía. Intensa. Ardiendo.

Y entonces lo sentí.

Ese calor que se acumulaba entre las piernas. Ese fuego que subía sin freno. Ese momento exacto en el que sabes que ya no hay vuelta atrás.

Me corrí primero.

Fuerte.

Con un gemido desgarrado, las uñas clavadas en su piel, el cuerpo entero temblando bajo el suyo.

Pero él no paró.

Siguió empujando, cada vez más rápido, más profundo, hasta que lo escuché gemir mi nombre contra mi oído.

—Olivia... joder...

Y se vino dentro, con un gruñido ronco, mientras me apretaba tan fuerte que creí que me iba a fundir con él.

Nos quedamos así.

Sudados.

Temblando.

Sin decir nada.

Respirando como si acabáramos de escapar del fin del mundo.

Y de alguna forma, así era.

Porque todo había explotado al fin.

La espera.

Las miradas.

Las putas ganas.

Y ahora, por fin, lo tenía.

Y no pensaba soltarlo.

25

Adam

EXPUESTO



Dos semanas después del mejor polvo de mi vida, me desperté antes de que sonara la alarma.

Ducha. Café. Camisa blanca. Reloj. Todo igual que siempre. Todo en orden. Todo bajo control.

O casi.

Porque desde hacía semanas había algo que se me escapaba. Algo que no controlaba. Algo que se me había metido dentro sin pedir permiso.

Ella.

Olivia.

Pensar en ella ya no era un accidente. Era un hábito. Uno que me gustaba más de lo que quería admitir. Me estaba jodiendo la cabeza. Pero también me estaba salvando. Un poco.

Cogí el móvil. No tenía por qué escribirle. Era muy pronto. Pero lo hice igual.

ADAM

Hoy te voy a secuestrar en mi despacho
antes de las 12. No acepto excusas.

Lo envié.

Y sonreí.

Como un gilipollas.

Estaba intentándolo. De verdad.

Escapar de todo lo que me había hecho huir antes. De todo lo que me empujó a no implicarme nunca con nadie.

Estaba dejando que me conociera. De verdad.

Y, por primera vez en años, me sentía... jodidamente bien.

Fui a dejar la taza en la encimera cuando vibró el móvil.

Una notificación.

Pensè que sería ella respondiéndome, pero no.

Solo vi el nombre del periódico. Y el titular: *Infancia rota, éxito millonario: la historia que Adam Sinclair nunca quiso contar*.

Me quedé quieto.

El café tembló un poco en mi mano.

La sonrisa se borró sin hacer ruido.

Noté cómo el cuerpo se me tensaba, lento, como si el golpe tardara en llegar… pero ya supiera que iba a doler.

No necesitaba leer más.

Sabía lo que venía.

Sabía de qué hablaban.

Sabía quién lo había escrito.

Y lo peor de todo era que sabía cuáles eran sus intenciones.

No buscaba informar.

Buscaba hacer daño.

Y lo había conseguido.

26

Olivia

¿DE VERDAD CREES QUE SERÍA CAPAZ?



Llegué a la oficina como cada mañana. Café en la mano, móvil en la otra, y ese estúpido cosquilleo en el estómago que me salía cada vez que pensaba en él.

Había amanecido con uno de sus mensajes.

Directo. Imperativo. Típico de él.

ADAM

Hoy te voy a secuestrar en mi despacho
antes de las 12. No acepto excusas.

Me hizo sonreír. De esas sonrisas que te salen cuando no puedes evitarlo.

Le respondí enseguida.

OLIVIA

Solo si el castigo incluye mesa, pared y gemidos.

Casi media hora después, no había dicho nada. Ni una palabra.

Pensé que estaría ocupado, como siempre. Que se había metido en una reunión improvisada antes de que yo llegara, o que estaba atrapado entre llamadas y decisiones millonarias. Pero algo no encajaba.

Porque Adam siempre contestaba. Aunque fuera con un emoji.

Aunque solo mandara un «no provoques», o un «ya verás».

Siempre decía algo.

Entré en la oficina saludando como de costumbre, intentando no darle importancia, pero lo primero que hice fue mirar hacia su despacho. Cerrado. Sin luz.

Me acerqué a mi escritorio, dejé el bolso, encendí el ordenador y abrí la agenda del día.

Tenía una videollamada con Boston a las diez. Reunión interna a las once.

Pero él… no había llegado.

Miré el reloj.

Las 9:10.

Adam siempre estaba aquí antes que yo. Siempre.

Abrí el correo. Ningún mensaje suyo.

Nada.

Volví a mirar su WhatsApp. Su mensaje seguía ahí. El mío debajo. Nada más.

Lo llamé.

Tono.

Otro.

Otro.

Buzón de voz.

Colgué.

Esperé un poco. Me obligué a abrir un documento, a contestar un correo, a fingir que podía concentrarme.

No pude.

Volví a llamarlo.

Otra vez buzón.

Me quedé quieta en mi silla, con el teléfono apoyado en el escritorio, como si eso fuera a traerlo de vuelta.

Pero no pasó nada.

Entonces vi a Ana, de administración, cruzar el pasillo con el móvil en la mano. Tenía los ojos muy abiertos. Cuando me vio, frenó.

—¿No ha venido Adam? —Negué—. ¿Te ha llamado?

—No.

Frunció el ceño. Bajó un poco la voz.

—Será por el artículo que ha salido esta mañana.

La miré, sin entender.

—¿Qué artículo?

No respondió.

Solo desbloqueó el móvil y me lo enseñó.

Y ahí estaba.

El titular.

Negro. Frío. Inconfundible.

Infancia rota, éxito millonario: la historia que Adam Sinclair nunca quiso contar.

Sentí cómo se me encogía el estómago.

No leí más.

No hacía falta.

Sabía perfectamente lo que decía.

Y sabía quién lo había escrito.

***

No perdí tiempo. Fui en busca de Adam. Imaginé que estaría en casa, así que me dirigí allí, pero no hubo forma de que respondiera al portero automático.

Aproveché que alguien salía para entrar al edificio y subí directa a su puerta. Lo intenté con el timbre.

—Adam, soy yo. Ábreme.

Silencio.

—Adam, por favor.

Otro silencio.

—Si no me abres, voy a llamar a la policía para que suba a comprobar que sigues vivo. No es coña.

La puerta se abrió. De golpe. Y ahí estaba él.

Sin camisa. Con el rostro completamente vacío. Como si no le quedara nada dentro.

Los ojos rojos. La mandíbula tensa. La respiración agitada, pero contenida.

No dijo nada.

Solo me miró. Fijo.

Como si no supiera qué hacer conmigo.

No se apartó, así que me quedé fuera.

—¿Cómo estás? —pregunté, con un hilo de voz.

Él soltó una pequeña risa. Sin gracia.

Ni siquiera me miró a los ojos al responder.

—¿Tú qué crees?

Lo miré, intentando encontrar algo en su cara. Algo que me dejara saber si estaba bien. Si necesitaba que insistiera. Si quería que me fuera. No lo supe.

—Necesitaba verte —dije al fin.

—Pues ya me has visto —respondió, seco.

Me tragué el nudo.

Respiré hondo.

Y no me moví.

—Adam… —intenté.

—No tengo ganas de hablar, Olivia. Estoy jodido, ¿de acuerdo? Odio pensar que a estas horas mi pasado sea el desayuno de media ciudad.

—Lo entiendo, pero tampoco puedes quedarte encerrado en casa.

—No quiero salir y enfrentarme a la compasión de la gente.

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Quedarte aquí para siempre?

—No lo sé —respondió, sin mirarme. Como si le pesara hasta mantener la cabeza en alto.

—Déjame entrar. Hablemos con calma.

—Preferiría que te marcharas.

Me quedé quieta. Un segundo.

Tragué saliva.

—¿Qué?

—Quiero estar solo. —Bajó la voz. Casi un susurro. Pero dolía más así—. Además, hay algo que no dejo de preguntarme.

—¿El qué?

—¿De dónde ha sacado Ethan esa información? —Me miró por fin. Fijo. Directo—. Qué casualidad que justo te hablara a ti de esto, y que ahora... aparezca todo publicado.

—¿Estás insinuando que se lo conté yo? —pregunté, con la voz más baja. Pero no temblaba. Estaba cabreada.

—Solo digo que es... mucha casualidad.

Lo miré en silencio.

Un segundo.

Dos.

Y entonces hablé.

—¿Sabes qué es casualidad? —dije, despacio—. Que justo cuando por fin empezabas a abrirte a mí, hagas esto. Buscar una excusa para alejarme.

Adam no respondió.

Pero bajó la mirada.

—¿De verdad crees que sería capaz de hacerte eso? —seguí—. ¿Contarle algo tan personal a Ethan? ¿Usarlo contra ti?

—No lo sé —murmuró él—. No sé nada ahora mismo.

—Pues yo sí. Sé que no fui yo. Y tú también deberías saberlo.

Me quedé ahí, mirándolo.

Y durante un segundo... esperé.

Esperé que dijera algo. Que lo negara. Que se corrigiera. Que hiciera lo que fuera.

Pero no dijo nada.

Nada.

Sentí el nudo en la garganta subir de golpe.

Apreté la mandíbula.

Respiré hondo.

Una vez.

Dos.

No iba a llorar delante de él.

Ni ahora.

Ni nunca.

—Cuídate, Adam.

Me di la vuelta.

Y me fui.

***

Llegué a la redacción del periódico media hora más tarde. Nada más abrirse las puertas del ascensor, vi a Genny, a la que había avisado de que iba. Me estaba esperando.

—Tía, qué fuerte lo de Ethan. No puedo creer que haya escrito un artículo así sin la aprobación de Adam. Ben está que trina, los abogados de Adam ya han llamado para exigir que lo retiren cuanto antes y amenazan con demandar si no lo hacen hoy mismo.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En su despacho, recogiendo sus cosas. Lo han suspendido de empleo y sueldo.

—¿En serio? —pregunté, en shock.

—Ben casi revienta una silla cuando lo leyó. —Genny bajó la voz, como si aún pudiera oírnos—. Dice que ha cruzado todas las líneas. Lo publicó sin revisión, sin aprobación editorial, y con información que no estaba verificada.

Asentí despacio.

No dije nada.

No hacía falta.

Me giré y caminé directa hacia su despacho.

La puerta estaba entornada.

Toqué dos veces con los nudillos, sin esperar respuesta.

Empujé.

Ethan estaba de espaldas, agachado, metiendo cosas en una caja.

Había desmontado media estantería.

Su mesa estaba vacía.

Todo parecía más gris que de costumbre.

Se giró cuando me oyó entrar.

—Vaya —dijo al fin—. Qué rápido has venido.

—Eres un cabrón. ¿Por qué has hecho esto?

Ethan se encogió de hombros, con esa falsa calma suya de siempre.

—Alguien tenía que contarlo.

—No. Nadie tenía que contarlo. Porque no era tu historia. No era tu dolor.

—La gente tiene derecho a saber quién es Adam Sinclair detrás del traje.

—No. Esto no va de la gente. Esto va de ti. ¿Lo hiciste porque te negó la entrevista?

No respondió al instante.

Solo bajó la mirada un segundo.

Y eso bastó.

—¿En serio? —solté—. ¿Tan herido tienes el ego que necesitabas vengarte publicando lo que más le duele?

—Lo tenía todo delante. Solo había que atar cabos —dijo al fin, encogiéndose de hombros—. Un par de llamadas a antiguos compañeros suyos, algo de archivo, y listo. Aunque intentaron borrar la historia del suicidio de su madre de los periódicos de entonces… siempre queda algo. Siempre hay alguien que recuerda.

—Y tú lo aprovechaste —escupí—. Sin importar a quién le destrozabas por el camino.

—Soy periodista. Me importa la verdad, no los sentimientos de un millonario que lleva años escondiéndose.

—No. No eres periodista. Eres un oportunista con teclado. Y ni siquiera te da vergüenza decirlo en voz alta. Espero que los abogados de Adam te hundan.

—Vaya, qué subidita estás ahora que sales con un millonario —replicó, con una sonrisa torcida—. Aunque déjame decirte algo… dudo que tarde mucho en darte la patada. A fin de cuentas, ¿quién querría estar con una reprimida como tú?

Me quedé quieta.

Un segundo.

Solo uno.

Lo suficiente para que creyera que sus palabras habían funcionado.

Y entonces sonreí.

No una sonrisa dulce. Ni amable.

Una de esas que cortan.

—Nunca fui yo el problema, Ethan. Siempre lo fuiste tú. Y lo único que lamento… es no haber sido yo la que rompiera contigo.

Me giré.

Y me fui. Sin mirar atrás.

27

Adam

ELEGÍ LA HIPÓTESIS EQUIVOCADA



Estaba sentado en el sofá, con el vaso en la mano y la botella abierta sobre la mesa.

No era la primera. Y probablemente no sería la última.

El salón estaba en silencio. Solo el sonido del hielo derritiéndose en el cristal y mi cabeza haciendo ruido por dentro.

Todo me ardía.

Los ojos.

Las manos.

La garganta.

Había leído el artículo tres veces.

Y cada vez que llegaba al nombre de mi madre, me costaba no estampar el vaso contra la pared.

No contesté llamadas.

No leí los mensajes.

No quería ver a nadie.

Por eso, cuando escuché la puerta principal abrirse, no me moví.

Tampoco me sorprendí.

Solo esperé.

Ahí estaban. Mis amigos.

Leo, Spencer, Julian y Cameron.

Todos tenían una copia de mi llave. Así que, por supuesto, entraron sin avisar. Sin llamar. Sin preguntar.

Spencer fue el primero en hablar.

—Tío, ya te vale no responder a ninguno de nuestros mensajes ni llamadas —dijo, dejando el abrigo sobre la butaca sin mirarme.

—Estábamos a nada de pensar que te habías tirado por el balcón —añadió Leo.

—O que te habías bebido media botella y te habías quedado inconsciente en la bañera —dijo Julian, seco.

—Spoiler: si llegamos a encontrarte así, Spencer ya tenía plan para esconder el cuerpo —añadió Cameron, cerrando la puerta con calma.

—Y quedarme con tus botellas caras —dijo Spencer, dejándose caer en la mesa baja frente a mí.

No respondí.

—No venimos a salvarte —dijo Leo—. Venimos a recordarte que sigues teniendo gente, aunque te encierres como un imbécil.

Me quedé en silencio.

Ninguno de ellos había conocido toda mi historia.

Sabían cosas. Lo justo.

Lo que yo había dejado escapar con cuentagotas durante años.

Pero nunca les había contado lo de mi madre.

No así. No como en ese maldito artículo.

Y ahora ya lo sabían.

Todos.

Cada detalle. Cada palabra. Cada silencio que me había tragado durante media vida. Y, aun así… ninguno me miraba con pena.

Solo estaban ahí.

Como si nada hubiera cambiado.

Como si eso también fuera parte de mí y punto.

—No sabíamos todo —dijo Cameron, como si me leyera el pensamiento—. Pero sabíamos que llevabas algo pesado. Se notaba.

—Y ahora que lo sabemos, no cambia nada —añadió Leo—. Sigues siendo el mismo cabrón insoportable.

—Y un pésimo comunicador emocional —dijo Spencer—. Pero eso ya lo teníamos claro desde hace años.

—Y un buen amigo —soltó Julian, sin mirarme—. Aunque no te lo digamos muy seguido porque no nos va lo cursi.

Me pasé una mano por la cara.

No sabía qué decir.

Así que no dije nada.

Cogí el móvil del suelo. Llevaba todo el día apagado.

Lo encendí.

Vibró de golpe.

Decenas de notificaciones.

Mensajes. Correos. Llamadas perdidas.

Notificaciones de redes, de medios, incluso algún «¿estás bien?» de números que ya no tenía guardados.

Ignoré casi todo.

Hasta que vi uno.

Un mensaje privado.

De alguien que no veía desde el instituto. Jake Collins. Un nombre que no leía desde el instituto. El típico capullo que siempre tenía algo que decir. Que se reía de todo. Que nunca entendió nada.

Abrí el mensaje sin pensarlo mucho.

JAKE

Adam, acabo de leer el artículo. Quiero pedirte perdón. De verdad.

Hace unas semanas me llamó un reportero preguntando por ti. Me dijo que estaban haciendo un perfil sobre empresarios jóvenes de éxito. Pensé que era algo normal. Le conté un par de cosas, anécdotas del instituto, lo de tu madre… No imaginé que iba a publicar eso. No así. Lo siento, de verdad.

Me quedé leyendo en silencio. Y entonces lo entendí.

No fue Olivia.

No fue casualidad.

Fue Jake.

Hablando como siempre.

Sin pensar.

Y alguien escuchando justo lo que quería oír.

Me pasé una mano por la cara.

Respiré hondo.

Y lo supe.

No había sido ella.

Nunca lo había sido.

No entendía cómo había podido dudar de Olivia.

Cómo había dejado que esa idea entrara siquiera en mi cabeza.

Porque, en el fondo, siempre lo supe.

Siempre supe que ella no podía traicionarme.

Y, joder, ella lo dijo en la puerta.

Dijo que la estaba alejando.

Y tenía razón.

La empujé.

La puse en duda.

Y decidí creer en mi propia hipótesis antes de darle una oportunidad a la verdad.

Porque era más fácil pensar que me fallaba…

que aceptar que estaba intentando quedarse.

Y ahora se había ido.

Y yo me había quedado con lo único que sabía hacer: cagarlo todo antes de que alguien más lo hiciera por mí.

¿Cómo se supone que iba a arreglarlo?

Fuera como fuera tenía que encontrar la manera.

28

Olivia

TE LO PROMETO



Estaba en casa, con el portátil sobre las piernas, pero no escribía nada. Ni respondía correos, ni abría documentos. Solo lo tenía ahí por inercia. Como si eso me hiciera sentir productiva, aunque no pudiera concentrarme ni cinco segundos.

No dejaba de pensar en Adam.

En su cara cuando me cerró la puerta, en sus palabras, en cómo me miró… y en todo lo que no dijo.

Llevaba dos días sin saber nada. Dos días en los que pasé por todas las fases posibles: rabia, decepción, tristeza, orgullo… Y ahora, solo quedaba una: el vacío. Ese que te aprieta el pecho cuando sabes que algo se ha roto y no tienes ni idea de si se puede arreglar.

No había ido a trabajar. Ni siquiera me molesté en avisar. Solo apagué el móvil, cerré el portátil y me escondí del mundo. Porque no podía soportar la idea de cruzármelo. Ni de fingir que no me dolía. Ni de mirarle a los ojos y no encontrar nada.

Entonces sonó el móvil. Vibró sobre la mesa y lo cogí sin muchas ganas.

Era Genny.

Solo puso una frase.

GENNY

Pon el canal 4. Ya.

No pregunté por qué. No discutí. No lo dudé. Cogí el mando, encendí la tele y subí el volumen.

Y entonces lo vi.

Adam. De pie, frente a un atril lleno de micrófonos. Rodeado de periodistas, cámaras y flashes. Llevaba traje oscuro, sin corbata, y esa expresión seria que solía poner cuando estaba a punto de soltar algo importante.

Me quedé quieta. El corazón empezó a golpearme con fuerza dentro del pecho. No sabía qué hacía ahí. No entendía por qué estaba dando una rueda de prensa. Y mucho menos por qué se le notaba tan... vulnerable.

Y entonces habló.

—No voy a responder preguntas sobre el artículo que se publicó hace unos días —dijo, con voz firme, aunque se le notaba tensa—. Eso ya está en manos de mis abogados. Pero hay algo que sí necesito decir. No sobre la empresa. Ni sobre mi pasado. Sobre mí. Sobre algo que importa mucho más que todo eso.

El murmullo de la sala bajó un poco. Todo el mundo estaba pendiente.

Yo también.

—Durante años, he vivido con miedo a que la gente sepa quién soy cuando nadie me mira. Lo que hubo antes del traje, antes del apellido, antes del éxito. Porque cuando creces rodeado de silencio, aprendes a protegerte. A cerrar puertas. A mantener a todo el mundo a raya. Y por un tiempo, eso funcionó. Hasta que ella apareció.

No necesitaba que dijera mi nombre.

Ya lo sabía.

—No voy a hablar de ella como si fuera una anécdota o una historia de paso. Porque no lo es. Porque Olivia Park no es algo que me pasó. Es alguien que cambió mi forma de ver el mundo sin querer. Que me enseñó que no hace falta tener el control para estar bien. Que la vida se puede vivir sin calcularlo todo.

Me llevé una mano a la boca. Notaba cómo el estómago se me encogía más con cada palabra.

—Y cuando por fin me mostró que estaba dispuesta a quedarse, fui yo el que tuvo miedo. El que dudó. El que hizo justo lo que juré que nunca haría: empujarla. Lastimarla. Alejarla cuando más la necesitaba cerca. Y no tengo ninguna excusa para eso. Solo tengo una certeza: no quiero perderla.

Se inclinó un poco hacia el micrófono. Ya no le temblaba la voz.

—Olivia, si estás viendo esto… solo quiero que sepas que lo siento. Que me equivoqué. Que te fallé. Y que si aún tienes un poco de espacio para mí, aunque sea solo un rincón, estoy aquí. Esperando.

El plano cambió justo cuando dejó el atril y se marchó, sin responder a una sola pregunta. Sin sonreír. Sin saludar. Nada. Solo se fue.

Yo seguía en el sofá, con los ojos abiertos y el corazón golpeándome en las costillas.

Me levanté de golpe.

Ni me cambié. Ni lo pensé. Solo cogí las llaves, salí del piso y bajé las escaleras corriendo como si me persiguiera el fin del mundo. Necesitaba verle.

Y al llegar al portal… lo vi.

Estaba allí. Justo enfrente. Apoyado en su coche, con las manos en los bolsillos del abrigo, la cabeza baja y la mirada perdida en el suelo. Como si no supiera si podía subir. Como si dudara de si tenía derecho.

Se me cortó el aire. Sentí el nudo subir de golpe. Y, sin poder evitarlo, se me escapó una lágrima.

Él levantó la vista justo en ese momento. Y cuando nuestros ojos se cruzaron… ya no lo pensé más.

Crucé la puerta como si algo me arrastrara. Corrí hacia él sin decir nada, sin pedir permiso. Y me lancé a sus brazos.

Él me abrazó al segundo. Fuerte. Como si me hubiera estado esperando todo este tiempo. Como si no fuera a soltarme nunca.

Su pecho subía y bajaba con fuerza. Sentí sus dedos enredarse en la parte baja de mi espalda, como si necesitara asegurarse de que era real. De que no me iba a desvanecer.

Estuvimos así unos segundos. O minutos. O una vida entera. No lo sé.

Entonces lo escuché.

Su voz. Baja. Rota. Pegada a mi oído.

—¿Esto significa que me perdonas?

Me separé un poco, solo lo justo para poder mirarle a los ojos.

Estaba tan cerca que podía contarle las pestañas.

—Solo si me prometes que no vas a volver a dudar de mí nunca. Que no vas a volver a alejarme.

Él no apartó la mirada ni un segundo. Ni pestañeó. Como si mis palabras fueran lo único que importaba.

—Te lo prometo —dijo al fin, con la voz baja pero firme—. Nunca más. No pienso volver a dudar de ti. Ni a empujarte. Ni a esconderme. Aprendí la lección. Y juro que esta vez… no voy a cagarla.

Asentí despacio. Sin decir nada más.

No hacía falta.

Volví a abrazarlo. Más fuerte. Más cerca. Como si ya no hubiera más distancias que salvar.

Y en ese momento, supe que por fin habíamos llegado a casa.

El uno en el otro.

Epílogo

Olivia

UN NOSOTROS PARA SIEMPRE



Entramos en casa con la rutina de siempre: él dejó las llaves en la bandeja de la entrada, yo me quité el abrigo y lo colgué junto al suyo, sin decir nada. Había calma, pero no era la de siempre.

Yo sentía algo distinto. En el estómago. En el pecho.

No era nerviosismo exactamente. Era esa mezcla entre vértigo y felicidad que solo se siente cuando estás a punto de cambiarlo todo.

La casa olía a café y a tulipanes frescos. Mis favoritos. Los había puesto él, como cada viernes. A veces blancos, a veces rojos. Hoy eran amarillos. Solía decir que me pegaban más cuando sonreía.

Lo seguí hasta el salón, con el corazón latiéndome más rápido de lo normal.

Él no sospechaba nada.

Pero yo sabía que, cuando se lo dijera, este lugar ya no sería solo nuestra casa.

Sería el principio de algo más.

Cuando me giré, ahí estaban.

Las fotos.

Colgadas en una pared del salón, como si fueran ventanas abiertas a lo que más importa.

En la primera, Julian y Clementine, agotados pero radiantes, con su bebé recién nacido en brazos. Ella con la bata del hospital aún puesta, él con el pelo desordenado y esa sonrisa que solo he visto cuando mira a su familia. El pequeño tenía los puños cerrados como si ya supiera que venía al mundo a pelearla.

Justo al lado, una imagen enmarcada de la boda de Leo y Riley. Una ceremonia al aire libre, con vista al océano y una temática absurdamente tierna: ballenas. Había ballenas en los centros de mesa, en las servilletas, en las invitaciones. Y en el momento de los votos, Leo juró «seguirla hasta el fondo del mar si hacía falta». Ella lloraba. Él también. Todos lo hicimos.

Más allá, Spencer y Belly. Su boda fue justo como ellos: un caos maravilloso. Él llevaba chaqueta blanca y gafas de sol. Ella, un vestido rojo y zapatillas. Se casaron en una azotea, con luces de feria y una banda tocando versiones de los años 2000. En la foto que elegimos, Belly está gritando algo mientras lo arrastra a la pista de baile. Él tenía la sonrisa más feliz que le hemos visto nunca.

Después, el baby shower de Cameron y Audrey. Un evento íntimo, cálido, lleno de libros infantiles, chocolate caliente y peluches. Ella estaba radiante, y él no la soltó ni un segundo en toda la tarde. «Mi mejor medalla es esta barriga», dijo, acariciándole el vientre frente a todos. Audrey se rio. Luego lloró. Luego rió otra vez.

Y entonces, al centro de todo, nuestra foto.

Nuestra boda.

Yo con un vestido liso, elegante, sin florituras. Él con un traje oscuro y la mirada que solo me dedica a mí. Nos estábamos riendo. No posando. No mirando a cámara. Riendo de verdad. Como si el mundo nos hubiera perdonado todas las versiones anteriores de nosotros mismos y nos dejara empezar desde cero.

Ese día, Adam me dijo al oído, justo antes de que empezara la ceremonia:

—Nunca quise pertenecer a nadie… hasta que tú apareciste.

Y yo le respondí, sin pensar:

—Nunca me sentí en casa… hasta que tú abriste la puerta.

Ahora esa casa era esta. El lugar donde siempre nos elegimos.

Donde él dejaba camisas medio dobladas por todas partes y yo olvidaba tazas con té a medio beber en cualquier rincón. Donde trabajábamos codo a codo, aunque ya no como antes. Yo seguía en Gridbyte, pero ahora como asistente de otro director. Otro departamento. Más tranquilo. Más mío.

Y fue lo mejor.

Porque trabajar bajo su mando había sido intenso, divertido, inolvidable… pero también un campo de minas emocional. Ahora que estábamos casados, necesitábamos espacio. Ritmo. Equilibrio.

Y lo encontramos.

Aunque él seguía enviándome correos absurdamente formales solo para provocarme. Con asuntos como «Solicitud urgente: almuerzo con mi mujer» o «Reunión confidencial: necesito besarte a las 18:00».

Y yo, por supuesto, nunca faltaba a esas reuniones.

—¿En qué piensas? —me preguntó desde el salón.

Lo miré. Sentado en el sofá, con una pierna cruzada, una taza en la mano y cara de no sospechar absolutamente nada.

Fui hasta él. Me senté a su lado.

Y le tomé la mano.

Tardé un par de segundos en reunir el valor.

—Voy a necesitar que me ayudes a reorganizar mi agenda —dije al fin, bajito.

Él arqueó una ceja, divertido.

—¿Ah, sí? ¿Algo urgente?

—Más bien algo que empieza en nueve meses —respondí, sonriendo.

Tardó solo un segundo en entenderlo. Y cuando lo hizo, dejó la taza sobre la mesa con torpeza y me miró como si se le acabara de detener el mundo.

—¿Estás embarazada?

Asentí.

Y antes de que pudiera decir nada más, ya me tenía entre sus brazos.

Me abrazó tan fuerte que se me metió dentro para quedarse.

Nos quedamos así un rato, sin decir nada, con los ojos cerrados y la frente apoyada.

Sabíamos que a partir de ahora todo iba a ser distinto.

Pero también sabíamos que no íbamos a enfrentarlo solos.

Porque desde aquella primera noche en aquel hotel, donde no sabíamos ni nuestros nombres, hasta este momento exacto... todo había cambiado.

Porque lo que construimos no fue solo una historia.

Fue un hogar.

Y ahora ese hogar… estaba creciendo.

Para siempre.

Extra

Olivia

UN MCRAE PARA GENNY



La cafetería olía a café con canela y galletas de mantequilla. Era uno de esos sitios escondidos entre calles estrechas del West Village, donde las mesas eran pequeñas, la música sonaba bajito y el tiempo parecía ir más lento.

Había llegado diez minutos antes. Tenía una infusión frente a mí y las manos entrelazadas sobre el mantel. Fuera hacía un frío que cortaba, y las ventanas estaban empañadas. Me sentía como en una postal. De esas que antes me habrían parecido cursis. Ahora… no tanto.

Genny llegó puntual. Abrió la puerta con la bufanda hasta la nariz, el pelo pelirrojo recogido de cualquier manera y los ojos brillantes de emoción o de hipotermia. O ambas.

—Joder, hace un frío que parece que Manhattan se ha mudado a Siberia —soltó, mientras se quitaba los guantes a tirones y dejaba el bolso sobre la silla.

—Estás roja como un tomate —dije, sonriendo.

—Gracias. Un cumplido precioso. —Se deshizo de la bufanda y se dejó caer en la silla con un suspiro—. Tengo las pestañas congeladas, pero vengo con bomba informativa. Noticia de última hora.

Me incorporé un poco, ya intrigada.

—Cuenta.

—Ben quiere que me encargue de un reportaje largo. Un perfil en profundidad.

—¿Sobre quién?

Genny me miró. Sonrió. Pero no como si me fuera a contar algo bonito. Sonrió como quien está a punto de soltar una bomba.

—Ewan McRae.

Tardé un segundo en reaccionar.

—¿Ewan McRae?

—El mismo. El del castillo en Riverside Drive. El highlander con mandíbula de mármol, expresión de funeral y nombre de leyenda. El de los trajes oscuros y la mirada de «no hables si no vas a decir algo importante».

Sonreí. Genny no estuvo allí cuando lo conocimos, pero yo le había contado todo. Y con eso le bastaba para hacerle un análisis psicológico en tres frases.

—¿Y él ha aceptado?

—No. —Genny rio con ese brillo en los ojos que ponía cuando algo se complicaba—. Ese es el drama. Él no quiere. De hecho, no quería ni oír hablar del tema. Pero ha sido uno de sus hermanos quien ha movido los hilos. El pequeño, creo. El que lleva la parte de marketing. Dice que «es hora de que el mundo vea lo que de verdad hay detrás del apellido». Y que Ewan es el rostro perfecto para empezar esa narrativa.

—Y Ewan estará encantado, claro —dije, con una sonrisa ladeada.

—Encantadísimo. Según me han dicho, su primera respuesta fue: «No pienso abrirle las puertas de mi casa a una periodista con hambre de titulares». Literal. Palabras textuales.

Solté una carcajada.

—Entonces… ¿vas a hacerlo igual?

—¿Tú qué crees? —suspiró, alzando las cejas—. Llevo años tragándome cafés fríos cubriendo robos de barrio, incendios absurdos y reportajes que nadie quería firmar. Y desde que despidieron a Ethan, la sección de reportajes grandes está rota. Van rotando, probando a uno y a otro. Y mi jefe me lo ha dicho claro: si lo hago bien con esto, el puesto es mío.

—¿En serio?

—Sí. Fijo. Reportajes largos. Investigación de fondo. Sin tener que escribir sobre gatos que salvan a sus dueños. Solo necesito entrar. Y esto puede ser la llave.

La miré con media sonrisa, orgullosa.

—Pues parece que el universo te ha dado algo a tu altura.

—Lo sé. Ahora solo tengo que convencer a un McRae de que no soy su enemiga. Fácil, ¿no?

—Facilísimo. Ya te veo instalada en su castillo, tomando notas mientras él te lanza dagas con los ojos.

Genny rio, bajando la mirada hacia su taza.

—Solo prométeme que si me desaparezco más de dos días, vienes a buscarme con una pala. Por si me ha enterrado en el bosque.

—Prometido —dije, todavía riendo.

Y luego añadí:

—Solo no te enamores.

—Ni en broma. Me gustan los hombres con sentido del humor. No con expresión de «te arranco el alma si respiras mal».

—Ya veremos —murmuré, escondiendo la sonrisa en la taza.

Y aunque no lo dijera todavía, lo supe.

Esta historia no había hecho más que empezar.

NUEVA SERIE

Hermanos McRae. Herederos millonarios

¡Princesas!

Con los hermanos McRae empieza una nueva saga de millonarios listos para enamoraros, romperos los esquemas… y subir la temperatura.

Ya conocéis al primer protagonista: Ewan, millonario, inaccesible, con castillo propio y un carácter que no se derrite con cualquiera.

Pero vosotras y yo sabemos que nadie se resiste al amor cuando llega la mujer adecuada.

¿Estáis listas para entrar en el mundo McRae?

Sinopsis de Ewan, millonario e inaccesible

Una periodista que hace demasiadas preguntas. Un millonario escocés que no quiere dar respuestas. Y una química que estalla cada vez que están juntos.

Soy Genny O'Donnell. Pelirroja, impaciente, y redactora de reportajes que nadie quiere firmar.

Hasta que mi jefe me lanza la oportunidad de mi vida: cubrir un perfil exclusivo del hombre más inaccesible de Nueva York.

Ewan McRae.

Heredero de una de las destilerías más antiguas del país.

Dueño de un castillo en Manhattan.

Reservado. Arisco. Y con cara de querer decapitar a cualquiera que diga una palabra de más.

Genial.

Sobre todo porque él no quiere el reportaje.

Ha sido su hermano quien lo ha orquestado todo.

Y ahora yo tengo que meterme en su castillo, sacarle las palabras a cucharadas y fingir que no me afecta su voz, su forma de mirarme ni cómo me desarma sin mover un dedo.

Yo solo quería un artículo.

Lo que me llevé… fue mucho más que eso.

Lo que encontrarás en esta historia:

✓ Enemigos con tensión desde el primer cruce de miradas.

✓ Un castillo en Manhattan y secretos familiares a fuego lento.

✓ Whisky, sarcasmo, y una periodista que no sabe rendirse.

✓ Un escocés reservado, peligroso… y completamente irresistible.

✓ Un romance cargado de deseo, orgullo y un final que lo merece todo.

¡¡YA EN PREVENTA!!

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

Puede que no lo sepas, pero cada valoración y reseña que dejas en Amazon tiene un impacto enorme.

Es como si dijeras: «Esta historia me llegó, y quiero que más lectoras puedan descubrirla».

No hace falta escribir un texto largo; una frase, una emoción, incluso solo las estrellas… todo ayuda muchísimo.

Eso sí, hay algo importante que quizá no sabías: en Amazon, una valoración por debajo de 4 estrellas se interpreta como que el libro no te ha gustado, aunque tú solo quieras expresar que te gustó «un poquito menos».

Por eso, si disfrutaste la lectura, dejar 4 o 5 estrellas ayuda a que la historia pueda seguir llegando a más lectoras.

Gracias, de corazón, por cada palabra, cada reseña y cada gesto de cariño.

Detrás de cada historia hay una autora que sonríe al leerte.

¡MUCHAS GRACIAS!

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

¡Hola, princesa!

Gracias por haberte dejado arrastrar por la historia de Olivia y Adam, por haberlos acompañado desde aquella primera noche sin nombres, hasta ese momento en que, por fin, se atrevieron a abrirse de verdad.

Gracias por haber sentido con ellos la rabia, el deseo, las dudas, la culpa… y el amor que nace cuando menos lo esperas, en mitad de un hotel, una oficina, o un silencio.

Olivia representa a todas las que, después de una ruptura, después del miedo, después de que alguien les diga que son «demasiado», deciden que no van a conformarse. Que merecen deseo, intensidad y amor del bueno.

Y que pueden saltarse sus propias reglas si es por alguien que valga la pena.

Adam es esa clase de hombre que parece tenerlo todo… excepto libertad para sentir. El CEO frío. El millonario calculador. El que cree que no necesita a nadie. Hasta que aparece una mujer con vestido negro y alma en llamas, y le cambia la vida sin pedir permiso.

Escribirlos fue un viaje de piel, orgullo, caos y ternura.

Y también un recordatorio: a veces el amor no es suave, pero sí inevitable.

Sé que esta historia ha tardado un poquito más en llegar de lo esperado.

Y por eso quiero darte las gracias.

Tu paciencia, tu comprensión y tu cariño mientras enfrentaba un parón por salud han sido el empujón que necesitaba.

Gracias por seguir aquí. Por esperarlos. Por no soltarme.

Gracias por cada risa, cada suspiro, cada captura de pantalla, cada mensaje, cada reseña que compartes.

Gracias por creer en historias donde el amor se cuela entre excusas, contratos y promesas que nadie pensaba cumplir… hasta que llega la persona que lo cambia todo.

Si al cerrar este libro has sentido que el corazón, a veces, también puede ser una segunda oportunidad, entonces todo ha merecido la pena.

Con todo mi cariño,

Leila Yoon

P.D. Sígueme en redes sociales.

Instagram: https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook: https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

https://www.leilayoon.com/

MIS NOVELAS

SERIE MILLONARIOS INSOPORTABLES DE MANHATTAN

-Un acuerdo millonario

-Un contrato millonario

-Un deseo millonario

-Un problema millonario

-Un error millonario

-Un sueño millonario

-Un desafío millonario

-Un sabor millonario

Aquí para leer la serie

SERIE HEREDEROS MILLONARIOS DE MANHATTAN

-Millonario irresistible

-Millonario arrogante

-Millonario encantador

-Millonario provocador

-Millonario insaciable

Aquí para leer la serie

SERIE REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD

-Novia del CEO por Navidad

-Atrapada con el CEO por Navidad

Aquí para leer la serie